



2
2

G918.2 H125STSA 1918
LAC



THE LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

G918.2
H125sTSa
1918





BIBLIOTECA de LA NACIÓN

SAMUEL HAIGH

BOSQUEJOS

DE

BUENOS AIRES, CHILE Y PERÚ

TRADUCCIÓN DE
CARLOS A. ALDAO,



BUENOS AIRES

1918

Digitized by Google

Derechos reservados.

INDICE

	<u>PÁGS.</u>
Prefacio... ..	11

CAPITULO PRIMERO

Observaciones preliminares. — Ataque británico a Buenos Aires.—«Memorias del Gral. Miller».— Narración personal del autor.— Llegada al Río de la Plata.— Desembarco en Buenos Aires; descripción general de la ciudad; maneras, etc., de los habitantes... ..	17
---	----

CAPITULO II

Los caballeros de Buenos Aires.— Modas.— Gobierno.— Población.— Corridas de toros.— Teatros.— Carreras.— Riñas de gallos.— Cacerías de gamas.— Comercio.— Partida para Chile... ..	29
--	----

CAPITULO III

Viajando por las Pampas.— Nuestro cortejo.— La villa de Luján.— Desagrados de la jornada.— Velocidad.— Animales salvajes.— Llegada a San Luis.	43
--	----

CAPÍTULO IV

La Punta de San Luis, etc.—Población.—La travesía.—Río Desaguadero.—Pelea sudamericana.—Llegada a Mendoza.—Hospitalidad de sus habitantes, etc... .. 59

CAPÍTULO V

Partida de Mendoza.—Travesía de la cordillera en invierno.—Anécdotas.—Alcanzados por una tormenta de nieve y obligados a refugiarnos en una casucha... .. 71

CAPÍTULO VI

Cesa la tormenta.—Subida de la cumbre.—Los valles de Chile.—Aconcagua, Chacabuco.—Llegada a Santiago.—El general San Martín.—Gran fiesta, etc... .. 85

CAPÍTULO VII

La ciudad de Santiago.—La Plaza Mayor.—Habitantes.—Conventos.—Superstición.—Ceremonias religiosas.—Frailes.—Diversiones.—Tajamar. 101

CAPÍTULO VIII

Viaje a Valparaíso.—O'Higgins.—Casa Blanca.—Océano Pacífico.—Descripción de Valparaíso.—Baile chileno.—Modo de negociar.—Crucero de Mackay... .. 119

CAPÍTULO IX

- Expedición de España.—Retirada de O'Higgins.—
Unión de las fuerzas patriotas.—Sorpresa de Can-
cha Rayada.—Consternación de los santiaguinos... 135

CAPÍTULO X

- Estado del ejército patriota.—Oficiales nativos y ex-
tranjeros.—El general Brayer, O'Higgins. — La
noche antes de la batalla.—Batalla de Maypú.—
Derrota completa del ejército español... .. 149

CAPÍTULO XI

- El mayor Arcos.—El capitán Briddle.—Ejecución
de Juan José y Luis Carrera.—Asesinato de Ro-
dríguez.—Regocijos en Chile.—Combate naval.—
La escuadra chilena.—Blanco y Callow... .. 165

CAPÍTULO XII

- Captura de la «María Isabel» y Transportes.—Lord
y lady Cochrane.—El teatro en Santiago.—Mon-
jas.—Indios peruanos.—Un fraile.—Ritos religio-
sos.—De Santiago a Mendoza.—Jornada por las
Pampas y llegada a Buenos Aires.—Me embarco
para Río Janeiro y arribo a Europa... .. 179

CAPÍTULO XIII

- Viaje a Buenos Aires y Valparaíso.—Progresos de
Chile.—Baños de Cauquenes.—Vuelta a Ingla-
terra... .. 201

CAPÍTULO XIV

Vuelta a Buenos Aires.—La guerra civil.—Córdoba.	
—Mendoza... ..	209

CAPÍTULO XV

Chile.—Arica.—Quilca.—Los Granaderos a Caballo.	
—Arequipa... ..	227

CAPÍTULO XVI

Retiro de las fuerzas colombianas: Lima.—Panamá.	
—El Istmo.—Cartagena.—Bolívar... ..	249

Señor Director de la Biblioteca de «La Nación» :

La traducción de «Sketches of Buenos Aires, Chile and Perú» es del libro impreso en Londres, en 1831, cuyo autor, Mr. Samuel Haigh, comerciante inglés, viajó y residió largo tiempo en la América del Sur.

De 1817 a 1827, época llena de interés histórico para los argentinos, fueron anotadas observaciones exactas sobre países, gentes y costumbres de este continente, formando marco en que se destacan sucesos capitales, como la batalla de Maypú, en los que Haigh fué actor o testigo presencial. El trato personal con grandes hombres de la Revolución, tales como San Martín, Belgrano, O'Higgins, Bolívar y Monteagudo, y la parte anecdótica que a éstos se refiere, no es lo menos interesante de la narración.

He suprimido o abreviado algo del original inglés, teniendo en consideración que la obra fué escrita para el público británico. En el tiempo ya lejano de su aparición se comprende que fuese necesario intercalar explicaciones y referencias históricas sobre naciones nacientes y desconocidas en Europa. Pero hoy, por sabidas para nosotros, no harían sino cortar la ilación del relato contenido en las páginas vividas que van a leerse. Asimismo se han omitido pocas citas literarias y dividido en tres capítulos el apéndice agregado al original con el título de «Voyage to Perú».

No olvidando las Memorias del General Miller, creo que el libro de Haigh, unido a los de Robertson y Hall, antes ofrecidos a la Biblioteca para su publicación, constituyen las tres obras más notables de la literatura inglesa referentes a nuestra historia nacional. He emprendido la agradable tarea de traducirlas, sin más propósito que participar a los compatriotas que no conozcan el idioma en que fueron escritas, del placer que he experimentado al leerlas.

C. A. A.

PREFACIO (1)

Así como generales, coroneles, capitanes de mar o guerra, encargados de negocios, cónsules, comisionistas, mineros y mineralogistas, han creído conveniente, en varias oportunidades, presentar al mundo la narración de sus andanzas por «el otro hemisferio», yo también intentaré tomarme la libertad de ofrecer a un público ilustrado e inteligente, pocas observaciones sobre el país donde, para usar frase náutica, he estado «con vientos favorables y contrarios» los once años últimos; y donde, durante la primera parte de aquel período, he tenido oportunidad de presenciar acontecimientos políticos del carácter más turbulento, cuyos resultados han realmente tendido a conseguir el gran fin de rescatar a Chile y Perú del dominio de la corona española.

Cuando el lector conoce las ocupaciones usuales de un autor, suele entender mejor sus observaciones y, por tanto, explicaré cuáles fueron las vistas y perspectivas que al principio me indujeron a visitar «aquellas playas remotas».

En los comienzos del año 1817, cuando tenía veintidós de edad, encontrábame en situación muy apetecible en la casa de un comerciante extranjero de grande opulencia y respetabilidad establecido en Lon-

(1) Este prefacio es de la primera edición de la obra publicada en 1829.—N. del T.

dres. Una mañana del alegre mayo, entrando a la oficina, situada una milla al oeste de la Bolsa, pispé sobre el escritorio una carta dirigida a mí. Era de un pariente rico, dándome a entender que, si iba inmediatamente a verle, sería probable oyera algo que me conviniese. Ante estas palabras mágicas, bien recibidas por cualquiera, no perdí tiempo en trasladar mi persona a la *city*, para conocer lo que me habían deparado los dioses.

Encontré a mi digno pariente en su *sanctum sanctorum*, o gabinete particular, sentado en una alta banqueta sin respaldo, junto a su escritorio; y cuando entré, sin mucho preámbulo, empezó, de manera solemnísima e imponente. Expuso que acababan de recibirse grandes noticias de Sud América; nada menos que Chile se abría al comercio extranjero en consecuencia de la batalla de Chacabuco ganada por los patriotas; que era tiempo de tentar fortuna; y como él y dos socios pensaban enviar un cargamento para aprovechar «la crema del mercado», si yo aceptaba encargarme de la empresa, tendría oportunidad de llenar mis cofres con lingotes de oro y plata, o, como con afectación lo expresaba en su fraseología sinónima, de «hacerme hombre».

La manera vehemente con que esto se me comunicó, operó como relámpago en mis sentidos; la idea de ir a región donde una ciudad estaba pavimentada de plata y otra tenía templos techados con oro, me contagió al momento su fiebre amarilla, y deliré de gozo con las perspectivas doradas abiertas de repente ante mis ojos. Como el factor tiempo era de la máxima importancia, se me dijo debía prepararme para partir dentro de una semana y se ordenó el secreto más estricto para que «el mundo no supusiera» que mi pariente y sus colegas eran especuladores.

Arreglado así el asunto, volví donde mi principal para comunicarle mi súbita intención de divorciarme de su Diario y Mayor, pues esa mañana había recibido «una nueva luz» y tenido «un llamamiento serio» para emprender «un largo viaje».

Protestó diciendo que yo no podía ni debía dejarle; que el aviso era demasiado corto; que no todo lo que relumbra es oro; que podía equivocarme en mis cálculos; que él me tenía algo en vista para el Brasil, etcétera. Sin embargo, puse oído sordo a todos sus argumentos concluyendo por manifestar que volvería con el propósito de arreglar cuentas, pero que mi ánimo estaba resueltamente decidido a emprender la expedición secreta.

Con todo, no sin pesar dejé a mi digno amigo brasileño, que siempre me trató muy bien en los varios años que había estado a su servicio; pero este sentimiento pronto se disipó al considerar el cambio prodigioso de mis circunstancias. Sentíme confundido como Macbeth, cuando fué proclamado barón de Cowder, por encontrar a la Fortuna abrochada inesperadamente a mi espalda; por tanto, acto continuo me encaminé solo, al Hyde Park, para obtener una vista más clara de los acontecimientos futuros, y caí en aquel agradable ensueño de hacer castillos en el aire, del que no desperté hasta salir del Parque ya casi puesto el sol.

Acostumbraba comer en una de aquellas cuevas tenebrosas llamadas bodegones que se encuentran en alguna callejuela obscura en la vecindad de la Bolsa, rodeado de comerciantes de sebo, corredores de algodón y café, judíos y agiotistas; pero ahora que sentía el efecto de ideas más elevadas, entré a un hotel de primera clase en el Wert End y pedí una comida exquisita y una botella de excelente Burdeos para

brindar por mi nueva empresa. De noche, me retiré a mi alojamiento y me acosté, pero el sueño huyó largo tiempo de mis ojos y hasta el alba gris no me sentí dormir y soñé que tenía una entrevista con Montezuma, que había vuelto de las minas de Potosí en un barco cargado de duros y comprado al contado las propiedades del marqués de Stafford.

Al día siguiente fuí a caballo hasta Kent para ver a mi madre e informarla del cambio brillante operado en mis asuntos y de mi próxima partida de Inglaterra. La buena anciana, toda temblorosa, se oponía a que fuese al extranjero, pero la calmé pintándole la riqueza enorme que «ilustraría» mi retorno.

Por la mañana regresé a la *city* y dirigí mis pasos a la vecindad de Aldermanbury. En la primera conferencia con mi pariente, no se habían mencionado condiciones, pues, naturalmente considerando la hermosa manera con que los especuladores me habían mostrado el camino abierto de las riquezas, sentí que trataba con personas de la máxima liberalidad: por consiguiente, juzgad mi sorpresa aquella mañana cuando mi pariente me dijo que había persuadido a sus socios, no sin dificultad, para que me asignasen la enorme suma de trescientas libras esterlinas anuales como remuneración liberal por administrar su cargamento.

¡Lector! si alguna vez te ha tocado en suerte no dar más que un paso desde la copa de un árbol alto hasta el suelo, puedes tener idea aproximada de lo que los poetas llaman caer a lo pedestre, o el arte de hundirse. Cierta vez en mi niñez ejecuté esa pirueta, pero no fué más rápido el descenso que el experimentado por mis esperanzas de lo sublime a lo ridículo, en esta ocasión: mi espíritu, que había estado tres días con fiebre, cayó bajo cero y de repente vi desva-

necerse en niebla escocesa todas las visiones doradas que mi fantasía deleitosa había evocado.

Sin embargo, fué demasiado tarde para lamentarse: era asunto concluído y había consentido en entrar al servicio de esta firma discreta y liberal; por consiguiente, para abreviar la enojosa historia, habiéndose adquirido un barco, clasificado prolijamente la carga dispuesta en bultos pequeños para cargarlos a lomo de mula conforme a lo ordenado, y felizmente puesta a bordo «por la gracia de Dios», hecho debidamente el seguro en Lloyd, barco y carga, despachado por la Aduana, el 19 de junio de 1817, después de recibir del triunvirato las últimas instrucciones, con promesas del «más decidido apoyo», encontréme sentado en silla de posta, camino de Gravesend, junto al compañero más delicioso en forma de cajón de muestras del tamaño de caja de hierro bancaria y, a mis ojos, tan valioso como ésta por su contenido.

En Gravessend el barco estaba fondeado en franquicia, con bandera de salida y las gavias de proa sueltas y estremeciéndose; el capitán me esperaba en el «Ciervo Blanco». Después de comer me embarqué e hiceme cargo del cargamento y destino del «buen barco *Catalina*».

Por la tarde siguiente descendimos el Tánesis y al otro día nuestro práctico dejónos en los Bajíos. Virando el viento más al Este pronto se borraron en mis ojos las barrancas blancas del «querido Dover» y di las buenas noches a mi tierra natal.

BOSQUEJOS DE BUENOS AIRES, CHILE Y PERÚ

CAPÍTULO PRIMERO

Observaciones preliminares.—Ataque británico a Buenos Aires.—«Memorias del Gral. Miller».—Narración personal del autor.—Llegada al Río de la Plata.—Desembarco en Buenos Aires; descripción general de la ciudad; maneras, etc. de los habitantes.

El primer espíritu revolucionario de las colonias españolas en Sud América remonta su origen al año 1804, en Caracas, aunque fué detenido algún tiempo por el fracaso completo y muerte del desdichado Miranda; pero, hasta algunos años después, este sentimiento no apareció en las orillas del Río de la Plata. En seguida de la usurpación napoleónica del trono de España, se manifestó abiertamente el descontento en las provincias de Buenos Aires; antes las colonias españolas habían disfrutado una paz casi ininterrumpida y exceptuando las refriegas con los indios, no comparables en amplitud y ferocidad con las del continente hermano, las miserias de la guerra

habían sido ajenas para la vasta región poseída por los españoles por derecho de descubrimiento y conquista.

El súbito y temerario ataque de sir Home Popham y el general Beresford contra Buenos Aires, en 1806, despertó interés especial en Inglaterra por esta parte del mundo. El error craso acerca de su enorme riqueza y capacidad comercial, produjo impresión en la parte comercial de la comunidad, cuyos resultados están frescos en sus mentes hasta ahora. La expedición del general Whitelock, para asegurar la conquista de este lugar, terminada tan desgraciadamente a causa de la incapacidad del jefe, contribuyó a empañar la gloria de las armas británicas; y nuestras banderas, capturadas en aquella ocasión, todavía pueden verse colgando en la iglesia de Santo Domingo, ofreciendo (para un inglés) melancólicos recuerdos de aquella derrota desastrosa.

A consecuencia de este desastre, la provincia de Buenos Aires y la ciudad de Montevideo (que había sido valientemente atacada y tomada por sir Samuel Auchmuty) fueron entregadas por capitulación; y todos nuestros bravos oficiales y soldados, reembarcados para volver a flotar a través del Atlántico, con gran disgusto por su fracaso, que atribuían con justicia a la imbecilidad de su comandante en jefe.

‘El valor que inspiró a los porteños este señalado rechazo a los ingleses, los convenció de que, unidos, eran capaces de defenderse contra un grande ejército europeo, y las facciones liberales que aparecieron, como consecuencia del estado en que se encontraban los asuntos de la Península, pronto tuvieron ascendiente bastante para negar obediencia a España.

No es mi intención entrar en detalles sobre el modo en que se efectuó la Revolución, o sobre los diver-

esos partidos empeñados en la lucha laudable; los nombres que figuraban en aquellos tiempos, rara vez cruzaron el Atlántico, y los más notables hace mucho tiempo se han sumergido en el olvido, mientras el absorbente interés de la situación europea, en aquel período, dejó a las colonias entregadas a su suerte: baste decir que las orillas del Río de la Plata fueron las primeras en que se mantuvo el pabellón de la independencia, no habiendo sido jamás arriado desde el día en que se enarboló. Este símbolo de libertad, sin embargo, no se conservó sin la lucha más ardua y a costa de mucha sangre y tesoros. El argentino puede ciertamente enorgullecerse cuando recapacite sobre las sangrientas campañas sucesivas que sus provincias han sostenido solas contra las numerosas y bien disciplinadas tropas del rey de España, enviadas constantemente desde el Perú y sus dependencias, contra el pueblo más versátil pero belicoso de las llanuras, donde se perdía acción tras acción; y, no obstante, antes de asegurarse ninguna ventaja permanente, se presentaba otro ejército, como por arte mágico, ante los españoles atónitos. Para los detalles de estas campañas, llevadas con éxito vario, me refiero a la obra expertísima «Memorias del General Miller», que hace poco ha visto la luz pública, y la cual, por su actitud histórica, imparcialidad en asuntos políticos e información general relativa a Sud América en el tiempo presente, es con certeza el mejor libro existente.

El presente volumen no se propone una descripción histórica, estadística o política de los países vistos por mí; es sencillamente resultado de observaciones anotadas en mi cartera y, estrictamente hablando, puede llamarse relato personal, como que contiene detalles de las variadas impresiones grabadas en

la mente de mi primera visita al Nuevo Mundo. Por tanto, comenzaré mis observaciones desde el año 1817, cuando, en otoño, por primera vez pisé las orillas del gran Río de la Plata. Casi nada digno de mención ocurrió durante el viaje en que empleé diez semanas pesadas, y fué tan triste y monótono como generalmente sucede en un bergantín pequeño con mal olor y mala alimentación. Generalmente se presta demasiada poca atención a la comodidad y provisiones para largos viajes en los barcos mercantes. Dos carneros flacos comprados a bajo precio en Gravessend, una lechigada de lechones y un par de jaulas con gallinas, constituían nuestro ganado viviente; lo demás eran raciones de buque—carne salada, bastante dura para ser bruñida, y galleta—, ambas no muy frescas. Los elementos reclamaron su parte de la primera, pues a la semana del viaje, encontrándonos en una tempestad, frente a Scilly, una gran ola verde rompió sobre nuestros puentes y habiendo medio ahogado los gallos y su séquito femenino en los gallineros, tapó toda la multitud porcina, cuyos penetrantes chillidos, en esta cruel separación, eran más fuertes que los del viento.

El décimocuarto día pasamos cerca de las bellas islas Azores, con sus viñedos en los declives que dan al mar; tres días después alcanzamos el viento alisio del NE. que corrimos con buen tiempo, cruzamos la línea en los 23° L. O. y calmó en los 2° S. Por la tarde, cuando estábamos en inmovilidad completa, un marinero golpeó al capitán y se produjo un motín. Se desplegaron fuerzas por ambas partes y se siguió una riña cuyo resultado fué derribar al cabecilla y engrillarlo; esto cambió sus principios revolucionarios y a los tres días rogaba volver a su tarea. Nada más ocurrió digno de anotarse hasta que el día 1.º de

septiembre saludamos al Cabo Santa María, entrada septentrional del Río de la Plata.

Esté vasto caudal de aguas, que precipita en una sola las corrientes tributarias de tres inmensas arterias del dilatado continente sudamericano, es sin rival en extensión; su anchura máxima en la desembocadura es superior a ciento cincuenta millas; pero el agua es dulce hasta pocas millas de Montevideo, y aun allí a menudo potable. El río es turbio y descolorido con barro amarillo; abunda en bancos peligrosos; ambas riberas son bajas, especialmente las del Sur, y las del Norte, aunque más altas y rocosas, no son discernibles a la distancia. Navegando pasamos las islas de Lobos y de Flores y, entre ésta y el Banco Inglés, avistamos el cerro de Montevideo. Pasada la hermosa y bien fortificada ciudad de ese nombre, dirigimos nuestro rumbo a través del río, y avistamos la tierra baja de Punta de Indio, y la Ensenada, y nada notable se presentó hasta ver las torres de Buenos Aires surgiendo lentamente en lontananza.

Míster Warner, nuestro capitán, piloto excelente del Río de la Plata (habiéndolo relevado cuando patrón del barco de guerra británico *Nereus*, capitán P. Heywood), gobernó nuestro buque muy bien; de modo que en la tarde del 2 de septiembre echamos anclas en la rada exterior a siete millas frente a Buenos Aires. La rada exterior es fondeadero de los barcos de Su Majestad, pues no hay agua bastante en las balizas interiores para buques de mucho calado; y por ser muy peligroso andar en bote, con mal tiempo, la comunicación con la orilla se interrumpe a veces por días enteros. Esto nos sucedió porque el viento era recio y no pudimos bajar hasta el día siguiente. La ciudad, vista desde la rada, presenta aspecto sombrío y monástico por sus numerosos campana-

rios y cúpulas, y esta impresión se robustecía, en la época de que escribo, por el número de clérigos y frailes que llenaban las calles.

El barco británico de guerra *Hyacinth*, capitán Sharp, estaba anclado cerca de nosotros y por la mañana míster Warner y yo fuimos a tierra en uno de sus botes.

Como había poca agua la embarcación pudo solamente aproximarse a un cuarto de milla de la ribera y me sorprendió mucho este sistema curioso de desembarcar. Carretas livianas tiradas por dos caballos, uno montado por un indio de extraña catadura, se acercaron al bote en busca de pasajeros. El estado desvencijado de estos vehículos, contruídos de caña, y abiertos en el fondo, expone al ocupante a empaparse antes de alcanzar la orilla, de modo que más bien desalienta que anima, y cuando uno es arrastrado lentamente en el agua hacia la playa, se asemeja más a un criminal la víspera de salir de este mundo que a un viajero al punto de entrar a una gran capital.

Me encontré luego en tierra extraña donde se veían apenas vestigios de algo europeo. El aspecto de los naturales, la mayor parte a caballo, vestidos con colores claros y vistosos, es muy grotesco, y los brillantes ponchos y bayetas con que se cubre la gente baja, producen el efecto más pintoresco.

Nos presentamos al oficial de guardia en el muelle y se nos permitió entrar en la ciudad. Como a nadie conocía en el lugar, antes de entregar mis cartas de recomendación, me alojé en «Los Tres Reyes», buena posada regentada por un inglés. Luego fuí donde el señor Jorge Dickson, comerciante residente, y de él obtuve informes completos relacionados con el estado político y comercial del país, que me sirvieron

de guía para mis futuras andanzas. Yo había recibido instrucciones de colocar mi carga en Buenos Aires, si hubiera tenido lugar una contrarrevolución en Chile, pero como este país se consideraba completamente seguro en manos de sus nuevos dominadores, inmediatamente hice los preparativos para dirigirnos al Pacífico.

La ciudad de Buenos Aires ha sido a menudo descripta, y debe estar fresca en la memoria de la mayor parte de los lectores. Hay en ella un aspecto desordenado e inconcluso que de todo tiene menos de agradable; exceptuando pocas calles, en las cercanías de la Plaza, las casas son bajas y sucias y van en progresión descendente a medida que se va a los arrabales. Sin embargo, hay numerosas casas bien construidas en las calles principales; la mayor parte de un piso, hechas de ladrillo y blanqueadas, con patios y terrenos amplios, y dependencias para la servidumbre al estilo español, y la usual gran portada gótica; algunas veces las armas de los primitivos propietarios se ven esculpidas en piedra sobre la puerta. Los techos de azotea son chatos y cubiertos con piedra, algunos patios son pavimentados con mosaico de mármol blanco y negro. Las casas mejores tienen toldo en los patios a la altura del techo que sirve de sombra contra el extremo calor solar. Las ventanas rara vez tienen vidrios, pero están protegidas por rejas de hierro que dan aspecto de cárcel.

Las iglesias son grandes y tristes por fuera, y los muros de la mayor parte están cubiertos en lo alto con pasto y yuyos largos.

La plaza mayor es amplia y hermosa con una pirámide en el centro, protegida del lado del río por un fuerte, que, aunque de no mayor importancia, tiene hermoso aspecto, pero al principio, sólo se tuvo

en vista proteger la ciudad contra los indios pamperos (1).

El fuerte está rodeado por muralla y foso, reside allí el gobernador y hay varias oficinas públicas pertenecientes al ministerio de Guerra y Marina. El mercado para toda clase de frutas, legumbres y caza está en la plaza mayor que constantemente ofrece aspecto animado. Las bandolas que la rodean despliegan toda clase de artículos manufacturados de Europa, China y las Indias.

El lugar donde se vende carne merece mencionarse, está en las afueras de la ciudad. La carne se ofrece en un carro cubierto, y su apariencia es todo menos incentivo para el apetito, cortada en grandes tiras, con sus cantos generalmente negros. La carne de vaca, en esta ciudad, es muy superior a la de carnero. No se permite sacrificar terneras, para que tal práctica no perjudique el comercio de cueros.

Pocas calles del centro son pavimentadas, pero en general se siente grande incomodidad por los lodazales en la estación lluviosa, y huracán de polvo en la seca. Las veredas son estrechas y desagradables, con

(1) Cuando los ingleses al mando de Whitelock invadieron la ciudad, este fuerte prestó servicios importantes haciendo fuego a la torre de Santo Domingo, donde se había guarecido parte de la división del general Crawford del vivo fuego de los naturales (quienes estaban sobre las azoteas), y echando las ruinas del campanario sobre sus cabezas hizo mucho estrago. Esta es la división que se dijo haber recibido órdenes de no hacer fuego. Se dice que sir Samuel Auchmuty, que había penetrado hasta la plaza de toros, hizo decir al general Whitelock, que tomaría la ciudad con su división, si se le permitía, pero el pánico que se había apoderado del comandante en jefe hizo que no diese oídas a esta propuesta. Las señales de las balas de cañón se veían claramente en la torre.

postes colocados casi junto a las casas, que hacen el caminar extraordinariamente fastidioso, especialmente porque muchas de las sendas son calzadas levantadas dos o tres pies del nivel del suelo.

Hay, sin embargo, en las calles de Buenos Aires más señales de actividad y bullicio que en cualquiera otra ciudad sudamericana. Numerosos carros de mala forma, con ruedas chillonas de enorme circunferencia, aunque no del todo redondas, sin ninguna clase de adorno, picaneados por mestizos de indio, casi tan brutales como los animales que manejan; negros y mulatos, changadores indios, cargados con fardos y cajones de mercaderías, o con talegos de pesos fuertes (porque en aquellos buenos tiempos ningún Banco había emitido papel moneda ni este país había hecho empréstito en Londres); damas en sus calesas (cochecitos de dos ruedas muy vistosamente pintados y tirados por una mula montada por postillón negro), otras caminando para ir a las tiendas o visitas, clérigos y frailes, comerciantes, militares, todos al parecer muy ocupados, contribuyen a hacer la ciudad lo contrario de triste y sin interés. Antes he dicho que las iglesias son numerosas, las principales son la Catedral, Santo Domingo, la Merced, San Francisco y la Recoleta; éstas son muy grandes y hermosas. En tiempo de los españoles las iglesias se adornaban con gran profusión de oro y plata, pero las guerras de la Revolución las han despojado de su riqueza, y los altares e imágenes están ahora adornados con oropel en vez de substancia—prueba evidente del poder menguante de la clerecía, se vió cuando la propiedad eclesiástica se destinó al servicio del Estado, a pesar de que muchos y temibles anatemas tronaron desde el púlpito contra los que fuesen bastante sacrílegos y osados para quebrantar su santidad.

Las iglesias están siempre abiertas, de lo que se apercibe uno muy bien por el continuo tañido de las campanas. Las misas se celebran desde la aurora al mediodía, y en días de fiesta, de once a una son horas de moda; las damas entonces se ven en grupos seguidas de muchachas negras y mulatas llevando alfombras de los colores más brillantes para arrodillarse, pues los templos carecen de escaños y son pavimentados de piedra o ladrillo. Una beldad española saca gran ventaja del vestido de misa, de seda negra perfectamente ajustado al cuerpo; mantilla blanca o negra puesta graciosamente en la cabeza, y a veces contrasta con el chal de seda de color brillante sobre los hombros; los zapatos y medias son de seda blanca porque las damas españolas nunca usan medias negras o *azules* y se enorgullecen mucho de sus pies, lo que no es de admirar, pues generalmente muestran un pie pequeñísimo y bien torneado tobillo.

La mayor parte de las mujeres son lindísimas y, algunas beldades, perfectas por la exquisita línea de sus facciones; su color es generalmente pálido tendiendo a oliva; nariz aquilina, y mucha dulzura en su boca. Los grandes ojos negros por los que son célebres las beldades españolas, en ocasiones disparan unas descargas de expresión que no se encuentran a menudo en climas más septentrionales. Sus figuras son buenas en extremo y saben cómo hacerlas resaltar prestando grande atención a la gracia del porte. Invariablemente danzan y caminan bien, y con tan aparente soltura que no se ve el mínimo dejo de afectación; ciertamente, tienen menos que el admitido por varias de mis paisanas que han escrito sobre el punto; pero nadie que haya observado la gracia y soltura con que se conduce la dama portefaña, hesitaría un momento en expresar su admiración. No he

de omitir mencionar también el gusto desplegado en el arreglo de los lustrosos rizos de sus cabellos color ala de cuervo, que nunca se desfiguran con gorra o bonete; los únicos adornos son peineta, y, a veces, una flor, y los oscuros rizos apiñados se dejan ondeando sobre el cuello hasta los hombros.

CAPÍTULO II

Los caballeros de Buenos Aires.—Modas.—Gobierno.—Población.—Corridas de toros.—Teatros.—Carreras.—Riñas de gallos.—Cacerías de gamas.—Comercio.—Partida para Chile.

Ya descriptas las damas, conviene hablar de los jóvenes de clase superior. Los caballeros de Buenos Aires se visten tan bien como los de igual clase en Londres o París, y sus maneras son sin afectación o afeminamiento. Todos los jóvenes son buenos jinetes y se enorgullecen de poseer un caballo de cría andaluza. Son valientes, liberales y desinteresados, pero algo orgullosos y arrogantes; las condiciones últimas, si no excusables, se comprenden fácilmente, pues ninguna república sudamericana ha contribuido más que la suya a la destrucción del poder español en el Nuevo Mundo. Han adquirido el epíteto de pintor, o botarate, entre sus vecinos, y quizás no son queridos, pero generalmente son superiores en talento e ilustración a los habitantes de cualquiera de las otras repúblicas, a lo que puede atribuirse esta animosidad.

La sociedad en general de Buenos Aires es agradable; después de ser presentado en forma a una familia, se considera completamente dentro de la etiqueta visitar a la hora que uno crea más conveniente, siendo siempre bien recibido; la noche u hora de la tertulia, sin embargo, es la más acostumbrada. Estas

tertulias son muy deliciosas y desprovistas de toda ceremonia, lo que constituye en parte su encanto.

A la noche, la familia se congrega en la sala llena de visitantes, especialmente si es casa de tono.

Las diversiones consisten en conversación, valsar, contradanza española, música (piano y guitarra) y algunas veces canto. Al entrar, se saluda a la dueña de casa y ésta es la única ceremonia; puede uno retirarse sin formalidad alguna; y de esta manera, si se desea, se asiste a media docena de tertulias en la misma noche. Los modos y conversación de las damas son muy fáciles y agradables, y, como es costumbre que sean cumplidísimas con los extranjeros, se ha incurrido frecuentemente en error con respecto a esta libertad. Todos, sin embargo, los que conozcan la índole social, admitirán que, si se permitiese en Inglaterra visitar sin restricciones, las maneras serían tan libres y *degagé*; y por causa de lamentables mal entendidos de los extranjeros, que han sido bondadosamente admitidos en estas tertulias, la mejor sociedad, tanto en Buenos Aires como en Chile, se precave más en recibir visitantes; y la recepción de extranjeros es más formal y reservada.

Los vestidos de recepción de las damas son de muchísimo buen gusto, y creo que las modas francesas son preferidas. En los bailes y reuniones públicas, se adornan con los artículos más finos que Inglaterra, Francia o el «oriente fastuoso» producen.

Hay en Buenos Aires sastres ingleses y franceses, modistas y tiendas que siguen de cerca las mejores modas de Europa; y no hay duda que es ciudad mucho más adelantada que la vieja España con respecto a la moda y progreso moderno; las maneras de los habitantes se asemejan más a las de las dos grandes

capitales, Londres y París, que a las de sus más tranquilos y silenciosos vecinos, los holandeses.

Los cafés son frecuentados por la mejor sociedad de hombres exclusivamente; como puede decirse que esta ciudad es la cuna de la Revolución, la política y el espíritu de partido predominan y, en algunas ocasiones, se han humedecido las calles con sangre de ciudadanos, por cuestiones políticas y en el patíbulo. Más procedimientos de sangre se han manifestado en Buenos Aires que en cualquiera otra ciudad sudamericana.

Ha cambiado tan repetidamente el gobierno en hombres y disposiciones, desde su emancipación del despotismo, que sería difícil opinar. La forma establecida se compone de un gobernador llamado Presidente, y de un Cabildo, corporación municipal elegida por el pueblo; pero no es sorprendente que una nación que tan recientemente ha sacudido la esclavitud de la vieja y fanática corona española, no estuviese preparada para abrazar de golpe todos los beneficios de la libertad; especialmente cuando nosotros, en el viejo mundo, que tan orgullosamente nos jactamos de esa bendición, apenas podemos decir haberla obtenido perfecta después de siglos.

La población de Buenos Aires se estima en cien mil habitantes, incluyendo blancos, negros, mestizos e indios. Los blancos puros no son numerosos, y la masa popular es de casta tan mezclada de blanco, indio y negro, que sería difícil fijar su origen; los gauchos o campesinos descienden en su origen de padre blanco y madre india.

Había escasez de jóvenes en la ciudad, en el tiempo que estuve allí, 1817; pero como la carrera más honorable abierta para el joven es la militar, se comprende la desaparición de esta rama de la población,

por las constantes guerras con el Perú, la Banda Oriental y contiendas civiles de menor cuantía. Esta es, en gran parte, la causa de que esta bella ciudad no haya aumentado su población en la proporción de otros países más nuevos que han disfrutado, sin interrupción casi, las bendiciones de la paz.

Las corridas de toros, los teatros y los refideros generalmente están llenos.

Un día, comiendo en compañía de varios caballeros ingleses, propusieron ir a ver una corrida de toros que prometía ser grandiosa por ser día festivo y, en consecuencia, allá nos encaminamos. La calle que conduce a la plaza en las afueras de la ciudad, de cerca de media milla de largo, estaba apiñada de gente en calesas o a pie, y damas sentadas en las ventanias o balcones, a ambos lados de la calle, daban al acceso aspecto animadísimo.

Encontramos la plaza (área espaciosa rodeada por un anfiteatro) ya repleta de concurrencia bien vestida de ambos sexos y de todas las clases, desde el gobernador y su esposa hasta el gaucho y su mujer.

Los toros se lidian uno por uno y a veces se matan veinte en la tarde. Se abre el toril y un toro salvaje, previamente excitado casi hasta volverlo loco, entra al redondel dando saltos, latigüeándose los flancos con la cola, y la boca espumante; luego se planta inmóvil y busca alrededor objeto que atacar. Sus oponentes son, dos picadores a caballo, armados de pica; ocho o nueve capeadores a pie, y un matador que aparece cuando el toro ha de ser despachado.

El espectáculo pronto adquiere mucha animación, pues el toro atropella uno tras otro a sus enemigos. El picador requiere gran fuerza y agilidad para resistir las arremetidas desesperadas del bruto, y he visto el caballo de uno de ellos y el toro, ambos con las ma-

nos en el aire, sostenidos un instante por la sola pica que ha penetrado en la paleta del segundo, forzándolo así a hacerse a un lado. Después los capeadores lo rodean, y le colocan banderillas de fuego en el cuello y paletas, y entonces se enfurece como loco y acomete ciego, y embiste al acaso todo lo que encuentra, hasta que, así molestado y atormentado algún tiempo, se llama a gritos al matador que lo despache y éste aparece con muletilla roja en la mano izquierda y larga espada recta en la derecha. El toro lo mira fijamente, mientras él ondea la muletilla, y hace una arremetida que el matador evita con grande agilidad; después de pocos pasés, el matador agita la muletilla por última vez y recibe la arremetida del toro con la espada, que se aloja en la res. de su víctima, y ésta cae, como piedra, muerta a sus pies. Grandes aplausos y pañuelos agitados animan a los espectadores, y cuatro gauchos a caballo entran a galope al redondel revoleando lazos que en un abrir y cerrar de ojos se ciñen a los cuernos y patas del toro, y prendiéndolos al recado, sacan aprisa el animal muerto de la arena, envuelto en una nube de polvo.

Pronto aparece otro toro y continúa la diversión como antes. A veces es matado un hombre entre aplausos de los espectadores y, con mucha frecuencia, caen caballos corneados. En esta ocasión fueron heridos dos caballos, y uno corrió alrededor del redondel con los intestinos de fuera. Esa tarde se mataron diez y seis toros.

A veces, cuando el toro se muestra muy valiente, los espectadores piden su vida; pero esto es solamente un respiro para el animal, pues se le conserva para torturarlo y matarlo en una corrida futura.

Uno de los picadores, hombre retacón de aspecto respetable, de más de sesenta años, me fué señalado

como asesino de varios soldados británicos en tiempo que el general Beresford estuvo en posesión de Buenos Aires.

Cuando se encontraba con alguno solo, acostumbraba invitarlo a entrar en una pulpería y, con el pretexto de beber, espía la oportunidad de darle de puñaladas y su víctima rara vez hacía resistencia, con gran placer de los bárbaros espectadores. He de confesar que solamente el secreto deseo de presenciar la destrucción de este facineroso, me hizo consentir en permanecer en la plaza, porque, después de ver matar dos o tres toros, me disgustó la diversión, que me pareció muy cruel y algo cobarde (1).

El teatro de Buenos Aires, es edificio hermoso, pero no fuí más que una vez porque no entendía el idioma; estaba muy bien concurrido. Las carreras y riñas de gallos me dijeron que eran diversiones favoritas de los naturales, pero acerca de las primeras no tuve oportunidad de abrir juicio, y no me sentí inclinado a ver las últimas. Junto a las puertas de la gente pobre hay siempre un gallo de riña atado de la pata, lo que demuestra que las riñas deben ser diversión muy difundida. El populacho de Buenos Aires es muy sucio, menos cuando se endominga. Los hombres se visten con paño y pana y las mujeres con bayetas y telas de algodón. Se me decía que antes se adornaban el cabello con oro y plata, pero este metal precioso, en el tiempo a que me refiero, era muy escasamente distribuido entre ellos. Ambos sexos son es-

(1) Este hombre fué sentenciado a muerte, en tiempo de Beresford, pero escapó por haber sido reconquistada la ciudad el día antes del señalado para la ejecución. Sin embargo, puede satisfacer al lector el saber que dos años después fué corneado y matado por un toro. Las corridas de toros han sido abolidas en Buenos Aires por decreto gubernativo.

peciales, los días de fiesta, en trenzar y festonearse el cabello, y se puede ver con frecuencia a los de clase baja sentados en la puerta, con la cabeza del vecino sobre las faldas de otro cuyos dedos se emplean con diligencia en disminuir la población de tan tupidas marañas.

Las gamas de la pampa proporcionan buena caza, pero esta diversión es puramente inglesa y se introdujo por comerciantes que tenían su club y se vestían con chaquetas rojas. Los perros se importaron de Inglaterra. La diversión en la pampa es excelente, no habiendo más impedimento que el encontrarse con viscacheras, que algunas veces arrojan por tierra a jinetes y caballos y, cuando son hondas, suelen quebrar las patas del caballo. La viscacha es una especie de marmota de talla aproximada al conejo; estos animales se juntan en madriguera debajo de tierra y se hallan en toda la pampa. Exceptuando estas trampas, nada es más lindo, montando un buen caballo, que galopar en estas llanuras. La gama con frecuencia recorre veinte millas en línea recta. Se cuenta que cuando este deporte estaba en su infancia, después de las primeras dos o tres salidas, una mañana un lindo venado fué separado de la tropilla y proporcionaba caza animada, cuando un gaucho, viendo desde lejos tantos perros y jinetes en persecución del animal, se cruzó al paso, lo enlazó y degolló inmediatamente. Al llegar los cazadores a increparle por echar a perder la diversión, muy inocentemente observó qué pensaba lo necesitaban para comer. Muchos jóvenes del país ahora participan de este deporte.

El comercio de Buenos Aires consiste principalmente en exportación de cueros y sebo y mucha gente se ocupa en acopiar estos artículos en las pampas. El charqui también es renglón considerable del co-

mercio, y se exportan con frecuencia mulas para el Cabo de Buena Esperanza y las Indias Occidentales. Las importaciones de Inglaterra son principalmente lanas tejidas de Halifax, Huddersfield, Leeds, Wakefield, etc.; algodones de Glasgow, Paisley, Manchester, etc.; ferretería de Sheffield y de aquella ciudad (Birmingham) que el elegante y sublime Burke tan justamente denominó «juguetería de Europa»; no olvidando la alfarería de Worcester y Staffordshire (1), frágil mercadería que no resiste en las grescas domésticas, y tan pronto rota como reemplazada por aquellos infatigables artífices en arcilla. Este último comercio ha sido muy provechoso. Se encuentran también en abundancia mercaderías francesas, indias y chinas.

Había en el río muchos corsarios (con patentes de Buenos Aires), aunque la mayor parte venían de los Estados Unidos. El *Mammoth*, el *Blooded Yankee* y muchos otros de menor cuantía, estaban anclados con sus respectivas presas tomadas a los españoles, la mayor parte barcos procedentes de la India o Manila. Una presa, el *Tritón*, capturado frente a Madeira por el capitán Monson que zarpó directamente de Baltimore, en un corsario con patentes de Buenos Aires,

(1) Cuando yo estaba en Buenos Aires ocurrió un incidente muy cómico. Como algunos inteligentes fabricantes pensaban que cualquier cosa que llevase el escudo nacional estampado debía venderse, un ingenuo comerciante de porcelanas había embarcado una cantidad de ciertos utensilios, con aquel símbolo pintado en el fondo. Se descubrió esto en la Aduana y el administrador, con grande indignación, lo consideró como insulto al Estado, y ordenó que fuese destrozada toda la porcelana por tener las armas de la patria en sitio impropio, sentencia que fué ejecutada inmediatamente ante los ojos atónitos del consignatario que estaba considerando la pérdida total de sus vasijas y comisiones.

se evaluaba en un millón de duros. Todos los cargamentos apresados se vendían en remate público y los agentes ingleses y americanos levantaron cosecha lucrativa de este tráfico.

Los alrededores de Buenos Aires son llanos; forman parte de las grandes pampas que se extienden, con poca variedad, desde el mar hasta el pie de los Andes; y al sur, hasta los confines de Patagonia. El viento sudoeste llamado pampero sopla en el desierto con asombrosa violencia. Estos pamperos se parecen a los tornados de las Antillas pero son de mayor duración; los marinos temen su furia, que rara vez amaina sin causar mucho perjuicio a los barcos del río, y su fuerza se siente a veces lejos mar afuera. Los habitantes principales, así como los ingleses, tienen sus casas de campo, o quintas, a inmediaciones de la ciudad, donde en ocasiones se organizan fiestas campestres. Las casas-quintas son de tapia y caña; su moblaje es inferior al de las residencias urbanas, pero son muy frescas para retirarse durante los meses calurosos del verano. Varios de estos refugios veraniegos están sobre la barranca del río y dominan un lindo paisaje de muchas millas a la redonda. Los cereales, maíz y legumbres se cultivan solamente en las cercanías de la ciudad. La pita sirve de cercado a los sembríos, y aunque son tan grandes que abarcan una superficie de veinte a veinticinco pies, no obstante ser la tierra abundante, no las respetan los intrusos; la pita y tuna que a menudo alcanza altura de treinta pies, presentan una barrera infranqueable a hombres y bestias.

Los gauchos son los habitantes cristianos de las pampas, mestizos de blanco e indio. Esta gente siempre está en riña implacable con los aborígenes, y constantemente en tren de ataque o defensa con ellos.

Los salvajes habitan las pampas más allá de la frontera cristiana. Son hombres independientes y audaces, pero feroces y crueles con sus enemigos, y nunca dan cuartel, pues su sistema de guerra es de exterminio. Los prodigios que hacen a caballo son tema de elogio y asombro aun entre los gauchos. Como, afortunadamente, nunca me he topado con una partida de ellos en las llanuras y, como en esta obra me propongo describir únicamente lo que he visto, os remito a la relación muy inteligente del capitán Head en sus *Rough Notes on the Pampas*, de cuya exactitud puedo atestiguar, pues la misma descripción me ha sido hecha tanto por mis paisanos como por los naturales que han tenido oportunidad de ver esta gente. Vi unos pocos venidos a Buenos Aires desde Patagonia para deshacerse de sus ponchos y plumas de avestruz permutándolos por frazadas, cuchillos y tabaco. Me sorprendió particularmente el aspecto de un cacique, de más de seis pies de estatura, que estaba apoyado en un poste de la plaza del mercado, con los brazos cruzados, y en tan silenciosa grandeza de reposo, que evocó en mi mente la dignidad de Juan Kemble en su representación del gran carácter de Coriolano.

Es ahora oportuno dejar Buenos Aires, donde, debido al viento, mal tiempo y otros tropiezos, mi barco había estado detenido diez días. En la época de que hablo, 1817, poquísimos ingleses habían atravesado aquellas inmensas llanuras, las Pampas, y las dificultades y peligros que encerraba el viaje por la Cordillera se consideraban casi insalvables. Sin embargo, acudí a un inglés, mister Eduardo Lawson, que las había cruzado dos veces, y aunque me aseguró que estaba lejos de constituir un viaje de placer, lo preferí, no obstante, a doblar el Cabo de Hornos.

En efecto, no deseaba hacer ese viaje en el barco que me había traído: era un buque angosto muy ligero construido en Baltimore, de 180 toneladas de porte, que primero se había empleado en el tráfico negrero, pero fué capturado frente a Sierra Leona por un crucero inglés, mientras se ocupaba en ese comercio horrible e ilícito, y después fué vendido en Inglaterra como presa. Había sido tan sobrecargado en Londres para este viaje, que el agua estaba casi al nivel de los imbornales, y con la brisa, el mar siempre barría la cubierta sobre la que encontré imprescindible durante la mayor parte del viaje andar descalzo. No se había tenido en cuenta la comodidad para pasajeros ni la seguridad del barco, en la avidez desplegada para cargarlo de mercaderías que se esperaba rindieran el ciento por ciento. Me vi obligado, en consecuencia, a descargar parte del cargamento para comodidad de la gente y seguridad del barco, en un viaje tan peligroso como el del Cabo de Hornos.

Habiendo arreglado estos asuntos, despaché el barco con destino a Valparaíso y resolví ir a Chile por tierra. Un caballero sudamericano, don Manuel Valenzuela, nativo y vecino de Mendoza, estaba a punto de regresar en su carruaje, modo de traslación que me fué recomendado como muy preferible a la fatiga del caballo; esto, unido a mi ignorancia del idioma, hizo que aceptase un asiento en el carruaje de ese caballero, por el que pagaría la misma tarifa que si hubiese alquilado caballos. El día de la partida llegó y el coché salió temprano porque había que cruzar varios pantanos y hacer alto en la primera posta a siete leguas de la ciudad; pero me quedé hasta la tarde, resuelto a hacer la primera etapa a caballo y, de acuerdo con esto, se dejó un baquiano para que me guiase. Después de comer, pasando la cabeza

por primera vez, por la boca de un lindo poncho, estreché las manos de mis amigos ingleses y, montando a caballo, salí de la ciudad. Era casi oscuro cuando me encontré comenzando el camino de mil doscientas millas sin perspectiva de topar alma viviente con quien hablar en todo el trayecto; porque, como he dicho antes, en aquel tiempo apenas sabía una sílaba de español, y el caballero en cuya compañía iba a ir ignoraba el inglés o francés. Esto se oponía a toda sociabilidad, y después de tratar en vano de hacer comprender una pregunta a mi adusto guía, me di cabal cuenta de mi situación desesperada y descubrí que mi lengua estaba condenada a largo reposo. Ciertamente esto no ofrecía los mejores auspicios, ni era calculado para sentirse enamorado del país, cabalgar en lugares desconocidos, de noche, en un redomón peludo cuyo solo paso era el galope trabado, yendo por pasto alto que le llegaba al encuentro, y acompañado por un guía que chillaba y cantaba como demonio selvático. A veces, yo quería disminuir la velocidad; pero mi salvaje no podía o no quería entender. ¡Adelante, adelante!, gritaba siempre, en toda la velocidad, y yo seguía a todo lo que daba mi caballo, para no quedarme atrás y perderme. Este paso continuó cerca de tres horas, cuando divisé una luz que felizmente me demostró estar cerca de la posta donde llegué muerto de cansancio, enojado, molido y mojado (porque había llovido copiosamente), y así terminó esta etapa de veintiuna millas.

Desmonté a la puerta de un rancho miserable donde mis compañeros ya estaban en cama; se procuró luz de una ramada cercana que hacía de cocina, y alrededor de las brasas medio apagadas del fogón, yacían arrebujados un grupo de gauchos semidesnudos anidados para pasar la noche. Por lo que había

oído en Buenos Aires, no esperaba encontrar sino comida y cama ordinarias; pero una mera transición de la capital a la primera posta, lleva a esperar, si no buen alojamiento, al menos algo tolerable—no había tal cosa. Cualquiera toldo de indios es tan bueno como este conato de casa. Al entrar yo, mi amigo don Manuel y su compañero (otro caballero que también iba a Mendoza), estaban estirados en colchones puestos en el suelo. No había mesa ni silla en el rancho y las paredes eran del color de barro oscuro, con agujeros capaces de admitir un cañón de 48, presentando todo un angustioso espectáculo de desdicha que de ningún modo contribuía a aliviar mi cansancio y fastidio.

Las gentes sudamericanas se cuidan tan extraordinariamente de su comodidad que, una vez metidas en cama, solamente un terremoto las hace levantar; por consiguiente, no había que pensar en conseguir comida a esa hora de la noche, y mi guía, después de pegar en la pared la miserable vela de baño—pues no había candelero—, desapareció para pasar la noche.

A ninguno de mis compañeros se le ocurrió levantarse, y permanecimos mudos por fuerza; así me vi obligado a procurar reposo, en defensa propia, poniendo mi colchón, que había sido traído adentro del rancho, en un cuero vacuno sobre el piso, y con frío, hambriento y abatido me eché sobre él. Después de apostrofar mi mala estrella y proferir varios reniegos sabios, pronto olvidé mi desdicha en un sueño profundo.

CAPÍTULO III

Viajando por las Pampas.—Nuestro cortejo.—La villa de Luján.—Desagradados de la jornada.—Velocidad.—Animales salvajes.—Llegada a San Luis.

La aguda voz de un gaucho me despertó; venía evidentemente a anunciarnos que era tiempo de partir, pues asomaba el día, lo que se confirmó con la luz que se colaba por los numerosos agujeros del rancho. Inmediatamente nos levantamos para que arreglaran nuestro equipaje y prepararnos para la jornada. Lo primero que pide un viajero de la Pampa, al despertarse, es mate, que se prepara en una pequeña calabaza con agua hirviendo, y, a veces, se agrega azúcar. Esta preparación se chupa con bombilla de plata. La yerba mate puede soportar dos o tres cebaduras y se pasa de una mano a otra, con la amabilidad más obsequiosa y la misma bombilla sirve a toda la compañía.

Pasado esto, aparece el cigarro, auxiliar infalible en todo refrigerio español. Para no estar fuera de moda, tomé mate y lo encontré sabrosísimo; tiene un amargo agradable al paladar y muchos lo prefieren al te.

Por causa del adagio, también acepté y fumé un cigarrillo de papel por primera vez. Luego tuve oportunidad de examinar la máquina que iba a llevamos

novecientas millas al interior. Era un carruaje en completa armonía con sus conductores, ordinario, rudo y ligero, sin elásticos y con sopandas de cuero. Se parecía a aquellos vehículos arcas de Noé, capaces de contener a papá, mamá y seis chicos; pero éste era como debía ser y contribuyó mucho a nuestra comodidad, pues solamente iban ocupados tres asientos interiores. Las ruedas eran de circunferencia inmensa para aliviarlo y atravesar los pantanos con mayor facilidad. Estas ruedas estaban envueltas con lonjas de cuero que contribuían mucho a su seguridad y resistencia; en efecto, sin tal precaución hubiera sido imposible que el carruaje soportase los numerosos barquinazos en las partes del camino más ásperas. Todo estaba ahora preparado para moverse. Nuestro grupo se componía de don Manuel, su amigo don Alfonso y yo, dentro del carruaje. Don Melchor, mayordomo de mi amigo, que iba a caballo y tenía el dinero, un capataz que hacía de postillón principal y tres mocetones gauchos de aspecto salvaje, con pañuelos de Madras en la cabeza cubierta con sombrero de paja del tamaño y forma aproximados de un pilón de azúcar. Vestían ponchos de lana, botas de potro con el pelo para adentro que dejaban salir los dedos desnudos; porque los dos mayores son miembros muy importantes en la Pampa, siendo todo lo que admite el pequeñísimo estribo gauchesco de madera triangular. Además de este séquito tomábamos dos postillones en cada posta para que regresaran con los caballos. También alquilé un caballo para mi equipaje compuesto de dos petacas y colchón envuelto en una caja de cuero llamada almafrés. Don Manuel también tenía un caballo para su equipaje a fin de que el coche no estuviera muy atrabancado, y era sorprendente la

destreza con que los peones equilibraron los cargueros.

Don Manuel y su compañero don Alfonso Sueño (1) estaban ya confabulados ; pero, como yo no entendía lo que hablaban, me entregué a mis fantaseos.

El aspecto que presentaba el campo era el de una llanura espantosa, no se veía habitación, árbol ni arbusto ; cubierta de pajas altas y llena de pantanos ; sin embargo, avanzamos a gran velocidad hasta llegar a su debido tiempo, a la posta siguiente (distante seis leguas), que era solamente un conjunto de ranchos miserables con cerca de una docena de hombres, mujeres y niños, muy sucios e inmundos. Los caballos estaban en el corral de palo a pique. Los postillones, al llegar a todo galope, se desprendieron tan súbitamente del coche que continuó rodando solo algunos momentos ; luego armaron sus lazos y se encaminaron al corral para elegir caballos ; se cambiaron los cargueros del equipaje y todos montaron en caballos de refresco. Esta operación solamente duró algunos minutos, todo quedó arreglado como antes, y pronto proseguimos a toda velocidad. A las diez entramos en la agradable villa de Luján, donde habíamos resuelto almorzar.

Aquí vimos muchachitos gauchos haciendo volar barriletes, lo mismo que los muchachos de Inglaterra ; ésta fué la primera diversión que vi exactamente igual a la que se ve en Europa. Nos dirigimos a casa

(1) He olvidado el apellido de este caballero no habiéndole visto antes o después de este viaje, y me he tomado la libertad de llamarlo Sueño, por su devoción constante al santuario de esta deidad ; puede realmente decirse de él, como de muchos otros viajeros inteligentes que han cruzado aquel país en varias épocas, que literalmente durmió sobre todo el Continente.

del alcalde que estaba sentado en su sala no muy limpia ; su esposa o señora, sentada también, tocaba la guitarra y cantaba a dúo con otra dama que la acompañaba. El alcalde recibió a don Manuel con señalada distinción y respeto e inmediatamente ordenó el almuerzo, que pronto estuvo cocinándose. La mesa se tendió con limpio mantel de alemanesco, proporcionado por don Manuel ; y en media hora los platos humeaban sobre ella ; éstos consistían en chupe de gallina, mazamorra, huevos, café, chocolate, vino francés y carlón, y pan blanco excelente. El alcalde había ya almorzado y se sentó junto a don Manuel, entreteniéndolo con su charla al mismo tiempo que le echaba bocanadas de humo en la cara con su cigarrillo, lo que no parecía molestarle de ningún modo. Como yo tenía grandísimo apetito, por mi ayuno de la noche anterior, dediqué atención preferente al almuerzo, particularmente al chupe, que es manjar excelente, compuesto de gallinas cocidas con arroz y adornado con papas, tomates, huevos y cebollas.

La mazamorra de maíz cocido es blanca como nieve, y manjar sabroso, cuando se sazona con pimienta, sal y vinagre.

El segundo plato fué carne asada, el gran manjar de las pampas ; se prepara en grandes tiras ensartadas en asadores de madera clavados cerca del fuego ; esta carne era tierna y deliciosa, aunque no muy gorda.

Se procuraron caballos de refresco ; pero mientras se preparaban, paseamos por la villa un cuarto de hora. No es de más de ochocientos habitantes, pero tiene iglesia y cárcel que, naturalmente, son los edificios más grandes. La casa del alcalde sigue en tamaño ; tiene una tiendita de productos coloniales,

lencería y trampas para ratones, en suma, una especie de ómnibus.

Reentrados al carruaje nos despedimos de nuestro huésped y partimos a todo galope, y de este modo pasamos por las postas de López, Zárate, Arrecifes, etcétera, que son simples rancheríos miserables, de juncos, revocados con barro, y puertas de cuero; la gente es sucia, asquerosa e imagen de la indolencia; algunas veces teníamos que esperar la traída de los caballos al corral, cuando venían a toda carrera como carga de caballería, haciendo resonar la llanura con sus cascós y relinchos. Estos caballos tenían aspecto muy descuidado, como que nunca se les toca desde que nacen, sino para enfrenarlos o ensillarlos. Se dejan crecer «ad libitum» sus crines y colas, y como nunca se les arreglan los vasos, algunos se tuercen en variadas formas: cuando los caballos han estado pastando entre los cardos, las crines se cubren de abrojos y se asemejan a cosas que no se describen; sin embargo, son muy briosos y rendirán un trabajo sorprendente a pesar de su alimentación verde.

Dormimos la segunda noche en un rancho sombrío, como antes. Por la mañana vadeamos el río de Arrecifes y del otro lado encontramos un rancho donde había pulpería y una batería de dos culebrinitas, sobre plataforma, para defenderse de los indios. Aquí, después de comer carne asada, proseguimos y dormimos en la posta del Arroyo del Medio, doce leguas más adelante, haciendo así aquel día veinticinco leguas. En efecto, el recorrido medio durante el viaje, fué de veinte a veinticuatro leguas diarias. Siempre salíamos al romper el día, pues el maestro de posta no permitía sacar caballos del corral después de puesto el sol, a no ser por orden expresa del gobernador de Buenos Aires. En la posta donde dormimos

me molestaron mucho las pulgas y otros insectos, que, pronto me apercibí, forman una de las más serias molestias con que tiene que habérselas el europeo. Los naturales parece que no sufren con los ataques de los insectos picadores. Sin embargo, no afligiré al lector enumerando las privaciones que sufrí en cada parada, ni me detendré en describir todas y cada una de las que encontré, como parece costumbre de los viajeros modernos. Ni creo que importe decir, diariamente, si nuestro huésped estaba de bueno o de mal talante, si su hija era esquiva o bondadosa, ni que a veces comíamos carne sin pan y otras pan sin carne, y no puedo decir, después de una jornada fatigosa, que siempre me apercibiese de si el asiento era cráneo de caballo o de asno. Ni horrorizaré a los delicados describiendo las postas donde los ratones se entretenían en mordirme el cabello o los dedos de los pies, cuando me acostaba sobre un cuero en el vano intento de dormir la siesta, y cuantas veces, frecuentemente, al despertar por la mañana, me hallaba picado como tenca por las numerosas vinchucas, chinches y pulgas overas (1) que infestan toda esta región.

Un día de viaje por las pampas se asemeja muchísimo a otro, con la sola variante que en algunos lugares nada de comer puede obtenerse, excepto aquellas provisiones que hayáis almacenado, pero en ocasiones hacen falta pan de trigo y maíz, y en general se encuentra carne; pero como ésta no se saborea sola, recomendaría que el viajero se proveyese, para casos de emergencia, de jamón, lenguas, o salchichas. Don

(1) Un amigo mío que es aficionado a estos asuntos, me afirmaba que, mediante el microscopio, había descubierto que las pulgas pampéras eran negras y blancas y listadas como cebras. No puedo hablar de esto, pues siempre que caía una en mis manos la despachaba, sin dedicarle mayor examen.

Manuel, que era viejo conocido del desierto pampero, se había provisto ampliamente de estas cosas, que, unidas a café, chocolate, encurtidos y dulces, y ocasionalmente una botella de champaña, nos aseguraban contra cualquier privación.

He mencionado que los habitantes de la Pampa se llaman gauchos; no existe ser más franco, libre o independiente que el gaucho. Usa poncho tejido por mujeres; es del tamaño y forma de una frazada pequeña, con una abertura en el centro para pasar la cabeza; por consiguiente, sirve para preservar del viento y lluvia, y deja los brazos en completa libertad. El poncho en su origen es prenda india, se hace generalmente de lana y es bellamente entretejido con colores; a veces se usa colgando de los hombros, otras como chiripá ligado y siempre es frazada por la noche. La chaqueta es de paño ordinario, bayeta o pana; los calzones, abiertos en la rodilla, son de la misma tela; la delantera de la chaqueta y las rodillas generalmente se adornan con profusión de botoncitos de plata o filigrana. Sus espuelas son de plata o de hierro, sobre botas de potro, con enormes rodajas y agudos pinchos; sombrero pajizo y pañuelo de algodón atado alrededor del rostro, completan el traje. Su montura es simple armazón de madera retopado en cuero y se llama recado; tiene forma de silla militar y se cubre con pellones y piel de carnero teñida; no se estilan hebillas para asegurar la montura, siendo la cincha, de delgadas tiras de cuero, adherida a una argolla de hierro o madera que se une, mediante un correón, a otra argolla más chica cosida en la silla; el estribo es de madera o plata, el primero es solamente bastante grande para dar cabida al dedo grande del pie; pero la mejor gente siempre usa el segundo que es mayor. El freno es como el de los ma-

melucos, con barbada de hierro, duro y áspero. La matra es cama del gaucho, y así se asegura alojamiento dondequiera que lo tome la noche. Siempre lleva lazo y boleadoras que arroja con admirable precisión al pescuezo o patas de un animal y al instante lo detiene. De este modo la gama y el avestruz (más veloces que los caballos) son generalmente cazados; algunas veces la fuerza de las bolas quiebra las patas de la víctima. Un gran cuchillo de catorce pulgadas de largo, atravesado al tirador, o en la bota, completa el equipo gauchesco, y así sencillamente armado y montado en su buen caballo, es el señor de todo lo que mira. El jaguar y la puma, el potro o el toro bravíos, la gama y el avestruz, le temen lo mismo; no tiene amo, no labra el suelo, difícilmente sabe lo que significa gobierno; en toda su vida quizás no haya visitado una ciudad, y tiene tanta idea de una montaña o del mar, como su vecina subterránea, la vizcacha. Algunos gauchos jóvenes me han dicho que eran a veces desgraciados «por amor», pero cuando llegan a los años de discreción, nunca se les oye proferir queja contra su destino. En efecto, constituyen una raza con menos necesidades y aspiraciones que cualquiera que yo haya encontrado. Sencillas, no salvajes, son las vidas de esta «gente que no suspira» de las llanuras.

Nada puede dar al que le contempla idea más noble de la independencia que un gaucho a caballo; cabeza erguida, aire resuelto y grácil, los rápidos movimientos de su bien adiestrado caballo, todo contribuye a dar el retrato del bello ideal de la libertad. Su rancho es pequeño y cuadrado, con pocos postes de sostén, y varillas de mimbre entretejidas, revocadas con barro, y a veces solamente protegidos por cueros. El techo de paja o juncos, con agujero en el centro

para dar escape al humo ; pocos trozos de madera o cráneos de caballos sirven de asientos ; una mesita de diez y ocho pulgadas de altura, para jugar a los naipes, un crucifijo colgado en la pared y a veces una imagen de San Antonio o de algún otro santo patrono, son los adornos de su morada. Piel de carnero para que se acuesten las mujeres y niños y un fueguito en el centro, son sus lujos únicos ; el gaucho en su casa siempre duerme o juega ; raramente pasamos por un rancho donde estuviesen reunidos ; pero este pasatiempo era para ser presenciado ; y ocasionalmente, un fraile con hábito sucio se veía tan serio en la partida de juego como los demás.

Si el tiempo está lluvioso, la familia y los visitantes, perros, lechones y gallinas se juntan dentro del rancho en promiscuidad ; y cuando el humo de leña mojada generalmente, llena la mitad del rancho, las figuras, en esta atmósfera opaca, se asemejan a los fantasmas sombríos de Osián. Pocos frutales a veces se encuentran cerca del rancho. Las mujeres gauchas se visten con camisas de algodón burdo, enaguas de bayeta o picote azul, que dejan descubiertos los brazos y el cuello ; cuando salen a caballo usan chales de bayeta de color vivo y sombreros masculinos de paja o lana. Se sientan de lado a caballo y son tan buenos jinetes como los otros. Las mujeres se ocupan en cultivar un poco de maíz que les sirve de pan ; también cosechan sandías y cebollas y tejen bayetas y ponchos ordinarios. El uso del tabaco es común en ambos sexos : lo constumen en forma de cigarros con tabaco envuelto en papel o chala. Sus útiles de cocina son generalmente de barro cocido y sus platos de madera. He visto en uno de estos ranchos miserables, un gran plato de plata, pero tan negro de suciedad, que fué necesario rascarlo con el cuchillo para cercio-

rarse de su calidad. En tiempo de los españoles era más difícil conseguir hierro que plata, por no haber minas de hierro beneficiadas en Sud América. Sin embargo, desde la revolución, tantas partidas de montoneros diferentes han saqueado a los habitantes pamperos, que los mencionados valiosos utensilios han desaparecido casi totalmente de entre ellos. Los gauchos son aficionadísimos al aguardiente de uva; pero rara vez caen en aquel estado de ebriedad tan común en las clases más pobres de Inglaterra.

El país llamado las Pampas es completamente llano y sin atractivos en cuanto a paisaje; se va de posta a posta sin el mínimo cambio de vista; parece (si puede usarse la expresión y se tolera un disparate) un «mar de tierra». Abunda en pasto y yuyos altos hasta el Arroyo del Medio, pero aquí se hace más fértil, con mucho matorral y árboles pequeños, muchos de estos frutales, durazneros, ciruelos, almendros, etc. Del Arroyo del Medio a la Esquina de Ballesteros, las postas son misérrimas en todo el camino. Este es el campo disputado entre indios y gauchos; por consiguiente, las postas de la Cabeza del Tigre, Cruz Alta, Saladillo, Fraile Muerto, están fortificadas para resistir los sangrientos ataques de los indios.

El modo de hacer las fortificaciones merece anotarse por su singularidad. Se plantan juntas tunas que crecen veinticinco o treinta pies en alto, formando círculo, y dentro de este recinto se guarecen los habitantes del rancho; a veces hay zanja alrededor de estas defensas. Como los indios van armados solamente con arcos y flechas y lanzas largas, no pueden hacer daño alguno. Los gauchos tienen, generalmente, mosquetes, y pueden hacer fuego con seguridad

desde atrás de sus fortines y vegetales imposibles de romper con caballos y hombres.

Se me ha dicho que los indios a veces se acercan jineteando a la zanja, profiriendo alaridos de guerra y cabriolean en son de burla con destreza fantástica. Los caballos indios se consideran los mejores de la llanura, por ser más ricos los pastos del Sur; los indios también los cuidan más que los gauchos; nunca montan en yeguas que se reservan completamente para cría y alimento, del que suministran la mejor provisión posible a sus dueños salvajes, pues galopan junto con los soldados en todos los malones; y de este modo, los indios siempre pueden sorprender a los cristianos por la rapidez de sus marchas y no sufrir hambre.

Algunos de los fortines, en la época colonial se hallaban provistos de cañoncitos, ahora tan viejos y picados que, creo, si se hiciera fuego con ellos probablemente serían víctimas los artilleros. En fin de cuentas, estas defensas son inútiles cuando los indios se presentan en cantidad y, como prefieren la sorpresa nocturna, generalmente consiguen su objeto y con frecuencia en una sola noche destruyen toda la población y sus ocupantes. Matan todos los hombres, viejas y niños, y se llevan consigo las jóvenes que tienen la suerte de agradar a su fantasía, junto con los caballos y el ganado de los corrales, y dejan los ranchos incendiados.

Los gauchos cuentan historias terribles de las atrocidades cometidas por sus salvajes vecinos, bien evidenciadas por las ruinas negras de ranchos en esta parte del país; sin embargo, las dos tribus están en general al mismo nivel, pues los gauchos invariablemente degüellan a «los indios malditos» que caen en sus manos. Vi dos indiecitos en un rancho llamado

Candelaria ; habían sido salvados por un gaucho piadoso, cuando sus padres y toda la tribu fueron masacrados, en una escaramuza de la pampa ; los había adoptado y jugaban en la puerta junto con sus hijos. El mayor apenas tendría siete años ; ambos estaban completamente desnudos ; de color moreno y extremadamente feos ; piernas cortas y chuecas y los largos cuerpos parecían hinchados como sapos. Sus cabezas eran redondas como balas de cañón y como su hirsuto cabello negro les colgaba sobre los ojos todavía más negros, y abrían su ancha boca para reír, pensé que nunca había visto dos pequeños monstruos tan déformes.

De la Cañada de Lucas al Tambo el país es llano y muy cenagoso, pero aproximándose al río Cuarto se ve la primera tierra alta llamada Sierra de Córdoba que se divisa por el Norte y, luego de pasar las Barranquitas, cerca del río Cuarto, el campo se hace montuoso, especialmente en los alrededores de Achiras, Portezuelo y el Morro—el último es el punto más alto de todo el viaje—, y después de atravesar una gran llanura de treinta leguas, se llega a la Punta de San Luis.

Los animales más notables de la pampa son el león, o puma, muy inferior en tamaño y ferocidad al león africano con el que tiene poca semejanza. El tigre o jaguar es animal muy formidable, apenas inferior en talla al de Bengala ; es manchado como el leopardo y se encuentra cerca de las orillas del Río de la Plata. El venado es más o menos del tamaño del ciervo inglés. Se encuentran también liebres y en todas partes se ven vizcachas. De la tribu alada hay avestruces, cisnes, gansos, patos, chorlos, perdices, codornices, lechuzas, palomas, cotorras y numerosos pájaros menores.

Pero, para reanudar mi relato: En pocos días don Manuel y yo habíamos encontrado una especie de dialecto bastardo hecho de latín, francés y español, que, ayudado con mímica, nos permitía comprendernos pasablemente; como teníamos escopetas, con frecuencia nos deteníamos pocas horas y hacíamos estrago entre las palomas, perdices y cotorras; en una parada cazamos algunos gansos silvestres, cerca de una de las Lagunas Saladas.

El tercer día de viaje dormimos en los Desmochados, rancho miserable y más de lo usual lleno de insectos. Aquí tuve oportunidad de distinguir las ronchas producidas por el cuí o bicho colorado y la vinchuca, pero aun no sé a cuál acordar la preferencia.

Nada particular había hasta allí ocurrido; pero al dejar esta posta la mañana siguiente, el caballo que conducía mi estimable cajón de muestras, rodó, y en el tumbo echó por tierra mi tesoro, con tal fuerza, que saltó la tapa y cayó el contenido en la llanura; y como el viento era medio pampero, las muestras se esparcieron en el campo; el carruaje se detuvo y los peones inmediatamente se desprendieron del vehículo y se pusieron a perseguir los fugitivos. Mis amigos del coche se divirtieron mucho con este espectáculo y, aunque pudiera el accidente resultarme serio, no pude menos que participar de su alegría, viendo los jinetes en plena cacería de retazos y remiendos que parecían alegres mariposas al sol. Si los gauchos pensaron que había virtud en cada una de aquellas muestras, distinta de las que salieron de la caja de Pandora, no puedo afirmarlo; pero pasó algún tiempo antes que mis «escapados» fueran reunidos con auxilio de esta caballería ligera. Habiendo vuelto al redil los desertores, até el cajón con una lonja para que éste fuera primero y último accidente de esta clase. La

misma mañana vimos un gaucho corriendo un avestruz que con el largo pescuezo estirado horizontalmente y alas tendidas como velas, parecía tocar apenas el suelo en su rápida carrera. Su perseguidor revoloteando los boleadores en alto, continuó gritando algunos momentos hasta que, arrojando los libes, lo derribó por tierra. Luego le cortó el largo pescuezo para hacer una tabaquera con la piel y arrancó las plumas de las alas y cola, dejando el cuerpo abandonado en el campo.

Los gauchos se divierten cazando sus presas emplumadas con el mismo ardor que he visto en Inglaterra los cazadores veteranos de zorros cuando van azuzando los perros detrás del cuadrúpedo ladrón colorado.

Las vizcachas abundan en toda la llanura; estos inocentes animales generalmente aparecen una hora antes de ponerse el sol y, de noche, merodean por los alrededores. De día se ven rara vez, pero en la entrada de las cuevas; es extraño que casi siempre estén dos lechuzas como de guardia. Nunca he sabido si existe alguna afinidad entre las vizcachas y estos pájaros. Las lechuzas tienen aspecto de gran solemnidad, y como están separadas a ambos lados de la cueva, recuerdan las parejas de aquellos caballeros de aspecto triste que se ven parados tan frecuentemente en la puerta de las casas inglesas, como prólogo de funeral.

Seguimos nuestro camino bastante agradablemente, y observamos varias clases de ganado alzado y tropillas de baguales que abundan en estos desiertos donde nadie transita. En ocasiones las gamas nos miraban atentamente al pasar de galope, y las cachilas o zonzitos eran tan mansos que rara vez volaban de miedo.

Constantemente encontrábamos o pasábamos tropas de carros y carretas pesados, empleados en el tráfico comercial entre Buenos Aires y las ciudades del interior; estos carros se oyen desde media legua a causa de sus ruedas chillonas; son tirados por bueyes; a veces ocho o diez van uncidos en yunta y son agujijoneados en largas picanillas colgadas en el interior del vehículo. Todos estos carros y carretas tienen cubierta arqueada de cuero; llevan artículos manufacturados de Buenos Aires y regresan con frutos del país, aguardiente, vinos, sal, cueros, sebo, etc.

Los carreteros y gauchos que encontrábamos siempre se sacaban el sombrero con un «vaya usted con Dios»; efectivamente, son civiles y pulidos, en grado muy superior al que se encuentra entre la clase baja de la educada sociedad europea.

El séptimo día dormimos en la posta de Achiras que se halla lo más románticamente situada entre rocas; hay huerta y viñedo anejos. El trayecto de allí al Portezuelo es agradabilísimo, en parte por un llano con pasto alto. La familia de este sitio había fijado su habitación algo apartada del camino directo y parecía ermita del desierto. Del Portezuelo al Morro, el camino se hace muy accidentado y, al dejar el último lugar, que es un ranchito, don Manuel nos propuso hacer a caballo el largo recorrido pesado porque en carruaje sería muy lento.

No pudimos decidir a don Alfonso a que nos acompañase, pues tal movimiento era muy favorable para su letargo habitual; en consecuencia, mi amigo y yo partimos a galope, pero apenas habíamos andado media legua cuando, de repente, vi a don Manuel hacer un salto mortal y su caballo pararse de súbito. La arlequinada de este movimiento me hizo reír en grande, pero apenas hube disfrutado la broma, cuando fuí

obligado a hacer el mismo salto de sapo con mi balgadura que, de repente, se había clavado como roca en una vizcachera y me sacó por las orejas a tres yardas de distancia. Como no se quebró ningún hueso, renovamos la risa, pero seguimos el resto del camino con más cautela.

Esa noche dormimos en Río Quinto y a la mañana siguiente, al noveno día de nuestra partida de Buenos Aires, llegamos a la Punta de San Luis.

CAPÍTULO IV

La Punta de San Luis, etc.—Población.—La travesía.—Río Desaguadero.—Pelea sudamericana.—Llegada a Mendoza.—Hospitalidad de sus habitantes, etc.

La «Punta de San Luis» tiene cinco mil habitantes y es el único lugar de relativa importancia en todo el trayecto de Buenos Aires a Mendoza. La entrada allí no es impresionante en manera alguna, pues se efectúa por largas callejuelas de tapias corridas a ambos lados. Las casas están detrás y hasta llegar a la plaza no hay ningún signo de población y aun entonces se ve poca gente. Como de costumbre, la iglesia principal y la casa de gobierno están en la plaza. La gente forma un conjunto mal vestido, sucio, y todo el lugar presenta aire de ser azotado por la pobreza. Nos dirigimos donde el gobernador, quien, metido en su poncho, fumaba, y cuando le mostramos nuestros pasaportes los rubricó. El comercio del lugar se compone principalmente de ganado y cueros y hay pocas tiendas de artículos europeos, ropa, ferretería, loza, etc. San Luis abunda en fruta, duraznos, uvas, melones e higos; el alimento principal es de carne y maíz. Los habitantes no son más adelantados que los gauchos pamperos en lo tocante a indumentaria y civilización; pero me parecieron de mejor aspecto que los que había visto en las llanuras. Nunca he visto una comunidad entera en que los jóvenes tuvie-

ran dientes tan lindos y bien dispuestos. Algunas jóvenes son hermosísimas de color aceitunado rojizo, con mejillas encendidas de salud, adornadas por un par de ojos negros como azabache. Mi corazón se disponía a derretirse cuando primero vi a la hija del maestro de posta. Nunca contemplé rostro más simétricamente bello, sus grandes ojos lánguidos parecían emitir corrientes de luz y el hoyuelo travieso de su barba hacía la visión del todo cautivadora; pero ¡ay! «surgit amaro aliquid», su figura de ningún modo correspondía al rostro, siendo grosera, rechoncha y desmañada; y aquella virtud, descrita como inferior solamente a la santidad, brillaba por su ausencia. Acababa de cumplir diez y seis años e iba a casarse con un zote gaucho largo. Una hora después de mi llegada la vi sentada con su novio a la puerta de la casa paterna cada uno fumando su cigarrillo de papel y conversando con tanta gravedad como si fueran marido y mujer. Las muchachas generalmente se casan de catorce a quince años; pero antes de los treinta parecen viejas, todas marchitas, secas y arrugadas. Esto proviene en mucho de la falta de aseo, sequedad del clima y de su constante contacto con el humo de fogones de leña, pues todas son cocineras, aunque debe confesarse que sus manjares son de la misma escuela de Belcebú.

Nos demoramos aquel día en San Luis, teniendo que cruzar al siguiente la «travesía» de veinte leguas y era necesario salir temprano para hacerla en el día. Por la noche varios de los habitantes nos visitaron y entre ellos la familia del administrador de correos. Las jóvenes cantaron y tocaron la guitarra y algunas parejas bailaron la «danza india del país», cuyas figuras son el reverso de la gazmoñería. Hubo también una danza de castañuelas que me gustó. Se retiraron

a las once y nos dejaron entregados a nuestras meditaciones entre las pulgas que, a juzgar por la avidez de sus apetitos aquella noche, habían ayunado algún tiempo. En efecto, me fastidié de no poder dormir, y me levanté, y recorrí las calles completamente desiertas, y el único ruido era el prolongado aullido de los perros dando serenatas a la luna.

Al romper el día nuestra cabalgata estaba pronta para marchar. Debíamos cruzar un desierto arenoso de sesenta millas, donde no se conseguía agua; en consecuencia, nos proveíamos de esta bebida antes de partir, llenando nuestros chifles y botellas. Se habían procurado unos cuarenta caballos; más de la mitad iban sueltos en arreo y sirvieron de mudas de refresco durante la jornada. El día era caluroso en extremo y los feroces rayos del sol, unidos al polvo, hicieron esta distancia la más insoportable de todo el viaje. Parte de esta travesía es por arena profunda; hay algunos árboles aparragados esparcidos, que han de deber su existencia a los diluvios del verano, pues rara vez llueve a chaparrones en esta llanura desolada. A causa de lo espeso de la arena en algunos trechos éramos obligados a andar más despacio que nuestro paso ordinario, y los caballos, tanto como nosotros, estábamos ya estropeados antes de hacer la mitad de la jornada. A mediodía el calor solar era tan intenso que nos sentimos imposibilitados de seguir por dos horas y nos guarecimos, como pudimos, bajo las ramas de algunos árboles secos, hasta que disminuyó el calor.

Quiénes nunca han sentido la miseria de una sed abrasadora, cuando no hay nada para aplacarla, pueden tener idea muy imperfecta de tal situación. Se había consumido toda el agua sin refrescarnos, porque el calor del día la había entibiado antes de mar-

char tres leguas. A las cuatro de la tarde seguimos de nuevo ; cuando volvió el fresco vespertino revivimos, y como a las nueve llegamos a la posta del Desaguadero, cerca del río del mismo nombre. Hicimos alto para pasar la noche, pero era un sitio espantoso, el viento violentísimo hacía entrar polvo y arena a nuestro rancho falto de puerta y muebles, y el piso de barro estaba cubierto con huesos de comida, cáscaras descompuestas de sandías y otra suciedad. Procuramos un cuero y tapamos con él la puerta y así nos libramos algo de la arena. Sufrí muchísimo aquella noche, porque el agua del Desaguadero era salobre y tan fangosa, que nos vimos obligados a colarla en un pañuelo de muselina para hacerla potable, y aun así, el fuerte sabor salado que dejaba en el paladar antes aumentaba que aplacaba mi sed abrasadora. Tuve fiebre alta la noche entera y di gracias cuando asomaron los primeros albores del día en el horizonte. Nuestro séquito parecía alerta más que de ordinario para salir de este purgatorio y pronto volvimos a marchar y llegamos en poco tiempo a las orillas del Desaguadero, que pasamos en balsas. El carruaje fué tirado en el paso con caballos agregados. Las riberas son altas y de barro negro ; sin embargo, cruzamos sin accidente y desembarcamos en la orilla opuesta, de la provincia de Mendoza. Los caminos ahora eran mejores, los caballos más lindos y el campo más boscoso y nivelado ; viajamos con gran rapidez, haciendo veintinco leguas por día, y pasamos la noche en La Dormida. La mañana siguiente, antes de partir, tuve oportunidad de ver una pelea sudamericana ; dos gauchos de nuestro coche habían estado disputando algún tiempo, hasta que palabras fuertes los llevaron a golpearse ; al momento sacaron los cuchillos y previos pocos pases, uno de ellos metió el

arma en el pescuezo de su adversario, en un tris de la vena yugular, y cayó «hors de combat». Este accidente era enojoso por más de una razón, pues no podíamos procurarnos nuevo postillón. Sin embargo, como la herida no era mortal, don Manuel se responsabilizó por el delincuente y después de algún tiempo estuvimos listos para proseguir. Dejamos el postillón herido en un catre, lamentándose muy tristemente; observé que su adversario fríamente sacó fuego y fumaba un cigarro; no parecía afectado por el suceso, que consideraba natural, y montando a caballo echó a andar como si nada hubiese ocurrido. Dar de puñaladas parecía ser la orden del día, porque en la etapa siguiente, habiéndose empacado mi infortunado caballo de carga, don Melchor, el mayordomo, de rabia, sacó el cuchillo y mató al pobre animal en el sitio (1).

Esto nos volvió a entorpecer, pues tuvimos que poner el equipaje y aparejo en el carruaje, para llevarlos a la posta siguiente. Después seguimos sin otro accidente y llegamos a la Retama. En los dos últimos días se veía perfectamente la cordillera. La Retama es lugar delicioso y muy fértil, abundante en toda clase de frutas y legumbres, el país bien regado con acequias y plantado con altos álamos que hacían el efecto más agradable después del paisaje pobre y sin interés que habíamos pasado. Nos refrescamos y dormimos siesta, y en la tarde, a la oración, nos detuvi-

(1) Tuve que pagar ocho pesos en Mendoza por la pérdida de este caballo, aunque en estricta justicia podía haberme opuesto; pero, como don Melchor, en otros respectos, había sido muy atento conmigo, y era un compañero jocos, pagué la suma, porque como él decía: «yo maté el caballo en su servicio, señor».

mos frente a la casa de don Manuel, situada en el centro de Mendoza.

Si hubiera de alcanzar la edad de los pelícanos, no me olvidaría de la dulce Mendoza; no sé si es el aire, los habitantes o los alrededores, pero hay un encanto indeleble adherido a cada sitio, que guardaré mientras conserve la memoria. Cuando pienso en ella, me recuerda «las diversiones alegres de la juventud, las horas placenteras de la primavera. La memoria aviva mis esperanzas; alrededor de mi corazón su luz introduce suaves hechizos.»

Desde entonces he visitado esta ciudad rural dos veces y nunca partí de ella sin resistencia y melancolía. Está encerrada entre viñedos al pie de la gran cordillera de los Andes. La gigantesca cadena de montañas se extiende de Norte a Sur hasta donde alcanza la vista, con sus cimas cubiertas en manto perpetuo de pureza virginal, reluciendo todo el día con la brillante radiación de un cielo sin nubes, del azul más intenso; y en la noche estrellada presentando una blancura deslumbrante, sobre el cielo oscuro, iluminado en ocasiones por la «luna inconstante». Mil riachuelos de montaña fertilizan las llanuras bajas, y el agua con impetuosa corriente en las acequias de calles y jardines de la ciudad, con transparencia y rapidez «esparce exuberante frescura en el aire y verdor en el suelo».

La residencia de don Manuel era de las mejores de la ciudad, con patios espaciosos, salas y todos los requisitos de una hermosa instalación. Estaba alhajada con buen gusto, en estilo francés e inglés, y puedo señalar a este caballero, que nunca había estado en Europa, como el único criollo que vi con casa bien arreglada y que dirigía sus asuntos domésticos a usanza europea.

Apenas se hubieron esparcido las noticias del arribo de don Manuel, cuando la sala se llenó de amigos que venían a felicitarle por su feliz retorno.

La tertulia de ambos sexos fué numerosísima y la música y baile empezaron casi inmediatamente y la noche se pasó en el mayor regocijo. Helados, cremas, confituras, dulces, vinos, cordiales, se alcanzaron a todos y me agradó ver las maneras amistosas sin afectación de los mendocinos. Se mandó buscar una banda y tocó la bienvenida al hogar hasta tarde de la noche en que parientes, amigos y huéspedes se retiraron a sus casas. Don Manuel me había invitado a vivir en su casa durante mi estada en Mendoza, y como yo era del todo extraño al lugar, acepté el ofrecimiento con gusto.

Fuí luego guiado a un hermoso aposento que contenía costosa cama dorada, con mosquitero, las sábanas y fundas adornadas con anchos encajes de Bruselas, conforme a la costumbre española, y la tela era de fina holandá. ¡Qué diferencia del acomodo encontrado en las pampas horrosas, durmiendo sobre duras camillas, en chozas húmedas, con telarañas por cortinas y vinchucas por compañeras de lecho! Ahora estaba alojado cual príncipe, y corriendo el mosquitero a mi derredor, pronto me sumergí en el sueño más regalado e ininterrumpido, del que fuí despertado a la mañana por una linda mulata que entró al dormitorio para hacerme saber que el almuerzo estaba listo.

Después de hacer mi «toilette», se me condujo al comedor, donde encontré reunidos a don Manuel, su esposa, su hija y un joven sobrino. La esposa era hermosísima trigüeña, aparentemente no mucho mayor de veinte años y ciertamente mucho más joven

que el marido. La chica era hija única, de siete años, e ídolo de los padres.

El servicio del almuerzo era de fina porcelana francesa, de última moda, y el refrigerio se componía de café, te y chocolate con los manjares más resistentes de gallinas con arroz, bifés y huevos, también fruta y vino. Quedé encantado de la afabilidad de esta familia; su hospitalidad sin afectación hacía creer me encontrase en mi propia casa. Después de almorzar don Manuel convino en salir conmigo a caballo por la tarde, y luego fuí a mi aposento porque el sol picaba muchísimo afuera.

Estaba sentado escribiendo, dando la espalda a la puerta, cuando oí una voz inglesa que exclamaba: «How do you feel after your journey?» (¿cómo se siente después de su viaje?). El sonido de mi idioma me sobrecogió casi tanto como a Robinsón Crusoe el rastro de un pie y, dándome vuelta, vi a mi amigo míster Juan Robinsón que había salido de Buenos Aires pocos días antes que yo con destino a Chile, y a quien yo creía en los cerros y lejos.

El placer inesperado de encontrar este caballero en las presentes circunstancias, puede bien imaginarse. Me dijo que había a propósito interrumpido el viaje, sabiendo que yo venía, para que tuviésemos la satisfacción de atravesar juntos las terribles montañas. Dijo que residía en casa del único inglés de la ciudad, natural del Yorkshire, llamado Appleby, que había casado con mendocina y estado muchos años en Sud América. Robinsón y Appleby se agregaron a nuestra compañía en la comida, que fué suntuosa y bien servida, compuesta de más platos de los que puedo recordar; el aceite español, sin embargo, me impresionó como el mejor que había gustado y lo encontré excelente. Después del café, nuestros caballos

fueron traídos al patio y salimos para visitar las afueras. Me sorprendió la belleza y el brío de los caballos mendocinos. Míster Appleby era excelente jinete y los nativos le llamaban el gaucho inglés, en honor de sus conocimientos ecuestres. Miran con el mayor desprecio al extranjero que no sabe montar bien a caballo y dicen que ha de haber sido hombre bajo o de la canalla en su país. Visitamos a un hermano de don Manuel que residía cerca de la ciudad; era hacendado y su propiedad muy extensa.

Se incorporó a la cabalgata, y como también era buen jinete y cuidaba lindos parejeros, míster Appleby y él corrieron una carrera a la gaucha que merece mencionarse. El tiro es cortísimo, no mayor de doscientas cincuenta yardas; los caballos, con los cuatro vasos juntos, esperan la señal de partida y no se mueven antes que sea dada. Requiere alguna práctica el mantenerse en la montura. Las carreras se corren generalmente en línea recta, pero, a veces, se conviene en girar a cierta distancia y volver al punto de partida; el caballo de buena rienda tiene entonces gran ventaja.

Cuando volvíamos a casa, observé que las vistas de Mendoza son principalmente viñedos y huertas y el perímetro de la ciudad muy extenso, pues una viña, huerta o jardín está contiguo a casi todas las casas. Por la noche se repitió la tertulia donde don Manuel. El día siguiente se nos invitó a un gran baile dado por su hermano; y aquí por vez primera vi a todos los habitantes más respetables, de gran gala, lo que no sucede cuando se trata de una simple tertulia. El baile se celebró con mucha etiqueta. Las damas, en su máxima parte lindísimas, estaban sentadas en fila alrededor de la sala. Los caballeros de pie en el centro, o también conversando con ellas.

El baile comenzó con minués, luego siguieron valses, danza española y algunos bailes del país; pero con figuras más delicadas y refinadas que las que nos mostraron nuestros amigos de San Luis. Después de bailar algunas horas, se anunció la cena, y las damas iniciaron el camino a un cuarto contiguo donde se había preparado un banquete elegante; viandas, confituras y fruta fina en abundancia. Una vez sentadas las damas, se les concedió igual privilegio a varios trinchadores, y los demás caballeros permanecieron de pie atrás del asiento de las damas. En ocasiones podía verse alguno que murmuraba suaves tonteras al oído de su enamorada, mientras otro, acaso menos sentimental, recibía alimento más sólido que ambrosía, en la punta del tenedor de su dulcinea. Los sudamericanos son aficionadísimos a los brindis y algunos tienen gran facilidad para improvisarlos en verso. Después de muchos brindis patrióticos tales como « a la patria », libertad, igualdad, y a los derechos del hombre, etc., recomenzó la danza, y continuó hasta que los concurrentes no podían tenerse más de pie cuando la fiesta concluyó, y fuimos a casa.

De esta manera pasé una semana en las continuas diversiones que me proporcionaban los amables habitantes de esta deliciosa ciudad, danzando, cabalgando, cazando y paseando; a veces caminando por la Alameda con encantadoras mujeres, y otras, sentado en un templo de arquitectura griega, al fondo del paseo, disfrutando los helados y las deliciosas brisas vespertinas cuando bajaban de las altas laderas de la cordillera nevada. Sin embargo, empecé a pensar que, de prolongar la estada, Mendoza se convertiría en mi Capua; y también me sentía deseoso de partir, porque habían corrido varias semanas desde que zarpó mi barco para Valparaíso, y deseaba anticiparme

a su arribo a Chile. La nieve del invierno, sin embargo, todavía era profunda en la ruta que teníamos que recorrer, y como sería necesario en determinado punto del viaje recorrer a pie muchas leguas fastidiosas, Robinsón y yo contratamos un arriero por ciento veinte duros, para conducirnos con nuestros equipajes a través de las montañas, hasta Santiago de Chile, pero exigió tres días para preparar todos los requisitos del viaje.

La población de Mendoza y su vecindad inmediata se calcula en veinte mil almas. Su comercio principal es de vinos y frutas secas que se exportan a Buenos Aires, Tucumán, Salta y la Banda Oriental. Importa toda clase de manufacturas europeas, de Buenos Aires, que es un canal directo de aprovisionamiento, pero en tiempo de guerra civil, cuando el camino había estado infestado con merodeadores, han suplido sus necesidades trayendo los artículos de Chile.

CAPÍTULO V

Partida de Mendoza.—Travesía de la cordillera en invierno.
—Anécdotas.—Alcanzados por una tormenta de nieve y obligados a refugiarnos en una casucha.

Una vez que el arriero, conforme a lo convenido, preparó bestias y forraje para la jornada, al décimo día de mi arribo, Robinsón y yo nos despedimos de nuestros benévolo amigos y de la hospitalidad y placeres de Mendoza. Al anoecer fuimos a una legua de la ciudad para estar listos a partir bien temprano el día siguiente, pues teníamos un llano arenoso que cruzar y era necesario hacerlo antes que el calor apretase.

Nuestra cábalgata se componía de Robinsón y yo, el capataz de los arrieros, tres ayudantes y veinticinco mulas, incluso las de repuesto; las mulas iban cargadas con muchas provisiones, forraje y utensilios de cobre para calentar agua. Nuestra provisión para la Cordillera se componía principalmente de charqui; teníamos algunos jamones, lenguas y, para los primeros dos o tres días, gallinas y carne fresca, con un carguero de cebollas, indispensables en las montañas para combatir el soroche. Don Manuel nos había regalado dos barrilitos de vino mendocino, tinto y blanco, de excelente gusto y cuerpo; se considera muy dañoso beber alcohol en la Cordillera. He entrado en tanto detalle en provecho de los que en adelante ten-

gan que atravesar estas montañas en invierno; y siempre recomendaría llevar una cantidad aparentemente superflua de provisiones para casos de accidente que a veces detienen al viajero mucho más tiempo del que podría esperar. Dormimos en casa del arriero, y al apuntar el día cada hombre se dió prisa en cargar. Una vez equilibradas convenientemente las cargas en el aparejo de cueros de carnero y montado todo el grupo, emprendimos por el llano la marcha en fila.

Esta fué mi primera jornada a lomo de mula, y como el animal era muy trotón, la marcha era todo menos agradable; sin embargo, al cabo de una hora, a medida que la arena era más espesa, el paso se convirtió en de paseo que continuó el resto del día. Este camino es muy sofocante y siendo la arena muy mezclada con salitre, el polvo produce sed abrasadora que el agua no aplaca; por las dos habíamos pasado el llano y nos detuvimos una hora para refrescarnos. Luego entramos en los contrafuertes de montañas casi desprovistas de vegetación, con pocos arbustos aparraigados y tunas escasamente distribuídas en las laderas. Cerca de la entrada del sol llegamos a Villavicencio, primera parada viniendo de Mendoza, distante más o menos quince leguas.

Villavicencio se halla en un profundo desfiladero cerrado a ambos lados por altas montañas que parecen gran cadena. Las comodidades, si así pueden llamarse, son calamitosas y superan toda descripción; pocas cabañas de piedra suelta, apenas de tres piés de alto, y techadas con ramas secas, forman todo el abrigo. Dos o tres familias solamente viven allí, pero en el verano acude gente de Mendoza a los baños medicinales de las cercanías; sin embargo, era demasiado tarde para visitarlos. Encendimos un gran

fogón, y yo preferí vivaquear al aire libre antes que entrar en una casucha de no mayor tamaño que habitación de castor; en efecto, encontré esto más agradable, en el resto del viaje, que dormir en las casuchas sucias, o debajo de estos abrigos.

Al romper el día continuamos la marcha por la cuesta escarpada, rocosa, con arroyo torrentoso en el centro que vadearon nuestras mulas, y después de fatigoso trayecto de una hora llegamos a la cumbre del Paramillo.

Aquí volvieron a aparecer a nuestra vista los magníficos Andes aparentemente a mayor distancia que antes; y aunque la montaña en que nos hallábamos era de altura considerable, parecía un montoncito de tierra comparada con la poderosa cadena que teníamos por delante. Entonces aparecieron claramente las dificultades que teníamos que afrontar.

En el Paramillo vimos numerosas tropas de guanacos que en invierno bajan siempre a los valles y cerros más bajos; las tropillas, después de fijar la vista en nosotros, echaban a correr con la velocidad del viento. Los cóndores planeaban arriba con alas inmóviles; el vuelo de estas aves es con frecuencia tan alto que casi se pierden de vista. Pasado el Paramillo, descendimos al llano de Uspallata, último valle habitable en la vertiente oriental de los Andes.

El llano tiene pasto para caballos, ovejas y vacunos; alrededor de cuatrocientos de los últimos se cuidan allí; pero la población apenas excede de media docena de familias. Hay algunas célebres minas de plata en las cercanías y, en camino, pasamos varias bocaminas. Desmonté y penetré alguna distancia en una mina que había sido explotada y me sorprendió la posibilidad de que un ser humano encontrase sitio para trabajar en espacio tan reducido. Estas minas

son como laberintos, pues los indios con sus toscas herramientas siguen las sinuosidades de los filones de plata con inteligencia intuitiva que prueba entienden estos asuntos mucho mejor que sus teóricos e ilustrados hermanos blancos de Europa.

En Uspallata hay tres o cuatro casas y una iglesia, pero tienen el aspecto más ruinoso. Allí se mantiene una guardia por el gobierno de Mendoza para impedir el contrabando por la Cordillera y arrestar desertores e individuos sospechosos sin pasaporte que van o vienen de Chile. La guardia se compone de un cabo y cuatro soldados emponchados, y los pies descalzos protegidos por ojotas. Encendimos fuego en un corral vacío, porque preferí dormir allí y no bajo techo. La mañana siguiente reanudamos la marcha despidiéndonos de la última habitación humana de la Cordillera. Siguiendo por el llano llegamos a lo que parecía haber sido lecho de algún poderoso río, de dos leguas de anchura, pero cuyo canal estaba seco; el paisaje circundante era de naturaleza espantable y caótica, no viéndose vestigios de vegetación; las rocas y cerros que nos rodeaban eran oscuros y pelados y amontonados en tal confusión de formas que parecían ruinas de un mundo desaparecido.

Luego vadeamos un torrente que, como nuestro camino, se apoyaba a lo largo de la ladera de una montaña escarpada y casi perpendicular, con un río torrentoso de color rojizo, que hacía ruido en el valle a la izquierda y la correspondiente alta montaña paralela en el lado opuesto; parte del camino en esta montaña se construyó en tiempo de los españoles. Allí había una peña de varias toneladas de peso en el borde de la senda, con una crucecita de madera encima y un nombre medio borrado, toscamente tallado al costado de la roca. Averiguando la causa me dije-

ron que yacía debajo de esta piedra el cuerpo de un hombre que un día trabajaba en el camino ; se había desprendido de la altura a causa de un temblor y cayó justamente en el sitio donde ahora se encontraba, aplastando a la víctima infortunada, de quien puede decirse que, al mismo tiempo, encontró tumba y monumento.

Este camino de la ladera se extiende veinte leguas hasta Punta de las Vacas. Las mulas marchaban al paso y el guía parecía muy temeroso de fatigarlas ; en consecuencia, adelantábamos despacio e hicimos alto mucho antes de ponerse el sol, junto a un arroyuelo plateado que se desprendía de la montaña y se unía al río colorado de las Vacas. Este sitio estaba como a diez léguas de Uspallata y fué elegido por encontrarse cerca buen pasto para las mulas. En consecuencia, vivaqueamos y, encendiendo nuestro fogón, comenzamos nuestros preparativos culinarios.

Los arrieros hicieron un plato llamado *valdiviano*, compuesto de charqui machacado entre dos piedras y puesto en cuenco de madera, con rebanadas de cebollas crudas y agua hirviendo ; un poco de maíz molido y sacudido en un chifle con agua fría, mate y tabaco completan el alimento y lujos del arriero. El charqui, cuando está bien preparado, es muy bueno y sabroso. Después de comer nos preparamos para dormir y las mulas fueron arriadas a una quebrada angosta, donde Mansilla (nuestro cápataz) dijo haber buen pasto. Uno de los hombres quedó a la entrada para guardarla y nos dispusimos a dormir.

Cuando desperté temprano encontré a todos presa de la mayor consternación. Parecía que las mulas habían escapado en la noche y no se las encontraba ; este accidente fué debido a haberse regalado los arrieros con uno de los barrilitos de vino, y tocándole su

parte al que estaba de guardia, cayó en sopor, de modo que las mulas evidentemente se escaparon mientras él se encontraba en ese estado, y se habían despedido a la francesa durante la noche. El arriero decía que las mulas regresarían a Uspallata donde había buen pastaje; en consecuencia todo el grupo a pie se encaminó en su busca y mi amigo Robinsón y yo quedamos solos en las montañas con el equipaje y las provisiones. Teníamos esperanza que las mulas no hubiesen ido lejos y que las traerían antes del anochecer; pero la noche vino y pasó y también otro día sin indicios de hombres o mulas. Para divertirnos y matar las horas convinimos en tomar alternativamente el fusil y salir en busca de guanacos, de los que había gran número en las quebradas, mientras el otro quedaba al cuidado del equipaje y provisiones, para protegerlas contra la voracidad de los cóndores que constantemente planeaban arriba como esperando oportunidad de picotear nuestra despensa.

El segundo día me tocó hacer guardia mientras mi compañero fué a cazar; debió de estar de vuelta a las dos de la tarde para comer; pero pasó la hora y la siguiente, y otra más, sin aparecer Robinsón y empecé a sentirme inquieto por su suerte. Extraños pensamientos se agolparon en mi mente, y se me ocurrió que mi amigo había perecido despeñándose o arrebatado por algún torrente, y que, como el cielo oscuro anunciaba tormenta, mis guías no volverían más (particularmente por haber recibido media paga antes de partir de Mendoza), y que sería mi destino, por consiguiente, encontrar, solo, una muerte lenta en estas horribles soledades. El hondo gemido del viento, la obscuridad del cielo, el chillido del cóndor y el ímpetu del río, todo contribuía a agregar lobrequeza al espectáculo y me amedrentaban como funestos

augurios de la tormenta vecina que iba a abatirme. Uspallata estaba a diez leguas y me hubiera sido imposible encontrar el camino hasta allá, pues no tenía brújula ni mapa. Mi filosofía no pudo soportar más tiempo, y me levanté y caminé en estado de ánimo muy poco envidiable, hasta que por fin mis ojos se alegraron con la presencia de mi amigo Robinsón aproximándose a lo lejos entre las rocas. El también se llenó de alegría al volver a encontrar nuestro campamento, porque se había extraviado algún tiempo en la persecución de un guanaco. Aquella noche también los arrieros volvieron con los animales, no habiéndose perdido sino una mula. Se vieron obligados a ir hasta Uspallata antes de hallar a los fugitivos...

Reanudamos el viaje al apuntar el día, con más rapidez que antes, para recuperar el tiempo perdido. El camino hasta Punta de las Vacas corre veinte leguas por la ladera de una montaña; un valle profundo y ancho se extiende abajo; y en muchos sitios la altura espantable de los precipicios, vistos desde alguna vuelta abrupta del camino, o desde las estrechas quebradas, casi produce vértigo. En efecto, algunos no se atreven a mirar abajo; conozco naturales del país que han sido llevados por los arrieros en algunos pasos angostos, atados con lazos. A veces la mula y su jinete parecen efectivamente suspendidos en el aire cuando se los ve a distancia sobre uno de estos angostos bordes de las rocas. La propensión natural del viajero es mantenerse lo más cerca posible del lado de la montaña, pero su obstinado portador no es de la misma opinión, y siempre marcha tan pertinazmente por el borde extremo del peñasco, que una pierna del jinete va realmente colgando sobre el abismo. Esta precaución de la mula proviene del hábito de marchar a veces cargada con bultos que sobresalen

del aparejo y teme entonces que golpeen contra las salientes de la roca, haciéndola perder el equilibrio. La mula es óptimo guía del hombre en las montañas, y recomendaría siempre al viajero, en caso de peligro, no atenerse a su opinión y confiarse al instinto de esta bestia inteligente. Algunas veces, por no hacerle caso, mula y jinete han sido precipitados al valle y perecido. Vimos numerosos huesos de animales en las riberas del río; las pobres bestias habían caído probablemente con sus cargas que había sido imposible recuperar; muchas son llevadas aguas abajo y se dice que dos sacos de doblones se perdieron una vez en este río. Inmensas masas de rocas se ven también en las orillas del río, que han sido precipitadas de las montañas por los terremotos. Es muy pintoresco ver la larga fila de marcha, extendiéndose uno tras otro por la vertiente de la montaña, y serpeando según las sinuosidades del camino.

Nada puede tener mayor propensión de elevar el alma a la contemplación del poder de la deidad, que la perspectiva presentada al viajero en los Andes solitarios. La silenciosa grandeza y majestad del paisaje, mucho más allá de las regiones de vegetación—la sublime soledad del lugar tan por encima de los ruidos despreciables de las llanuras de abajo, y donde la figura humana, comparada con los objetos que la rodean, no es más que un átomo—, todo esto lleva la mente a venerar el poder omnipotente que formó obras tan asombrosas, e infunde en el hombre el sentimiento de su propia insignificancia.

Not vainly did the early Persian make
His altar the high places and the peak
Of earth o'er gazing mountains, and thus take
A fit and unwall'd temple, there to seek
The Spirit, in whose honour shrines are weak

Uprear'd of human hands. Come, and compare
Columns or idol-dwellings, Goth or Greek,
With Nature's realms of worship, earth, and air,
Nor fix on fond abodes to circumscribe thy pray'r! (1)

Aquí pude comprender bien el sentimiento que abrigaba el noble bardo, al escribir los bellos versos precedentes.

Habíamos continuado muchas leguas nuestra jornada aérea, sin el mínimo accidente al pasar las laderas, hasta llegar a Punta de las Vacas y, vadeando el río de este nombre, salimos del valle para entrar al campo abierto donde la nieve llegaba cerca del pie de la montaña. En las Vacas está la primera casucha; estas casuchas son una serie de chozas, *nueve* en número, *cinco* del lado oriental y *cuatro* del occidental. Fueron construídas a costa del gobierno español, y han contribuído a salvar cientos de arrieros y viajeros que les había tocado en suerte cruzar estas regiones en invierno. Las tormentas de nieve vienen tan súbitamente, que no obstante distar las casuchas entre sí no más de dos leguas, en los parajes más peligrosos de la montaña, los viajeros con frecuencia se enceguecen con el torbellino del viento y se entierran en las nieves antes de poder llegar a estos asilos seguros.

Eran muchas las toscas cruces de madera que vimos junto al camino erigidas en memoria de los des-

(1) El persa primitivo no en vano hizo su altar en los lugares altos y la cima de la tierra sobre las montañas dominantes, y de esta manera tuvo templo conveniente y sin muros para buscar allí el Espíritu, en cuyo honor los tabernáculos son débiles obras de manos humanas. Ven y compara las columnas o moradas de ídolos, góticas o griegas, con los reinos del culto de la Naturaleza, la tierra y el aire, ni te encierres en vanas mansiones para circunscribir tu plegaria.

graciados que habían prematuramente perecido en las tormentas de nieve. Los naturales nunca pasan por delante de ellas sin santiguarse y rezar breve oración. La plegaria es por el descanso del alma y liberación del purgatorio, pues creen que con un número dado de oraciones obtendrán el fin deseado, conforme a la virtud o vicios del difunto en vida.

Tres días después de recuperar nuestras mulas ganamos el pie de la cumbre cuya cima es el punto más alto de la Cordillera que habíamos cruzado, y límite entre Mendoza y Chile. El tiempo había estado varios días muy amenazador y veíamos solamente el sol a intervalos. El cielo, conforme a la predicción de los arrieros, indicaba tempestad y era nuestra intención, si posible, pasar a Chile, antes que estallase. Sin embargo, llegamos tarde al pie de la cumbre, y las mulas estaban demasiado fatigadas para emprender la ascensión, sin darles descanso, y así nos vimos obligados a hacer alto hasta la mañana siguiente. Dormimos en el suelo al aire libre.

Se siguió una noche fatal para nuestra comodidad, y al despertarnos nos encontramos cubiertos con nieve de tres pulgadas de espesor. Todo el terreno era una sábana blanca y empezando a aumentar los copos y remolinear con el viento, se hizo imposible seguir adelante. La casucha se hallaba a quinientas yardas de nuestro vivac, y nos vimos precisados a apurarnos en busca de refugio.

Al subir el cerro me dió por primera vez puna o soroche. La puna es dolencia, según creo, particular de las altas montañas, ocasionada por la extrema rarefacción del aire, que hace difícil la respiración. Me vi obligado a acostarme tres veces antes de ganar la altura del cerro, y sentí esta falta de respiración con la más dolorosa opresión del pecho y una sensación

de enfermedad. La puna a veces afecta a los individuos de tal modo, que les mana sangre de boca y narices. Ahora, en efecto, comenzamos muy seriamente nuestros inconvenientes; las mulas se dejaron a la ventura, para cobijarse como pudieran, lo que generalmente es, a sotavento de un cerro o roca. Se dejaron abajo las cargas, cubiertas con cueros y luego nos guarecimos en el interior de la casucha.

La construcción es de ladrillos con fortísimo techo abovedado, formando en el interior un arco gótico; pero afuera, el techo es inclinado para evitar que la nieve se acumule, cuando, después de alcanzar cierto peso, se desliza a ambos lados. La construcción cubre catorce pies en cuadro, pero sin otra comodidad que las negras paredes peladas. El gobierno español al principio solía tener en las chozas provisiones y leña, y se cerraban con puerta y ventana; sin embargo, éstas habían sido usadas para hacer fuego y se suspendió la provisión de alimentos cuando de la práctica resultó que los arrieros omitían proveerse contando con el saqueo de las casuchas.

Nuestras provisiones se habían hecho escasas, debido a la demora sufrida en el viaje, y el cariz del tiempo indicaba que el temporal se prolongaría.

Encendimos fuego en medio de la choza con la leña que habíamos traído, escapándose el humo por las aberturas de la puerta y ventanas y también por varias troneras de los muros. Antes del obscurecer, la cabaña se llenó con otros arrieros que llegaban constantemente y conté veintidós personas adentro. Por la noche se dejó apagar el fogón, pues siendo escasa nuestra leña deseábamos economizarla para cocinar, y habiéndose substituído un cuero y frazada a la puerta y ventanas ausentes, pronto quedamos en completa obscuridad con el espacio apenas suficiente para

estirar nuestros miembros. Por mi parte, me envolví en la capa y apoyé la espalda en el muro; pero no podía dormir en posición tan incómoda, y muchas veces en la noche tuve que apartar la cabeza de uno de mis vecinos que había tomado mi pierna por almohada. En efecto, estábamos tan apiñados, que no había libre una pulgada de terreno; no obstante, sentíase un frío crudo. Triste y horrible rodaba la noche mientras aullaba la tormenta y no nos daba esperanzas de vernos pronto libres; y difícilmente es posible, para quien no ha experimentado situación tan desdichada, concebir las variadas emociones que tal perspectiva suscita en el pecho del viajero más audaz y práctico.

El hecho de que a veces muchas personas hayan perecido de hambre y frío en estas chozas bastaba para sentirnos incómodos; y las cruces en las paredes claramente demostraban que la cantidad estaba distante de ser pequeña. Cuando alboreó el día la tormenta había más bien aumentado; todos nos pusimos de pie para hacer sitio de encender fuego y cocinamos *valdiviano*, único alimento que nos había quedado.

Para evitar cualquier nuevo accidente con el vino del barrilito que quedaba, Robinsón y yo habíamos llenado los chifles que llevábamos a la grupa, y lo habíamos arrojado al río con el resto de su contenido; de modo que la existencia de este valioso licor era escasísima. La segunda mañana temprano apareció un hombre en la puerta de la casucha y profirió un débil grito para que se le dejara entrar. Estaba tan yerto de frío que varios arrieros descendieron los escalones para entrarlo, y se le acostó en el suelo con todas las apariencias de estar agonizando. Calentamos el vino

que restaba y se lo dimos, lo que produjo el efecto deseado y lo restauró en pocas horas.

Nuestra leña había sido toda quemada, y nos limitamos a charqui crudo y galletas; agua era nuestra única bebida, que se procuraba de un manantial a pocas yardas de la casucha. Después me apercibí que siempre había agua cerca de estos refugios en la montaña. La tormenta continuaba sin amainar y la nieve, acumulándose rápidamente encima del techo, a veces caía en masas con ruido fúnebre por ambos lados del techo inclinado; los arrieros, no obstante, contaban o narraban cuentos de duendes de la montaña y ánimas, pero como no había indicios de que la tormenta disminuyese, por la tarde empezaron a sosegar. A la oración todos se arrodillaron y rezaron.

Siguió otra horrible noche sin dormir, y la perspectiva que teníamos por delante se hacía por momentos más desdichada; las provisiones casi agotadas y no había posibilidad de reponerlas, pues las mulas se habían extraviado; y si la tormenta continuaba unos cuantos días nuestra suerte sería en verdad deplorable. Esto se veía en la cara de todos y un sentimiento egoísta se apoderó de cada individuo; hubo este día un silencio siniestro muy diferente al de la víspera y cada uno parecía preocupado del destino que le esperaba. He de confesar que después de cerrar frecuentemente los ojos en un ensueño, al abrirlos y ver los objetos extraños que me rodeaban, apenas podía concebir la realidad de encontrarme en tal situación. Los arrieros, sentados en el suelo o de pie, junto a las paredes negras, con sus ojitos mirando de soslayo a través de sus negras e hirsutas greñas de duende, y la certeza de morir de hambre que teníamos por delante, si la tormenta no cesaba dentro de poco, todo me parecía dar a la casucha el aspecto de

un lugar de castigo, donde, por algún pecado o dolor fui echado, y no podía menos de meditar en cuán poquísimo satisfactorio sería perecer en situación tan ignorada y miserable.

Pasó otra noche larga, fría y tempestuosa.

CAPITULO VI

Cesa la tormenta.—Subida de la cumbre.—Los valles de Chile.—Aconcagua, Chacabuco.—Llegada a Santiago.—El general San Martín.—Gran fiesta, etc.

¡ Viva la patria !, gritaron los arrieros, la mañana siguiente, cuando vieron el sol dorando los picos de la montaña. Al momento nos pusimos de pie, sin la molestia de la *toilette*, pues no nos habíamos quitado las ropas durante la permanencia en este calabozo de la cordillera. La tempestad había pasado; no se veía una nube; el día era claro y frío, y comenzó el alboroto de los preparativos de partida. Varios fueron en busca de las mulas, y en unas dos horas aparecieron las pobrecitas, completamente abatidas y hambrientas, con orejas y pescuezos cubiertos de nieve, e implorando con sus ojos que se les diese comida, de tal modo, que era imposible no compadecerse de su estado; se las había encontrado debajo de unas rocas, todas amontonadas para mantenerse con calor. El escaso musgo de las cercanías les sirvió para pacer, pero no fué bastante para saciarles el hambre.

Como a las nueve se completaron nuestros preparativos de marcha. Nos habíamos sacado nuestras botas inglesas y substituído con tamangos para caminar. Estos zapatos son de piel de carnero, bien atada a los pies y talones y protegidos del suelo por una sandalia, o un pedazo de grueso cuero sobado que se da

vuelta y ata en el empeine con tientos de cuero. Nuestros guías también nos envolvieron con pellones y pieles de carnero, que sirven para preservar de cualquier daño en las numerosas caídas a que está sujeto el viajero que camina por la nieve no hollada todavía. Equipados de este modo parecíamos un grupo de lapones, y montando nuestras bestias empezamos la ascensión de la cumbre. Era la cuesta más escarpada y larga que habíamos subido hasta entonces, y cruzada por un camino con violentas vueltas en zig-zag, en algunos lugares tan escabrosos que parecía milagro que las mulas se afirmaran en la ladera. Después de una hora larga conseguimos llegar a la máxima altura de nuestro viaje. Aunque éste era el punto más bajo de la gran cordillera, se calcula que la cumbre está a trece mil pies sobre el nivel del mar. Muchas leguas al Sur el Tupungato alza su soberbio pico y es poco inferior al Chimborazo en altura.

Mientras ascendíamos, los rayos del sol daban calor en la ladera y estábamos protegidos del viento, pero en llegando a la cima encontramos un sutil soplo helado que parecía traspasarnos a pesar de estar abrigados con ponchos y capas. Teníamos las caras envueltas en chales no dejando descubiertos sino nariz y ojos. Ahora mirábamos los valles de Chile, pero podíamos solamente divisar un desierto desolado de nieve y las nubes a nuestros pies, perdiéndose la distancia en la niebla. Las cruces de la cumbre eran numerosísimas y realmente en la ascensión se veían demasiados de estos monumentos que recordaban el lugar donde algún infortunado había prematuramente perecido en estas altas regiones, cuyo único responso había sido el chillido del cóndor hambriento, y todo lo que quedaba al encontrarse en la primavera, era

el esqueleto « acostado y blanqueando en el soplo del norte ».

Una gran laguna encerrada entre montañas estaba a nuestra derecha ; la extensa sabana de agua sobre las nubes tenía aspecto singularísimo.

La nieve en la vertiente de Chile es más espesa que en la otra y las mulas no podían seguir adelante ; por consiguiente desmontamos para caminar en el valle. Uno de los peones regresó a Mendoza con las mulas y asegurando nuestros baúles con lazos fueron arrastrados cuesta abajo por los arrieros. Cada uno iba provisto de un báculo tan largo como la vara de Próspero que nos servía para afirmarnos y reconocer la senda ; y en consecuencia, en número de quince (incluyendo algunos de nuestros amigos de la casucha) empezamos nuestra marcha metidos en la nieve. No pasó mucho tiempo sin apercibirnos de la necesidad de los cueros de carnero con que íbamos fajados, pues eran incesantes las caídas que sufríamos, siendo la senda completamente invisible, y, a veces, perdíamos pie y rodábamos a distancia de ocho o diez pies, mientras otras nos resbalábamos otras tantas yardas. Sin embargo, todo el grupo iba muy animado y hacía repercutir en los cerros los ecos de gritos y canciones. Tuve un altercado por la mañana con mi guía (que era sujeto muy insolente), por una mula que había elegido para mi silla y que no permití me la quitase. En consecuencia me tomó ojeriza y antes de mucho andar, venía detrás de mí y empujándome con su báculo en la espalda, felizmente protegida con un pellón, me arrojó a alguna distancia, y caí con la cara en la nieve, de lo que se sonrió y dijo ser en broma. Sucedió que yo no estaba con muchos deseos de bromear, después de las peripecias que había pasado, y sabiendo que esto se hacía por rencor, disimulé mi

resentimiento ; pero al final del día, viéndole parado al borde de una quebradita, lo largué al fondo con un puntapié acompañado de un buen bastonazo en las espaldas, y lo lancé como bala a diez pies de profundidad, donde permaneció algún tiempo pataleando, envuelto en la nieve espesa, con gran contento de sus esbirros de quienes era tirano consumado, y que enseñaban los dientes como hienas que ríen, ante la repentina humillación de su capataz. El no parecía desear la repetición de estas cabriolas y mantuvo el resto del día la más respetable distancia.

A la puesta del sol llegamos a las casuchas de Calaveras, pero no habíamos hasta entonces salido de la región nevada. Se había despachado un chasque desde Mendoza a través de las montañas para procurarnos mulas en Chile, que debían esperarnos en el límite de la nieve. Encontramos este Mercurio montañés, pero las mulas habían quedado en el valle de Ojos de Agua para pastar en la noche. Un arriero chileno lo acompañaba ; habían traído consigo dos cabritos que estaban apenas asados cuando les entramos, pues el apetito no nos permitía esperar el servicio de mesa, y nunca disfruté de refrigerio más delicioso. Por la mañana no habíamos tomado sino algunos mendrugos, pescados en la bolsa de galleta, y remojado la boca con nieve. Esta noche los rayos fríos del claro de luna caían en una inundación de luz sobre las laderas que, cubiertas de nieve hasta la base, producían el efecto más brillante y bello. Después del refrigerio entramos a la casucha (las Calaveras) para dormir, estando fatigadísimos del modo nuevo de viajar. En una caída di el pie contra el filo de una roca y me herí seriamente ; al llegar a las Calaveras, lo encontré ensangrentado y, para sacar el hielo,

metí el pie en un montón de nieve, con lo que siempre se obtiene aquel efecto agradable.

Por la mañana se trajeron a la puerta las mulas de refresco y otra vez reparadas las fuerzas con un poco de carne, nos quitamos el traje montañés de cueros de carnero y los tamangos, y descendimos al valle; había aún nieve en el terreno pero era completamente transitable para las mulas. El reflejo constante del sol en la nieve, en el curso del día anterior, casi nos había cegado, los labios estaban azules e hinchados por el frío hasta duplicar su tamaño habitual y sangraban cuando queríamos hablar.

Estas son las consecuencias más seguras de atravesar la cordillera en invierno, y he conocido alguna gente que le duraba la casi ceguera hasta pasada una semana.

Luego descendimos a Ojos de Agua, última casucha del lado de Chile y nuestras miradas se alegraron con la frescura de la vegetación. Un lindo arroyo de agua cristalina bajando de la montaña se convierte allí en pequeño río. La transición del helado desierto nevado a este valle fué deliciosa, y como las mulas eran excelentes, íbamos al trote largo. El cambio era de aspecto vivificante para nuestra tropa; los árboles empezaban a echar brotes y flores, y las orillas del agua, así como las laderas del monte, estaban llenas de flores silvestres. El camino costeara el río de caudal considerable, a la izquierda, que arranca su cauce principal de Ojos de Agua y se aumenta con innumerables riachuelos que vienen de dos montañas a ambos lados. Algunos de estos arroyuelos manan desde una altura de doscientos pies y brillan como plata al sol. El aspecto fantástico de los altos peñascos que se proyectan en los dos lados del valle, resulta muy pintoresco; muchas de las rocas parecen de lejos al-

gún gigantesco castillo encantado tal como se describe en los romances orientales.

Luego nos acercamos a un desfiladero profundo «o valle donde yacen esparcidos huesos humanos».

Al averiguar cuál era la causa de la cantidad de huesos humanos, se nos informó que, a principios del año, se produjo una encarnizada lucha en este paso, donde un destacamento del ejército de San Martín, al mando del coronel Martínez, había derrotado la guardia española que lo protegía, y que los huesos en cuestión eran de los Godos (así llamaban a los españoles) caídos en el combate, abandonándose los cadáveres para alimento de milanos.

La casa de la guardia situada en la parte más angosta del valle estaba solamente defendida por un parapeto de piedra suelta, atravesando la quebrada, pero sin ninguna fuerza efectiva. Pasamos allí la noche.

Uno de los arrieros, por premeditación o estupidez, tenía la maña insolente de pararse siempre delante de mí cuando me sentaba cerca del fogón en nuestro vivac; repetidas veces me quejé de esta costumbre de la que, sin embargo, él parecía no hacer caso; al fin, recurrí a un expediente que lo curó. Aquella noche, como de costumbre, se había parado al frente, agachado para cocinar su valdiviano, cuando tranquilamente, saqué la bala de una de mis pistolas de bolsillo, y le hice fuego con pólvora en el trasero. Esta inesperada explosión lo hizo saltar del fogón con agilidad de cabra montés; continuó por algún tiempo rascándose la parte calentada, entre las risotadas de sus compañeros, y no creyó oportuno después interponerse entre mí y el fuego.

Después de pasar el día siguiente por país todavía más abundante de vegetación y árboles, llegamos al

río Aconcagua, casi enfrente de la aldea de ese nombre. Este río es rapidísimo y a veces peligroso para vadearlo; sin embargo, lo cruzamos de a uno. Aquí he de detenerme para narrar la conducta del cuadrúpedo que llevaba mi inestimable cajón de muestras y que arreaba delante de mí al cruzar el río. Si esta mula (pues todas son animales notablemente sagaces) en realidad sabía el valor de las muestras mejor que yo, o si fué llevada por un capricho, no lo he averiguado, pero apenas estuvo en plena corriente ¡horror! vi mi desgraciado cajón sumergido en las ondas, creyendo su portador oportuno arrodillarse en el agua para refrescarse. Antes que pudiese levantar la bestia de su posición, el mal estaba hecho, y mi desdichada cajita se inundó completamente. Y yo, sabiendo su contenido (me daba cuenta que este nuevo método de lavar había hecho que los colores de la mayor parte de los estampados se despidiesen para siempre, lo mismo que disuelto el almidón de aquellos «garantidos firmes», deslustrado el brillo de los bombasies, y arruinado todas las lindas bayetas de Halifax), lamenté tristemente esta ablución fatal, hasta que llegué a Santiago donde se me informó que los comerciantes chilenos (que no son malos jueces) nunca compran por muestra, prefiriendo siempre ver la mercadería y entonces «no puede haber equivocación»; precaución que sin duda procede de un conocimiento prolongado e íntimo del comercio forzado en las costas del Pacífico por el que naturalmente han sido completamente iniciados en todos «los secretos del oficio».

Después de vadear el río Aconcagua, en una hora más nos hallamos felizmente alojados en la Villa Nueva de los Andes, lindamente situada en parte fertilísima de Chile; los pocos habitantes son chacareros o

arrieros, pero cosechan muchos cereales, maíz, uvas y casi todas las frutas. La villa tiene iglesia y cárcel y es gobernada por un alcalde a quien presentamos nuestros pasaportes; su casa estaba en la plaza rodeada por casitas de barro blanqueadas. El verdor lujuriante de los alrededores junto con la grandiosa vista de la Cordillera en el fondo, producen el efecto más pintoresco. Había en el lugar una pequeña guarnición, pero los soldados usaban lo que yo supuse uniforme de cuartel, consistente en gorra militar, poncho, y ojotas. Nuestro arriero, Mansilla, residía allí, y en el deseo de parecer lindo al llegar a Chile nombre que dan a Santiago, resolvió detenerse para embellecerse. Mi amigo y yo no estábamos dispuestos a quedarnos un momento después de nuestras muchas dificultades y estábamos ansiosísimos de llegar a la capital, e inmediatamente por tanto alquilamos caballos con ese propósito.

Dejamos al arriero en la puerta de su casa con la cabeza en las faldas de su mujer (que hacía rigurosa inspección) y, pidiéndole seguirnos el día siguiente con la retaguardia y los bagajes, salimos galopando, con intenciones de dormir en Chacabuco, a catorce leguas de Santiago de Chile. El camino era montañoso y en una hora alcanzamos la cumbre de la Cuesta de Chacabuco, que domina la llanura en que se halla Santiago. En este sitio fué que el 12 de febrero de 1817 los patriotas al mando del general San Martín ganaron la gran victoria que ha inmortalizado el nombre del lugar. El distinguido oficial arriba nombrado, que desde entonces se ha hecho tan célebre por su carrera en Chile y Perú, aquí puso el cimiento de la fama que después se esparció por Sud América. Era gobernador de Mendoza a fines de 1816, cuando los ejércitos unidos de O'Higgins y Carrera

fueron derrotados en Rancagua, Chile. Había desinteligencia entre estos dos jefes y San Martín abrazó la causa del primero y, con estos oficiales tanto como los restos de sus ejércitos, pasaron a Mendoza, San Martín, con grandes esfuerzos, formó un cuerpo nuevo e, incorporándolos a las tropas que había reclutado en Mendoza y las provincias vecinas, en seis meses estuvo a la cabeza de un ejército de cerca de cinco mil hombres y preparado para la reconquista de Chile del poder español. El general San Martín maduró sus planes con tanta cautela que los realistas estaban completamente a oscuras acerca del punto para esperarle, y despacharon sus fuerzas al Sur, temiendo que invadiese por el Planchón o territorio de los indios pehuenches, y se uniese a los partidarios de O'Higgins, numerosísimos en la provincia de Concepción. En suma, con rapidez, secreto y falsas alarmas confundió tanto al gobierno español, que éste mantuvo sus soldados en divisiones separadas en puntos diferentes y remotos.

Los pasos por donde San Martín efectuó al fin su invasión de Chile se consideraban casi infranqueables y, relativamente, se habían dejado pocas tropas para guardar la capital. El 17 de enero, 1817, el ejército patriota salió en tres divisiones para culminar una empresa a que la Naturaleza parecía oponer las barreras más formidables. La marcha fué larga, fatigosa y terrible; no puedo indicar al lector mejor narración de ella que la contenida en las Memorias del general Miller; baste decir que después de soportar frío, hambre, fatiga y toda clase de privaciones, después de perder muchos hombres, debido al hielo de las cumbres de los Andes, y miles de caballos y mulas, por el cansancio, las tres divisiones se juntaron del lado de Chile, en el punto convenido, no obstante no

haberse comunicado entre sí durante sus marchas separadas entre las montañas. Todo el ejército estaba reunido el 12 de febrero en las alturas que dominan la cuesta de Chacabuco. Los realistas habían retrocedido al llano y estaban formados en orden de batalla; aquí San Martín les atacó y tuvo lugar una acción general terminada en pocas horas con la derrota completa de los españoles; y el día siguiente el ejército patriota entró triunfante en Santiago.

Cuando pasamos por el llano vimos los restos de los «instrumentos quebrados que abandonan los tiranos»; pues había muchos huesos humanos blanqueando expuestos al sol y viento, pero la mies brotaba con su bello verdor como si fuera para ocultarlos a nuestras miradas.

No puedo imaginar sensación más humillante para la pobre naturaleza humana que pasar por un campo de batalla después de haber desaparecido el interés de la pelea ansiada y la excitación del combate real, y los únicos signos de la ruina y devastación del hombre son los huesos, esparcidos y desmenuzándose, de sus semejantes.

La noche de nuestro arribo a este lugar, dormimos en la hacienda de Chacabuco que el día de la batalla había sido cuartel general del general español. Esta hacienda era la mayor que habíamos visto en Chile; la tierra circundante era fertilísima formada por suelo negro arcilloso. Vimos un natural del país arando la tierra; el arado se componía de un pesado trozo de madera, lo más tosco posible en forma y hechura y un pedazo de hierro servía de reja. Esta máquina tirada por dos bueyes y manejada por un huaso, apenas entraba en el suelo y arañaba un poco de arcilla, y, sin embargo, esta labor superficial era bastante en esta tierra por la cual la Naturaleza ha hecho tanto.

Agregado a la hacienda había viñedo y huerta con todas las otras dependencias usuales en una gran propiedad, y caballos y ganados en abundancia.

El clima en esta estación del año (octubre) es realmente delicioso aun cuando algo caliente en las horas de sol, pero con noches deliciosamente frescas, y el cielo sin nubes tachonado de estrellas que derraman un brillo rara vez visto en Europa, junto con las constelaciones de la Cruz del Sur y las manchas de Magallanes, da una sensación de sublimidad a la noche chilena. En Chacabuco encontramos todas las comodidades: había abundancia de carne, aves, frutas y legumbres; entramos a una casa por primera vez desde nuestra salida de Mendoza (exceptuando solamente nuestra permanencia en la casucha). La habitación era amplia y bien construída con techo de caña; pero el interior era de barro obscuro, con puertas y paredes sin pintura y blanqueo.

El 29 de octubre al salir el sol salimos y antes del mediodía avistamos la ciudad de Santiago, desde una pequeña eminencia, a distancia de unas tres leguas, con sus torres blancas brillando al sol (1). Recorrimos un camino delicioso por una calle de árboles aromáticos, algo parecidos al codéso, y a las tres habíamos pasado los suburbios y nos hallábamos en el puente que lleva a Santiago. Este puente, que es de piedra, tiene cinco arcos y es alto y hermoso; fué construído por O'Higgins, padre del actual general, cuando capitán general de Chile. Desde el centro de

(1) La población de Santa Rosa a Santiago es muy escasa y los caminos muy desolados en invierno porque en esta estación las montañas se cierran para los arrieros. Aun en los alrededores inmediatos a Santiago no había el mínimo movimiento que indicase la proximidad de una gran ciudad.

él hay una linda vista de la ciudad, el campo circunvecino y el río Mapocho.

El país, en comparación con cualquier cosa que hubiese visto hasta entonces en Sud América, presentaba aspecto menos salvajé; el cultivo se había extendido lejos hasta las faldas de la precordillera y los plantíos en declive, alternados con haciendas, daban impresión de población e industria. El Mapocho no es corriente ancha, excepto en la estación lluviosa o cuando se derriten las nieves de las montañas; entonces se hincha y llegá a un caudal considerable, y en muchas ocasiones ha inundado parte de la ciudad, no obstante la protección del dique de ladrillo, llamado Tajamar, que se extiende a lo largo de toda la porción de la ciudad que orilla el río.

La ciudad de Santiago no iguala en tamaño a Buenos Aires, pero es mucho más placentera a la vista. Las calles son de buen ancho, bien pavimentadas con pequeños cantos rodados, y aceras de baldosa. Las casas son generalmente de un piso, a causa de los terremotos; las paredes de cuatro pies de espesor y construídas con grandes adobes; pero todas bien blanqueadas, lo que les da aspecto agradable. Las ventanas que dan a la calle tienen ornamentada reja de hierro, bien pintada, y algunas veces dorada. Todas las casas tienen un gran portón que es entrada única en la mansión. Algunas de las habitaciones del frente se alquilan para tiendas, pero éstas tienen una puerta pequeña al frente y no se comunican con la residencia de la familia. La ciudad, en conjunto, es muy regularmente construída, con todas las calles en ángulos rectos a estilo de la mayor parte de las españolas.

Pasamos por la plaza mayor, pero sus edificios, con excepción del palacio de gobierno, son de aspecto

muy pobre; y hay mercado en una extremidad. La catedral ubicada en la plaza estaba inconclusa cuando la vi, pero su estilo arquitectónico era más puro y regular que cualquiera que hubiese visto antes. Pasando la plaza entramos al terreno del frente de la casa de un comerciante para quien yo tenía cartas. Lo encontré comiendo, con todos sus compatriotas en casa del doctor Cox. Todos los ingleses a la sazón en Santiago no alcanzaban a una docena, y como eran relativamente extraños al lugar (la mayor parte habían venido después de la batalla de Chacabuco), se congregaban constantemente; todos, con excepción del doctor Cox (1), se ocupaban en comerciar. Aquella noche el general San Martín daba una gran fiesta y baile en honor del comodoro Bowles (comandante británico en el Pacífico), cuya fragata, *Amphion*, estaba anclada en la bahía de Valparaíso. Todos los ingleses iban a asistir a la fiesta y nos ofrecieron cortésmente invitaciones a míster Robinsón (2) y a mí; en consecuencia, en la noche, nos rasuramos por primera vez desde nuestra partida de Mendoza, y vistiéndonos para la ocasión, nos dirigimos al Cabildo, grande edificio público donde tenía lugar la reunión.

Se había arreglado para la fiesta el espacioso patio cuadrangular del Cabildo y sido techado con un toldo adornado con las banderas enlazadas de Argentina, Chile y otras naciones amigas; todo se hallaba bellamente iluminado con farolillos vario-pintos y algunas ricas arañas de cristal colgaban en diferen-

(1) Este caballero es muy respetado por todos a causa de sus inclinaciones caritativas y maneras agradables, y ha residido en Santiago más de veinte años, ejerciendo la medicina. Antes fué cirujano en la armada rusa.

(2) Mr. J. L. Robinsón es ahora comerciante en Arequipa, Perú, y se casó con una dama peruana.

tes partes del techado. El gran salón y habitaciones que cuadraban el patio se habían destinado para cena y refrescos, y otros cuartos se habían dispuesto para las autoridades superiores, civiles y militares.

Esa noche fué presentado al general San Martín por míster Ricardo Price y me impresionó mucho el aspecto de este Anibal de los Andes. Es de elevada estatura y bien formado, y todo su aspecto sumamente militar: su semblante es muy expresivo, color aceitinado obscuro, cabello negro, y grandes patillas sin bigote; sus ojos grandes y negros tienen un fuego y animación que se harían notables en cualesquiera circunstancias. Es muy caballeroso en su porte, y cuando le vi conversaba con la máxima soltura y afabilidad con los que le rodeaban; me recibió con mucha cordialidad, pues es muy partidario de la nación inglesa. La reunión era brillantísima, compuesta por todos los habitantes de primer rango en Santiago, así como por todos los oficiales superiores del ejército; cientos se entregaban al laberinto del vals y el contento general era visible en todos los rostros.

Mientras yo contemplaba este espectáculo, tan diferente del visto durante nuestra pasada, melancólica y horrible jornada, ser tan repentinamente trasladado al medio de la civilización y elegancia, desde la Cordillera solitaria a la reunión de las bellezas y caballeros de la capital, me parecía encantamiento.

Cuando después intenté describir esta sensación a un caballero, se valió de un símil apropiado aunque algo profano, replicando: «Usted debe haberse sentido como alma escapada del Purgatorio al Paraíso.»

Muchos de mis compatriotas estaban en el ejército patriota y entre los presentes a la reunión se contaban el capitán O'Brien y los tenientes Bownes y Lebas; éstos habían estado en la batalla de Chacabuco. Al-

gunos oficiales de la *Amphion* participaban también de la diversión. Durante la cena, que se sirvió de manera muy suntuosa y espléndida, muchos brindis patrióticos y cumplidos se cambiaron entre los funcionarios principales, civiles y militares, y nuestro comandante naval. Después del refrigerio los concurrentes recomenzaron la danza, y según entiendo continuaron hasta mucho después de venir el día, pero sintiéndome fatigado, me retiré poco después de media noche para disfrutar la primera noche de descanso en la capital de Chile.

CAPÍTULO VII

La ciudad de Santiago.—La Plaza Mayor.—Habitantes.—Conventos.—Superstición.—Ceremonias religiosas.—Frailes.—Diversiones.—Tajamar.

La ciudad de Santiago fué fundada por Pedro de Valdivia en 1541. Está situada en una llanura extensa y fértil, regada por los ríos Maypú y Mapocho. El espacio que cubre es mucho más considerable que lo que el monto de la población parece exigir, pero cada morada ocupa un gran terreno, siendo generalmente de un piso y cada una con amplio patio al frente y jardín y segundo patio al fondo.

Acequias de tres pies de ancho corren por media calle, bien provistas por el río Mapocho, y como el caudal de agua es abundante y fluye constantemente, las calles se conservan en estado de limpieza muy superior al de Buenos Aires. Las acequias corren del mismo modo por los jardines, algunos que, pertenecientes a casas de primer orden, están amplia y hermosamente trazados, adornados con fuentes de piedra en el centro, y conteniendo naranjos, granados y limoneros, con parras, y variedad de plantas y flores indígenas. La vegetación en Santiago siempre está en estado floreciente, pues el invierno apenas se siente en este país delicioso, y la nieve rara vez se conserva en el suelo. Chile abunda también en plantas aromáticas y medicinales y puede decirse que ha caí-

do sobre él la bendición de San Patricio, pues no se encuentra reptil venenoso en todo el país.

Solamente son de piedra y ladrillo las iglesias, pero las casas son de adobe crudo, y techadas de teja roja. Las paredes de las casas son de gran espesor que varía de dos pies a una vara, lo que las hace solidísimas y la sequedad del clima es también favorable para su duración. La plaza principal contiene, al Norte, la catedral y el palacio episcopal, y al Este el palacio de gobierno y la cárcel; pero los lados Sur y Oeste son de tiendas con portales que proporcionan refugio muy fresco durante las horas de calor diurno. Las tiendas no tienen llamativos externos y generalmente están en un cuartito. Ningún tendero es muy rico, y los comerciantes españoles que habían llegado a la opulencia bajo el antiguo régimen desaparecían rápidamente en el tiempo de que hablo; pues el gobierno patriota había impuesto exacciones (para sostener la guerra del país) sobre los que habían adquirido riquezas mediante el monopolio español; y aunque parezca duro hacerlas efectivas sobre los individuos, sin embargo, cuando se considera que derivaba esa riqueza de extorsiones semejantes impuestas a los nativos, ningún liberal dirá que fuese otra cosa que justicia compensadora. Los artesanos de Santiago eran principalmente plateros, curtidores, talabarteros y herreros, pero sus obras eran muy toscas y extrañas; las junturas generalmente se concluyen con destal y sus enormes arcayatas y candados son de construcción tal que parecerían muy extravagantes a quien nunca haya salido de los límites de Sheffield y Birmingham. Los sastres españoles, aunque no mejoren con su corte una mala figura, sin embargo tienen efectivamente el arte de echar a perder las buenas; el único vestido que hacen científicamente es el capote español

de dimensiones tan considerables que frecuentemente pasa en herencia de generación en generación.

Hay varios molinos de agua en la vecindad de Santiago para moler trigo y maíz. Los edificios principales son la Moneda, el Cabildo, la Aduana, los palacios del gobierno y del obispo, la Catedral y los templos de Santo Domingo y la Merced.

Los habitantes de la ciudad y arrabales se estiman en cuarenta mil, pero difícilmente creo que lleguen a esa cifra. Son en extremo amables y suaves en sus aficiones y noté que eran particularmente atentos con los extranjeros; en efecto, no era poco frecuente, cuando un extranjero pasaba por la calle, que se le detuviese en la puerta o ventana de una casa por algún miembro de la familia, invitándole a aceptar hospitalidad.

La vida de los habitantes está muy lejos del lujo, sus manjares preferidos son sopas y *ollas*. El pan es excelente en Santiago, considerándose el trigo de Chile de calidad muy superior. Por la mañana toman mate y chocolate; a las dos, comen y luego duermen siesta hasta las cuatro; por la noche toman mate y cena caliente. Tienen poca idea de lo que es adornar una mesa y no se quedan un instante después de terminada la comida; los hombres son muy abstemios y sobrios, y su único regalo es el cigarro después de comer.

Al presente algunas de las familias más distinguidas han adoptado las costumbres europeas, especialmente con respecto a las horas, en las casas donde ha habido casamientos con extranjeros.

Hay en Santiago un convento construido por los jesuitas: se encuentran en toda la América hispana indicaciones de la industria e inteligencia sorprendentes de esta secta extraordinaria. La narración de los

obstáculos asombrosos que han tenido que vencer para mejorar el cultivo y las construcciones del país en que se han establecido y convertir los indios ocuparía un libro; y aun cuando sus esfuerzos tendían principalmente a aumentar la dignidad de su corporación, lo que excitó el celo de la corte española, sin embargo, dudo que su expulsión fuese beneficiosa para los intereses del país en la época que ocurrió. Su inteligencia e industria eran tema del elogio universal y ciertamente desde entonces no han sido reemplazadas.

Todos los conventos tienen corredores, o claustros, de estilo gótico. Cada fraile tiene celda separada, amueblada con la mayor sencillez; un cántaro de agua, una imagen del Salvador, y el santo patrono, pocos libros religiosos, una mesa y una silla. Los corredores contienen imágenes de los mártires y santos que han sufrido persecución y muerte por su firme adherencia a la fe católica romana. Sir Thomas Beckett y muchos otros santos ingleses que vivieron en tiempos de nuestros Eduardos y Enriques, se ven con frecuencia pintados toscamente en los muros con breves bosquejos de sus vidas y manera en que murieron.

San Francisco, en la Cañada, de Santiago, es convento singularmente bello y espacioso; sus patios están adornados con palmeras y cedros soberbios. Algunas veces se levanta un gran crucifijo de madera en medio patio ante el cual los sacerdotes hacen penitencia y se azotan; y al pie de la cruz se ven ocasionalmente algunas calaveras. Cuando contéplaba estos tristes emblemas de la muerte apilados en forma piramidal y «haciendo gestos en muchas hileras espantosas» recordaba la expresión de Hamlet ante el cráneo del pobre Yorick:

To what base uses we may return (1). En cuanto he visto de sacerdotes y frailes, están lejos de ser intolerantes, ni se toman el trabajo de buscar prosélitos entre los extranjeros. Ciertamente antes trataban de inflamar el espíritu nativo contra todos los herejes, y tengo informes fidedignos de un inglés que visitó Chile veinte años atrás, de que la clase baja estaba imbuída con la idea que todo protestante tenía cola semejante a la atribuída «al malo»; naturalmente era política de los frailes inculcar esta creencia, como que tendía a que su dominio sobre los nativos no fuese quebrantado. El mismo caballero me refirió que la opinión arriba expresada estaba tan firmemente arraigada en algunos habitantes que, cuando por primera vez visitó Santiago, una anciana, más curiosa que las demás, le apartó los faldones, para cerciorarse, con prueba ocular, si tenía realmente aquel apéndice satánico.

Estos absurdos ya no existen y el poder de la superstición declina rápido entre todas las clases de gente. Al mismo tiempo, debe admitirse que hay algo en la pompa y halagos de la fe católica bien calculado para influenciar las mentes ignorantes. Sus funciones solemnes y procesiones ostentosas; el impresionante servicio eclesiástico acompañado con música y el canto llano de sus sacerdotes espléndidamente ataviados; la aparente devoción de los fieles arrodillados; cuando he visto el interior del templo resplandeciente con luces de cirios, he presenciado el esplendor irradiado por el altar mayor, las imágenes y cuadros adornados con piedras preciosas y dorados, los candeleros y candelabros de plata maciza, y, sobre todo, he oído las armonías solemnes del órgano llenando la nave ilumi-

(1) A qué viles usos podemos volver.

nada, unido a música de violín, clarinete y oboe, ha cesado mi admiración de que esta religión tenga poder tan soberano sobre los sentidos, a los que parece especialmente dirigirse.

No es mi deseo discutir ninguno de los dogmas en que he sido educado, pero expongo mis impresiones como espectador pasivo de estas cosas.

Los frailes en verdad viven cómodamente y parecen ser la clase más robusta de los habitantes; son muy civiles y afables, y solamente en ocasiones se encuentra un fraile grosero y de mala laya que ve un enemigo en todo aquel que no es de su religión.

A menudo he sido invitado a compartir su hospitalidad y tienen generalmente abundancia de excelente alegría. Varios de mis amigos y yo fuimos un día invitados por un fraile irlandés, residente de muchos años en Chile, y hermano de la Orden de la Recoleta. Su convento estaba bellamente situado como a media legua de Santiago, al pie de un cerro verdeante, con jardín y viñedo de considerable extensión.

Nos agasajó con profusión de cosas buenas, y se incorporaron varios de sus hermanos, no de las vacas flacas de Faraón, y como había vino bastante para ponernos alegres, uno de mis amigos me cuchicheó: «Esto es lo que hizo el padre Pablo en sus copas.»

Los hacendados son la gente más opulenta de Santiago y algunas de sus propiedades producen renta cuantiosa; están generalmente ubicadas en los fértiles valles de Aconcagua, Maypú, Rancagua, Melipilla y la vecindad de Santiago. Antes he dicho que a los ricos comerciantes españoles se les obligó a salir, bien con exacciones o por temor de ellas, y poquísimos tenderos son propietarios. La clase baja de Santiago es pobrísima, pero sus necesidades pocas, y la

benignidad del clima y fertilidad del suelo contribuyen a disminuir aún lo absolutamente necesario. En Santiago no hay comerciantes mayoristas entre los naturales, toda la gente que trafica tiene tiendas. Algunos municipales y también cabildantes, miembros del tribunal supremo, son tenderos. Hay pocos compradores que acudan a Santiago desde cualquier distancia, pues la costa chilena es tan extensa que pueden adquirir sus necesidades mucho más cerca. Es en los pueblos y villas grandes que se consumen exclusivamente los artículos europeos, pues los campesinos tienen manufacturas de ponchos, bayetas ordinarias y algodones. Los hábitos de la gente no se tendrían por industriosos en Europa; clima balsámico, poco que hacer y la usual tendencia humana a la indolencia, conspiran para hacer de Santiago una ciudad poco atareada; sin embargo, nada más se podía esperar de un lugar tan apartado de la costa y donde, comparativamente, nada se importa fuera de lo que sirve para el consumo de los habitantes, cuyo número, en la ciudad y suburbios, no excede de cuarenta mil. Hasta los ingleses se hacen más lánguidos e inertes después de algún tiempo, a fuerza de tener constantemente abiertos sus almacenes sin compradores (excepto al arribo de un surtido nuevo) y estar a veces dos o tres meses sin recibir periódicos o cartas de su país. Cuando se considera todo esto, no sorprende que la gente caiga en lasitud e indolencia naturales, ahora que el país no está turbado por guerras civiles. Los santiaguinos del presente se visten muy bien, especialmente los dandis. Hace muy poco tiempo han adoptado las modas europeas: la primera vez que visité Santiago, una chaqueta redonda de estofa, adornada con botones de filigrana de bronce, y un poncho,

era traje usadísimo por jóvenes respetables ; pero hoy han mejorado de modo sorprendente.

Las damas de Santiago son muy lindas, con los colores más rubios que haya visto en Sud América ; muchas tienen ojos azules y cabello castaño ; son de muy buen carácter y afables. Sus diversiones no difieren mucho de las de Buenos Aires, pero apenas han alcanzado tan cercana semejanza con las maneras europeas. Danzan y tocan la guitarra, muchas el piano ; y son muy vivas en sus réplicas y conversación. La educación es muy limitada ; sin embargo, su penetración es rápida. No gozan, como puede suponerse, sino muy pocas de las ventajas de leer. Pocas veces he visto que sus bibliotecas contengan más que *Don Quijote*, *Gil Blas*, las novelas de Cervantes, *Pablo y Virginia*, y unos pocos libros de historia menor, siempre exceptuando el Misal, Historia de los Mártires y algunos libros religiosos. Sin embargo, no sé si su estado intelectual es más saludable, por la escasez de lectura, que el de las damas de aquellos países donde la imaginación está constantemente excitada por leer invariablemente la última novela que aparece y que, en consecuencia, tienen generalmente el correspondiente cuántum de sentimiento afectado al que son ajenas las menos sofisticadas beldades chilenas. No obstante, he conocido muchas damas sudamericanas muy al corriente de la literatura inglesa y francesa. y que hablaban y escribían ambas lenguas con mucha fluidez.

Los habitantes de Santiago tienen pocas diversiones pero muy agradables. Los días de fiesta y los domingos la gente se reúne a una milla de la ciudad, en el extremo del Tajamar, y se entrega a su entretenimiento favorito de carreras de caballos que se corren de la misma manera descripta en Mendoza.

En estas fiestas las damas van al Tajamar en traje de gala, en calesas tiradas por una mula con postillón montado, negro o mulato, y las pasajeras se arreglan de frente en un lado; los caballeros que hacen gala de su gracia ecuestre y cabalgan cerca, ocasionalmente se detienen para conversar con sus conocidas de los carruajes. Muchos de la clase media se pasean por el Tajamar o encima de la muralla que domina el río. El Tajamar es el paseo más agradable de Santiago; es un ancho camino recto de una milla y tiene a distancias determinadas bancos de piedra que en ambos lados del camino, están a la sombra de árboles altos y siempre verdes. Hay una gran fuente cerca de la entrada y la cordillera aparece paralela desplegando, por la tarde, variedad de bellos colores, cuando los últimos rayos del sol radiante se proyectan sobre las cimas de las montañas.

Desde 1817 se ha construído un paseo más grande y bello en la Cañada: se comenzó cuando don Bernardo O'Higgins era gobernador. Está plantado con álamos en filas regulares y es ahora más de moda que el Tajamar.

Para que el lector tenga concepto claro de la situación política existente cuando llegué a Chile, será necesario echar una mirada retrospectiva sobre los partidos e intereses diferentes que durante algunos años agitaron el horizonte político. Chile había permanecido tranquilo bajo el régimen español, desde la conquista y, con excepción de guerras aisladas con los indios araucanos que vivían al sur del Biobío, gozó de paz y tranquilidad no interrumpidas. En efecto, los habitantes parecen participar en su índole de la

naturaleza balsámica del clima y nada más que la intolerancia y tiranía del gobierno español habrían decidido a nación tan pacífica a tomar las armas. La opresión y extorsiones de los civiles y militares enviados de España para gobernar a los nativos; sus hórridas crueldades con los pobres indios indefensos (no era la menor compelerlos a perecer en la esclavitud de las minas); el sistema español de gobierno, que no permitía al pueblo aprovechar los productos naturales del suelo, prohibiendo el cultivo de viñas, olivos o tabaco; y forzándolo a recibir los vinos y aceites de la metrópoli, y el tabaco por el mismo conducto; los derechos enormes sobre todas las mercaderías manufacturadas en Europa, cuya introducción se limitaba al monopolio de los comerciantes gaditanos que no mandaban sino algunos pocos barcos anualmente, con artículos que los gobernadorzuelos de provincia (interesados en la venta) obligaban a comprar a los nativos por precios de extorsión, los necesitaran o no—estos y otros innumerables actos de perjuicio o ultraje de España a las colonias, repetidos año por año, sin que ninguna concesión de mejora se efectuase en beneficio del pueblo, concluyó por despertar en los criollos sentimiento correspondiente a los agravios—, y cuando el clarín de la Libertad resonó primero en las riberas del Plata, repercutió el eco en las montañas de Chile.

Los acontecimientos ocurridos en la nueva república de Buenos Aires no podían dejar de inspirar a los ciudadanos chilenos el deseo ansioso de libertarse de la servidumbre; o, si no podían arrojar los desolladores grillos de España, al menos intentar aflojarlos. Al principio no parece haber sido intención del pueblo chileno separarse definitivamente de la metrópoli no yendo más allá su deseo de cambio que a mo-

dificar las leyes en favor de los criollos que gobernarían en representación del monarca español.

Los habitantes principales de Santiago, con este propósito, depusieron al capitán general de la capital, en julio, 1810, y formaron una junta de seis de los individuos más influyentes. Esta junta sancionó varias leyes de la mayor importancia.

Proclamó la libertad de imprenta; la abolición de los estipendios del clero, exceptuando sus salarios que se abonarían por el Estado; comercio libre en todas las naciones amigas de España; y abolición de la esclavitud de los negros, declarando que desde la instalación del congreso (que pronto se constituyó) todos los nacidos de esclavos serían libres, y los que en adelante se importasen, pasado un tiempo, recibirían el beneficio de la manumisión.

Estas nuevas leyes, en nación hasta entonces acostumbrada a obedecer pasivamente, pueden parecer prematuras, pues gente que había sido mantenida cegada por la ignorancia, no podía prepararse de repente para sistema tan ilustrado; sin embargo, estos inconvenientes son siempre inevitables en una revolución, y la experiencia enseña que cuanto más pronto el pueblo es informado de la extensión de sus derechos, más probablemente conseguirá su objetivo en breve tiempo.

Naturalmente, esta nueva situación política hizo surgir varios conflictos civiles y, a fines de 1811, las disensiones habían llegado a tal punto que habilitaron a tres hermanos, de familia distinguida en Santiago, para apoderarse del mando militar en la capital y disolver el congreso. La familia de Carrera era la más influyente de la ciudad. Los hermanos José Miguel, Juan José y Luis eran jóvenes de talento y calidades, principalmente el mayor, sumamente hermosos y so-

bresalientes en las perfecciones militares de la época, los tres eran oficiales del ejército y muy queridos de la soldadesca por su afabilidad e ilimitado desprendimiento, sin embargo, cuando llegaron al poder, desgraciadamente cedieron a su vanidad y disipación, y fueron causa de que el partido de O'Higgins ganase ascendiente; y los conflictos que siguieron originaron mucho dolor y derramamiento de sangre en toda la tierra.

Después que los Carrera se apoderaron del mando y disolvieron el congreso, se formó una nueva junta y eligió presidente a José Miguel.

Mientras el virrey del Perú que esperaba ansioso los resultados del descontento que la incapacidad de los partidos dirigentes de Chile había esparcido en el pueblo, despachó desde Lima fuerzas al mando del general Pareja, que desembarcaron cerca de Talcahuano, a principios de 1813. Al llegar esta fuerza, las divisiones existentes entre los partidos de don Bernardo O'Higgins y de Carrera que estaban a punto de estallar en guerra civil, se calmaron algún tiempo; ambos unieron sus fuerzas y procedieron a actuar contra el enemigo común. Los realistas fueron derrotados en dos acciones parciales; pero los patriotas no aprovecharon sus ventajas y dieron tiempo a los realistas para poner en estado de defensa las ciudades de Chillán y Talcahuano. Los realistas también atrajeron a los indios, los libres e intrépidos araucanos, que se convirtieron en aliados. Muchas batallas de menor importancia se libraron entre los contendientes en las que el general O'Higgins ganó nuevos laureles por la perseverancia y coraje que lo distinguían; pero la poca energía militar demostrada por los Carrera hizo que se les suspendiese de grado y empleo y fue-

ran enviados a Santiago; sin embargo, cayeron prisioneros de los realistas en su marcha a la capital.

O'Higgins y Mackenna tomaron entonces el mando del ejército. Otro refuerzo de Lima, al mando del general Gainza hizo su aparición, pero fué derrotado por O'Higgins y Mackenna, y Gainza se vió forzado a encerrarse en Talca.

Por este tiempo el capitán Hilliar, del barco de guerra inglés *Phoebe*, llegó de Lima con poderes del virrey para mediar.

El director supremo, Lastra, nombró comisionados para negociar la paz, y el capitán Hilliar los acompañó a Talca, con mister Juan Barnard, como intérprete. Se firmó tratado el 5 de mayo, 1814, entre estos dos comisionados y el general español, quien se obligó a evacuar el país con todas sus tropas en término de dos meses.

El virrey reconoció la libertad de Chile, pero ese estado, no obstante, debía enviar diputado a las cortes de Cádiz, que consintió en reconocer, durante la «*surveillance* del amado Fernando», en Francia. Se cambiaron rehenes para cumplimiento del tratado.

Pero este pacto solemne fué una mera farsa por parte de los españoles y, como se comprobó después, Gainza asintió solamente para dar tiempo que salieran nuevos refuerzos de Lima en auxilio de la causa realista. En consecuencia, el general Osorio con una división desembarcó en Talcahuano y salió a campaña con 5.000 hombres.

Los Carrera que habían sido puestos en libertad, en virtud del tratado, poco después derrocaron a Lastra, y José Miguel se puso otra vez al frente del gobierno, pero la conducta anterior de los tres hermanos motivó el levantamiento de una facción poderosa

en su contra, que pidió el apoyo de O'Higgins que a la sazón se hallaba en Talca.

En esta situación y cuando ambos partidos estaban por venir a las manos en Maypú, Osorio inesperadamente les intimó que se rindieran a discreción. Ahora no había más esperanza para la causa de la libertad que resolver el asunto a filo de espada y, con esta convicción, O'Higgins, para hacer causa común con su rival contra el enemigo extranjero, generosamente cedió el mando y consintió en servir a las órdenes de José Miguel Carrera.

O'Higgins buscó al enemigo y lo encontró en el río Cachapoal, pero fué derrotado por el número. Entonces se retiró a Rancagua con el resto de sus tropas; Carrera, con el ejército principal, estaba cerca, a inmediaciones de la ciudad. Los realistas iniciaron el ataque más decidido contra Rancagua que se defendió desesperadamente; pero Carrera no ayudó a su nuevo colega y la plaza fué tomada por asalto después de resistir treinta y seis horas, y fueron masacrados más de la mitad de los sitiados.

En esta extremidad, O'Higgins resolvió efectuar una salida con el resto de su tropa (alrededor de 200 hombres) y poniéndose a la cabeza, atropelló para salir de la ciudad, se abrió desesperadamente paso a través de los numerosos sitiadores y se escapó con su grupo de valientes. El coraje atrevido de esta acción paralizó a los realistas momentáneamente y no le persiguieron.

La conducta de Carrera, siendo espectador pacífico del desastre de su aliado, fué considerada sumamente culpable y se atribuyó a celos la decisión de dejar al rival librado a su suerte; sin embargo, cuando O'Higgins efectuó su retirada, Carrera se vió obligado a retroceder hasta Santiago con una fuerza de

mil quinientos hombres. Pero los habitantes, disgustados de las continuas facciones, clamaban por Osorio y, no pudiéndose retener la capital más tiempo por los patriotas, las tropas que no desertaron, cruzaron los Andes, en número de seiscientos hombres, junto con muchas familias de categoría, incluyendo a O'Higgins, Mackenna y los tres Carrera. San Martín reunió los patriotas fugitivos en Mendoza, abrazó la causa de O'Higgins, y los tres Carrera siguieron para Buenos Aires.

Entretanto, Osorio se posesionó de Santiago, con las protestas más solemnes, de pasar por alto la conducta de los que habían participado en la revolución y proclamó amnistía general, pero apenas hubo inducido con esta estratagema a los jefes de familia a volver a sus hogares, cuando comenzó el sistema más cruel de persecución y pillaje. Prendió algunos de los patriotas más opulentos y respetables, así como a los sospechados solamente de serlo, y los puso a bordo de un buque en Valparaíso. Fueron enjaulados como los esclavos en la costa africana y ni siquiera se les permitió la gracia de subir a cubierta. El barco se dirigió a la isla de Juan Fernández y felizmente la navegación era corta, pues si no, habrían perecido de enfermedad o hambre. La mayor parte eran personas de edad avanzada, y en número de cincuenta; solamente una dama era del grupo, se llamaba doña Rosario de Rosales y, sea dicho para su honor eterno, solicitó y obtuvo con gran dificultad, el permiso de acompañar a su padre que tenía más de setenta años de edad. A estos desterrados no se les permitió ninguna correspondencia con sus familias en Chile, y soportaron las privaciones más duras en el destierro de esta isla antes deshabitada. Un infame monstruo de crueldad, llamado Sambruno, era de los alcahuetes

principales de Osorio para el pillaje y matanza de los desgraciados santiaguinos. Asesinó con sus propias manos a muchos patriotas, confinados en las cárceles, bajo el pretexto que iban a sublevarse y escapar (1).

A Osorio le sucedió como capitán general de Chile, S. E. D. Marcó del Pont, caballero español, que se había distinguido por las características usuales del gobierno sudamericano, impostura, rapacidad y crueldad. Permaneció al frente del gobierno hasta que San Martín invadió y se apoderó de Chile, después de la batalla de Chacabuco, en que cayó prisionero y fué enviado al depósito de San Luis en las Pampas, donde estuvo algunos años.

El general San Martín había sido elegido Director Supremo por los agradecidos chilenos libertados, pero él declinó tal honor en favor de don Bernardo O'Higgins que era natural del país y probablemente no despertaría la desconfianza que un militar extranjero, en posesión de influencia soberana, quizás po-

(1) Este miserable igualó a Marat en barbarie a sangre fría y los actos repugnantes de que fué culpable mutilando a sus víctimas, eran dignos solamente de los demagogos inmundos de la revolución francesa. Cayó prisionero en Chacabuco y fué enviado a Santiago montado, con la espalda hacia adelante, en un asno, y el populacho, a su paso, le arrojaba piedras, barro e inmundicia, de modo que se alegró de evitar mayor resentimiento en el fondo de un calabozo. A los pocos días fué condenado a muerte por asesino y arrastrado hasta el patíbulo en un serón, llorando como niño, y mostrando esa imbecilidad casi invariablemente exhibida por los tiranos y opresores, cuya crueldad es en general igualada solamente por su cobardía. Su rostro presentó un cuadro horroroso, pues un ojo había sido casi saltado por el populacho y cuando el verdugo le arrancó el vendaje, dió un chillido de agonía que, sin embargo, solamente excitó el escarnio de la muchedumbre. Fué ahorcado por la mañana y descolgado al ponerse el sol.

dría fomentar; San Martín, sin embargo, conservó el mando del ejército de los Andes, y era generalísimo de todas las fuerzas del país.

Los realistas todavía tenían en su poder la sólidamente fortificada ciudad de Talcahuano, al sur de Chile, que, con Valdivia, eran las únicas plazas fuertes que les habían quedado después de la batalla decisiva de Chacabuco. El general O'Higgins sitiaba estrechamente a Talcahuano, por tierra, pero el lado del mar estaba abierto para los españoles que poseían varios barcos de guerra.

Se mantenía activa correspondencia entre los patriotas de Chile y Perú, y se preparaba el terreno para sacudir el yugo español en este último país.

Tal era el estado político cuando llegué a Sud América, a fines de 1817. Había en Chile todavía un gran partido español, compuesto en su mayor parte de gente rica, pero las exacciones que se les habían impuesto por razón de sus opiniones políticas, pronto los despojaron de su oro y quedaron impedidos de ejercer la influencia que generalmente acompaña al metal formidable. El ejército patriota estaba jubilosísimo después de la batalla de Chacabuco y se creía invencible; hablaban con desprecio y burla de los españoles y los oficiales se jactaban de que, antes de concluir el año siguiente, bailarían en el palacio de Pizarro en Lima.

CAPÍTULO VIII

Viaje a Valparaíso.—O'Higgins.—Casa Blanca.—Océano Pacífico.—Descripción de Valparaíso.—Baile chileno.—Modo de negociar.—Crucero de Mackay.

Apenas había permanecido diez días en Santiago cuando una carta del capitán Warnes me anunció el arribo de la *Catalina* con mi carga a Valparaíso. En consecuencia, me apresté para ir a aquel puerto, y, contratando un guía, partimos por la mañana temprano, con el propósito de dormir en Casa Blanca, distante veinte leguas.

A la entrada de Santiago, sobre el camino de Valparaíso, hay un obelisco levantado en honor de O'Higgins, padre del actual general (1).

(1) Puede decirse de él que ha sido el hombre más útil que nunca tuvo Chile; ha dejado monumentos de su buen gusto y energía naturales que inmortalizarán su nombre mientras el país exista. Era irlandés de nacimiento y llegó a Chile como joven pacotillero. Residió en Santiago muchos años y con su prudencia e industria amasó fortuna muy considerable y se captó la buena voluntad de todos los habitantes. En una ocasión, a la muerte del Capitán General, O'Higgins fué elegido comandante *pro tempore* pero su gobierno dió tan gran satisfacción a la Corte de España, que después fué nombrado virrey del Perú. Proyectó el Tajamar, o dique que protege la ciudad contra las inundaciones del Mapocho, pero su mayor empresa fue construir una carretera sobre dos altas cuestas entre Santiago y Valparaíso. También hizo el camino entre Lima y Callao y fué realmente

El camino es plano siete leguas y la primera parte va por un llano arenoso. Las haciendas son cercadas con tapias altas y cubiertas encima de pasto y zarzas, para evitar el derrumbamiento cuando caen grandes lluvias; pues, con excepción de estos períodos, el clima es tan seco que las tapias duran muchos años. El camino era tan desprovisto de cualquier signo de actividad como los del lado de la cordillera y no daría ciertamente al extranjero idea de la población de la capital; todos los individuos que encontramos eran paisanos que llevaban pasto a lomo de caballo para la ciudad, y pocos arrieros.

Después de pasar el río Puraguel, a cuatro leguas, alcanzamos la Cuesta del Prado que, en Europa, se llamaría gran montaña, pero comparada con los Andes se reduce a una insignificancia. En lo alto de esta cuesta tuve la más linda vista de la cordillera que había disfrutado hasta entonces, pues es mucho más alta del lado de Chile que en el oriental. Sin embargo, estaba ya tan familiarizado con la vista de estas montañas magníficas que no me impresionaron con aquel asombro que sentiría un extranjero al aproximarse por primera vez desde el mar. Nunca ha pasado nadie la cuesta del Prado, viniendo de Valparaíso, sin expresar su deleite y asombro por esta perspectiva especial. Esta cuesta es ejemplo memorable del genio de O'Higgins; hizo cortar un camino carretero y del lado de Valparaíso tiene treinta y tres vueltas en zig-

un gran benefactor para el país y el pueblo. Fué un raro ejemplo en Sud América de gobernador desinteresado y su conducta presentó brillante contraste con la de muchos otros enviados de la Península que solamente tuvieron en vista sus propios intereses mercenarios. Su memoria aun se conserva querida entre los nativos y nunca es mencionada por cualquier partido sino con sentimientos de respeto y gratitud.

zag y es bastante ancho para que pasen dos carros a la vez. No hay antepechos y las ruedas a veces pasan tan cerca del borde del camino y los vehículos son tan toscos que un extraño espera a cada momento ver toda la complicada máquina, con su yunta de bueyes, caer en el barranco perpendicular. La primera posta a partir de Santiago se llama Bustamante, a distancia estimada en once leguas; sin embargo, he de observar aquí que las distancias en toda Sud América están muy lejos de ser fijadas con exactitud. Se miden por el galope de caballo en las Pampas, y, como los naturales tienen pocas nociones de geometría, a veces incurren en las equivocaciones más chocantes. Por ejemplo, a menudo computan una distancia de cuatro leguas como de seis, y cuando se espera lo que llaman *posta corta* de cinco leguas, es posible que se encuentren ocho.

Los cerros en esta época del año presentan color castaño y pelados, pues se queman con el calor solar los arbustos achaparrados diseminados en sus laderas, pero las pitas y tunas abundan en las montañas de esta parte de Chile y se desarrollan del notable tamaño que caracteriza al paisaje del nuevo mundo.

Solamente en valles especiales la vegetación prospera, pero como si fuese para compensar la esterilidad del país circunvecino estos valles son doblemente fértiles; el suelo es riquísimo y arcilloso y requiere relativamente poco cuidado del agricultor. Chile es deficiente en la provisión de agua; pero la atmósfera es tan deliciosa y favorable para toda clase de cultivos que, si todo el país estuviese bien regado, sería susceptible de convertirse en granero de toda Sud América.

De Bustamante a Casa Blanca hay nueve leguas

y como a medio camino la ruta cruza la cuesta de Zapata, trazada con vueltas como la del Prado, pero no es tan alta como ésta. Desde el tope de la Cuesta de Zapata se ve el camino extendiéndose en línea recta nueve millas y la perspectiva termina en la torre de la iglesia de Casa Blanca. El efecto es precioso en país tan inhospitalario; mirando el camino desde el parque de Windsor hacia el castillo dará débil idea. Por la mañana temprano la llanura se cubre de nieblas que el sol saliente disipa y convierte en nubes que presentan aspecto de mar. Vale la pena de contemplar esto cuando el viajero, al salir el sol, se detiene en lo alto de la Cuesta de Zapata.

El camino recto empieza al pie de la montaña y recorre uno de los fértiles valles que abundan en cereales, legumbres y frutas. La aldea de Casa Blanca es pequeña y pocos sus habitantes; pero civiles y atentos. Para no fatigar al lector describiendo cada aldea que pasé, haré aquí la descripción de una que sirve para todas las que vi en Chile. Plaza en el centro y allí usualmente la iglesia principal: calles trazadas en ángulo recto, casas de un piso construídas de tapias y generalmente blanqueadas, techo de teja o paja, las puertas de estas moradas son pesadas y toscas, a veces pintadas de un color rojo sucio pero la mayor parte completamente sin adornos; ventanas sin vidrios y protegidas por barras perpendiculares de hierro. El interior es sucio, con piso de ladrillo o barro; el testero del cuarto a un pie del suelo, cubierto con alfombras se llama estrado. Las paredes interiores han sido antes blanqueadas y pocos cuadritos pintados en vidrio y de ningún valor, de santos o mártires, cuelgan a veces en las paredes; sobre una suerte de mesa, adornada como altar, un crucifijo;

una o dos mesas bajas, con pocas sillas y escaños anticuados completan el moblaje.

Las mujeres generalmente se sientan en el estrado, vestidas con batón suelto de algodón, sin medias, y chal de bayeta sobre los hombros. Nunca se levantan cuando entra un extraño, a menos de ser una dama, pero profieren, con voz desagradable y tonada, un «beso a usted las manos, caballero», al parecer, sin dar la bienvenida. Con todo, ésta es la única etiqueta del país, y la primera impresión de su frialdad pronto desaparece. Los hombres son también muy civiles; van vestidos de pana, o de paño ordinario, con ponchos y grandes sombreros de paja; continuamente fuman cigarros de hoja o de papel que siempre tienen la atención de ofrecer; pero si no se sabe cómo envolverlo o fumarlo, a veces guñan el ojo al vecino y piensan que sois *chambón*.

La huésped ceba mate y después de chuparlo hasta la mitad os honra con el resto; y debéis llevar inmediatamente la bombilla caliente a la boca (aunque recientemente haya estado entre los labios de todos los presentes), o se tendrá por insulto el no hacerlo. En mi apuro por manifestar mi buena crianza y adhesión a las costumbres, más de una vez me escaldé la boca con grande alegría de mis compañeros.

En Casa Blanca, por ese tiempo, no había posada alguna, y dormí la primera noche en casa del alcalde. Recuerdo que encontré allí un gordo caballero inglés que venía de Valparaíso; dormimos en el mismo cuarto sobre el piso de barro lleno de pulgas, a cuyas atenciones no estaba acostumbrado como yo. A media noche me despertaron sus clamores; decía que lo devoraban las pulgas y en su agonía se puso de pie exclamando con gran énfasis:

«Was it for this I left my father's house?
O that he were here to write me down an ass.» (1)

Y yo, en silencio, asentí a la cita.

La mañana siguiente proseguimos nuestra jornada al puerto, doce leguas de Casa Blanca; el camino es ligeramente montuoso hasta la mitad y luego cruza un llano de cuatro leguas, tan árido como de costumbre. Pasado el llano llegamos a la Cuesta del Puerto, y alcanzada la cima súbitamente vimos el océano Pacífico.

La eminencia en que nos hallábase estaba a varios cientos de pies sobre el nivel del mar que bañaba, sin que lo viésemos, la base del precipicio que teníamos debajo.

Hay algo encantador en ver por vez primera el poderoso Pacífico y se menciona con interés por casi todos los viajeros; en mí parecía volver a crear sentimientos e ideas de tiempos pasados. Todas las visiones románticas de la juventud se reflejaron de repente al verlo extendido ante mí en expansión amplia y azul, como un espejo brillando al sol. Ni una vela, ni la espuma de una ola se veían, ni cosa alguna que alterase su «augusta tranquilidad», sus aguas estaban dormitando como el primer día de su descubrimiento. Pensé en el templo del Sol, del Cuzco, en Lima, y sus puertas de plata. Los Incas, Pizarros y Almagros volvieron a mi mente, medio en realidad, al ver por primera vez el océano que había sido teatro de sus hazañas.

La política de España mantuvo alejadas de este océano todas las banderas menos la suya, y sus ondas

(1) ¿Fué para esto que dejé la casa de mi padre? Ojalá él estuviese aquí para constatar que soy un jumento.

rara vez fueron perturbadas a no ser por los filibusteros o por hombres como nuestro feroz y aventurero Drake, cuyo nombre otrora formidable se ha convertido en adagio para asustar niños. Las madres chilenas y peruanas de la costa, cuando tratan de hacer callar a sus pequeños, gritan : « Ahí viene Drake. »

La bahía de Valparaíso se ve completamente desde la Cuesta del Puerto, pero no así la ciudad misma hasta que uno se acerca mucho, pues la ocultan las escarpadas quebradas que están a su espalda. Esta ciudad se levanta en una angosta faja de arena, al pie de los cerros ; en una parte, el terreno solamente admite una calle que bordea la playa y no tiene más que una hilera de casas ; éstas gozan una linda vista de la hermosa bahía. El terreno llamado Almendral, sin embargo, es extenso y en él hay numerosas cabañas habitadas por gente baja. ¡ Qué vista tan diferente ofrecía Valparaíso al extranjero en 1817, de la que presenta hoy ! Once años atrás, solamente se encontraban dos residentes ingleses en todo el puerto y ahora hay como dos mil. Lastra era gobernador en aquel tiempo ; la ciudad está protegida por dos fuertes, pero ninguno de importancia ; el de San Antonio es el más notable. La bahía es ancha pero sin fondeadero muy seguro ; es abierta al Norte y cuando sopla viento fuerte de aquel cuadrante causa mucho daño ; a veces el agua inunda parte de la ciudad.

Un gran naufragio señala el lugar donde naufragó una fragata española y todos los de a bordo perecieron ; ésta se hallaba sobre una roca cercana a la playa, entre la ciudad y el Almendral.

En la época a que me refiero había solamente media docena de barcos mercantes en la bahía y tres de ellos de la matrícula de Nueva York. El de guerra británico *Amphion*, comodoro Bowles, estaba allí fon-

deado. Me sorprendió encontrar tan pequeño el puerto principal de Chile. Parecían muy pocos los habitantes y tan negligentes y tranquilos como en cualquier villorrio de pescadores. La Aduana no tenía nada que hacer, y opiné que pasaría tiempo antes de realizar mi cargamento en un país que parecía de tan escasa población. Sin embargo, procedí a la descarga de la mercadería y se tomó nota por los empleados de Aduana del número de bultos; éstos no fueron abiertos sino enviados, bajo sello, a la aduana de Santiago. Se alquilaron mulas para su conducción, y doscientos cincuenta de estos animales, cada uno con un par de bultos en el lomo, pronto se vieron en fila de a uno, trepando lentamente el camino que lleva a la capital.

La plaza de Valparaíso tiene en un lado el fuerte donde mora el gobernador; el mercado está también en la plaza, bien surtido de carne de toda clase, menos de ternera, y aves, caza, legumbres y frutas en abundancia vienen del lindo valle de Quillota, considerado como el más rico de la provincia. Las provisiones eran baratísimas en ese tiempo, pero por causa de tantos extranjeros, los precios han crecido en proporción: en efecto, dondequiera que un inglés aparece fuera de su país, parece poseer la particularidad de levantar los precios de las provisiones, como que generalmente pagan lo que se les pide, aun sin despertar aquel respeto adicional por la liberalidad a que a menudo parecen aspirar.

Había muy pocas familias de gran respetabilidad que tuviesen casas en Valparaíso, cuando estuve en aquella ciudad.

Una noche se celebró un baile en casa del gobernador Lastra, al que fui invitado, y entre los concurrentes se hallaba el coronel Alvarado. Las damas no

eran como pudieran encontrarse en la primera sociedad de Santiago, pero hubiera sido imposible hacer baile sin ellas, y se habían extendido las invitaciones; sin embargo, es tal la gracia natural de esta gente, que se desempeña muy bien y parece igual a la mejor. Recuerdo que un oficial de la fragata *Amphion*, allí presente, me dijo que su compañera, después de bailar, le había preguntado si había contratado ya alguna lavandera al mismo tiempo que le ofrecía sus servicios en caso negativo.

La población de Valparaíso se calculaba entonces en unos seis mil, pero al presente, ha aumentado casi al doble.

La brisa marina sopla parte de la noche hasta las diez de la mañana, hora en que la brisa fresca de tierra baja de los cerros, y los buques pueden salir entonces con certeza y seguridad. Las rocas que rodean el puerto son altas y en algunos sitios casi perpendiculares con fuerte rompiente y marejada espumante, abajo. Se ven a menudo numerosas ballenas retozando en la bahía, que blanquean el agua con sus cabriolas. A veces he visto medio salidos del agua a estos leviatanes del abismo.

Por este tiempo, como veinticinco vagos y marineros, la mayor parte ingleses y norteamericanos, encontrándose desesperados de la fortuna, compraron una vieja falúa averiada en que apenas cabían, y en este frágil esquife se atrevieron a recorrer la costa peruana en busca de aventuras. Se proponían apoderarse de algún rico barco español en los Puertos Intermedios o perécer en la demanda. Todos creyeron esto una esperanza insensata, y el buque se llamó *Gloria o Muerte*. Guillermo Mackay, marinero escocés, era el jefe de esta banda atrevida.

Apenas pudieron disponer del dinero suficiente pa-

ra adquirir pocos víveres para su empresa, e iban tan apretados en el bote que les era imposible dar un paso. Yo paseaba a caballo por el cerro de señales, que domina la bahía, a altura de unos cien pies, cuando vi la barca escabulléndose lentamente. La tarde era sombría y el reflejo de las nubes en el Pacífico daba al Océano un aspecto azul lívido.

No pude menos que considerar el destino de esta tripulación audaz y desesperada que así dedicaban sus vidas a lo que parecía destrucción casi cierta. Desde aquel momento parecían apartados del resto del mundo.

Nor friends upon the lessening strand
Linger'd to wave the unseen hand,
Or speak the farewell, heard no more;—
But lone, unheeded, from the bay
The vessel takes its mournful way,
Like some ill-destined bark. (1)

Pero, ¡oh sorpresa!, una linda mañana, seis semanas después, cuando soplabla brisa de juanete, un buque majestuoso, debajo una nube de velamen, llegó al puerto y echó anclas frente al fuerte. Cuando se acercó el bote de visita el oficial, al subir a bordo, se sorprendió al encontrar a Mackay y sus camaradas en posesión de la nave. Era un buque español de cuatrocientas toneladas, llamado *Mercurio*. Su cargamento se evaluaba en trescientos mil pesos fuertes. Acababa de llegar procedente de Cádiz y fué el primer barco capturado a los españoles desde el comien-

(1) Ni en la playa, que va desapareciendo a lo lejos, quedaban amigos para agitar la mano invisible o proferir el adiós que ya no se oye; sino que el bajel, solitario, despreciado, como barca málhadada, toma su triste derrota desde la bahía.

zo de la Revolución. Después fué adquirido por el gobierno chileno para transporte.

Los aventureros en su frágil falúa habían seguido la costa, ayudados por la corriente constante de Sur a Norte, hasta llegar frente a Arica, donde avistaron un gran barco anclado en el puerto, y, esperando la caída de la noche, se le acercaron a la banda con los remos a la sordina, y lo abordaron tan repentinamente que sorprendieron al guardián, y los tripulantes, después de un ligero combate en que fueron matados varios españoles, huyeron al bote o se echaron al agua, nadando hasta la orilla. Los asaltantes en seguida cortaron cabos, y sacando el barco fuera de tiro de la batería que había abierto vivo fuego desde la primera alarma pronto se encontraron seguros en el mar.

Concluídos mis asuntos en Valparaíso, retorné a la capital para dirigir la venta del cargamento. Los derechos en aquel tiempo eran 35 por ciento *ad valorem*, que se fijaba por el vista y el administrador, dos de los principales empleados de aduana.

Antes, estos caballeros a veces eran accesibles al cohecho para poner a las mercaderías precios inferiores a los corrientes en plaza, pero después se han procurado personas de más carácter e integridad, y, en una ocasión, al ofrecer coima, un comerciante casi perdió el valor total de valioso cargamento por haber el administrador hecho la denuncia a las autoridades, y se salvó con la mayor astucia y dificultad, aunque hizo la diligencia auxiliado por muchos sobornos. Una vez despachada la mercadería en la aduana por mi despachante, peones cholos la llevaron a nuestro almacén que inmediatamente se llenó de todos los tenderos de la ciudad, y comenzaron las ventas. Pocos de los tenderos tenían dinero disponible y la mayor parte se hallaban tan pobres que era absolutamente

necesario fiarles a plazo de dos a cuatro meses. Comenzó una nueva era comercial en Santiago; antes se realizaba al momento un cargamento entero por algunos opulentos comerciantes españoles, al contado; pero la revolución había barrido la mayor parte de estos comerciantes y todavía los que poseían capital se amedrentaban de entrar en transacciones, para que el gobierno confiscase su dinero a causa de sus opiniones políticas; por consiguiente, ansiaban ocultar sus duros que con frecuencia enterraban en los jardines o cerca de las casas. En consecuencia, me vi obligado a vender el cargamento en lotes pequeños, conforme a los medios y crédito de los tenderos, algunos de los que solamente tomaban un cajón y aun deseaban cantidad menor; pero esto no se admitía en un negocio por mayor.

La primer semana se vendió a buenos precios aproximadamente la mitad del cargamento, pero, después, nada podía ser más flojo que las ventas de cantidades pequeñas, y pasó todo el año antes que se agotaran las mercaderías. Durante esos doce meses, llegaron muchos barcos directos de Inglaterra, y después de realizar los primeros artículos, quedaban en situación semejante a la nuestra. Con frecuencia pasaban días y también semanas sin que entrase al almacén un solo comprador. Las dificultades inherentes a los negocios sudamericanos son mucho mayores que lo que la gente europea en general imagina: por ejemplo, si una cuenta es exigible y el deudor no puede levantarla, no hesita en decirnos que no puede pagar; y si acudís al Consulado para obligarlo, los miembros de esta corporación son tan lenitivos que generalmente permiten que el deudor pague cuando quiera. Algunos están precisamente en el mismo predicamento del de-

mandado, pues son tenderos ellos mismos, y deudores por compras de mercaderías.

Si procedéis a trabar embargo sobre el almacén del deudor, todos los que puedan probar que cualquier mercadería les haya pertenecido, pueden sacarla de la casa ; por consiguiente, en el caso que la vuestra haya sido vendida, nada conseguís con vuestro trabajo, a menos que encontréis dinero sonante. Este sistema de comerciar es indispensable, aunque lleno de riesgos ; porque si pensáis efectuar todas las ventas al contado solamente, una larga vida no daría tiempo para disponer de un gran cargamento. El sistema relajado de leyes referentes al crédito y su inclinación natural a favorecer al deudor, coloca al vendedor como si estuviese a merced del comprador. He sido de esta manera explícito, a consecuencia de las quejas repetidas, de Inglaterra, relativas a las tardías remesas de Sud América, pues hay la sospecha natural de ser a beneficio de los agentes la demora en los reembolsos y que disponen del dinero de sus comitentes, por algún tiempo, para especulaciones particulares: Casos de esta clase *ciertamente han ocurrido* ; sin embargo, no creo que sea práctica general.

Poco después del regreso de Mackay de su feliz expedición recibí carta de mi agente en Valparaíso diciendo que Mackay había dispuesto adquirir la *Catalina* para armarla en corso, y como estaba fondeada en Valparaíso, sin hacer nada, bajé a aquel puerto con el propósito de venderla. Se adaptaba admirablemente para el corso, pues era muy velera y con troneras para doce cañones. Después de algunos tropiezos convinimos el precio de diez y ocho mil duros, suma por que la vendí, con provecho de sus armadores, con utilidad líquida de casi el triple de su costo en Londres, pocos meses antes.

Habiendo realizado legalmente la venta del bergantín, obtuve la cancelación del registro, del comodoro Bowles y se lo entregué a mister Warnes para que lo llevase a Londres. La *Catalina* fué rebautizada con el nombre de *La Fortuna* y, cumplida la formalidad de entregarla, se arrió la bandera inglesa, izándose el nuevo pabellón de Chile en su lugar, con salvas del corsario. Mackay pagó el precio de la *Catalina* varias semanas antes del vencimiento.

Era cómico ver los marineros que habían acompañado a Mackay, a quienes les había tocado cinco mil pesos por barba. El dinero para ellos no tenía valor y desparramaban doblones en Valparaíso con la más atolondrada prodigalidad. Era frecuente que un marinero comprase a un huaso llegado del campo, caballo, freno y montura, tal como estaban, por los cuales naturalmente daba el doble de su valor, al contado. Una vez redondeado el negocio, Jack hacía desmontar al antiguo dueño, y apoderándose del caballo manejaba la pobre bestia al galope por la playa, hasta que caballo y jinete se cansaban; Jack desmontaba entonces y dejaba suelto el animal y de este modo el dueño primitivo frecuentemente recuperaba la propiedad de su caballo, y volvía a casa sobre él, con el dinero recibido en cambio todavía en el bolsillo.

Nuestro piloto y un marinero escocés querían alistarse con el corsario patriota, y conseguí para el primero el puesto de teniente y para el otro el de primer capitán de presas.

Mister Partridge, el piloto, salió en la expedición corsaria, pero nunca supe lo que le sucedió. La historia del carpintero escocés es más clara; era al parecer hombre notablemente religioso, y durante nuestra travesía, todos los domingos se sentaba horas enteras leyendo su Biblia, en el bauprés, apartado del resto

de sus menos devotos compañeros. Era, según creo, participe de un bergantín en Escocia.

Me sorprendió cuando este hombre se me acercó en Valparaíso pidiéndome le procurase ocupación a bordo de la *Catalina*, en caso de ser vendida para *corsario*. Le dije que si los españoles lo tomaban, lo colgarían de un peñol, sin auxilio sacerdotal; pero respondió: «¿Cree usted que haya nada mucho más sencillo en estos mres?», y al asegurarle mi creencia de que había, exclamó: «Para esa fruslería salí y quiero tentar fortuna». ¡Pobre muchacho!, su suerte no fué de las mejores, pues en el primer crucero de *La Fortuna*, ésta capturó un bergantín al norte de Lima, y el carpintero fué puesto a bordo como capitán de presa; pero, al pasar cerca del Callao, una goleta española de guerra retomó el bergantín, y llevó la tripulación prisionera a Lima; y el carpintero estuvo dos años preso en un calabozo de la fortaleza San Felipe.

CAPITULO IX

Expedición de España.—Retirada de O'Higgins.—Unión de las fuerzas patriotas.—Sorpresa de Cancha Rayada.—Consternación de los santiaguinos.

En el corto lapso de seis meses que yo había residido en el país, aquella libertad, considerada permanentemente conquistada en Chile, debido a un incidente sencillo casi había cesado de existir, y todo aquel país delicioso había vuelto a caer dentro del puño férreo del amado Fernando.

Una expedición de España que subía a tres mil quinientos hombres, compuesta de veteranos que se habían distinguido en la guerra de la Península, llegó a Lima en la segunda quincena de noviembre, 1817, y aumentados sus soldados en aquella capital, se reembarcaron para Talcahuano en diciembre, al mando del general español Osorio que había sido antes gobernador de Santiago. Desembarcaron en Talcahuano en enero, 1818, y aumentado todavía más su número con la guarnición de aquella plaza, avanzaron, con fuerza efectiva de cerca de seis mil hombres sobre la capital de Chile. O'Higgins, poco antes, había hecho la tentativa infructuosa de tomar por asalto Talcahuano, y como consecuencia de las grandes pérdidas sufridas en aquella ocasión, recibió orden de retirarse y felizmente se había puesto en marcha antes de la llegada del enemigo.

San Martín estaba acampado en Las Tablas, cuatro leguas de Valparaíso, con una división de cuatro mil hombres, pero al tener noticias del avance enemigo, levantó campamento, y marchó a juntarse con O'Higgins en el Sur. Estos dos generales unieron sus fuerzas a fines de febrero. Entretanto los realistas continuaban avanzando con cautela y, vadeando el Maule, ocuparon la ciudad de Talca, de magnitud e importancia considerables. El 13 de marzo, San Martín se movió de su posición en San Fernando y avanzó con todas sus fuerzas sobre el enemigo. El ejército se componía próximamente de diez mil buenos soldados de línea, llegando la caballería sola a casi dos mil hombres.

Las fuerzas realistas escasamente excedían de seis mil hombres; no obstante, la infantería europea tenía superioridad decidida, en disciplina y práctica, sobre las filas patriotas. El general Osorio había seguido mucho más adelante de Talca; pero al cerciorarse de la fuerza efectiva del ejército patriota, que parecía haber ignorado hasta entonces, contramarchó inmediatamente sobre aquella ciudad. El 19 de marzo, los patriotas llegaron a vista de Talca y se empeñó una acción parcial en que tomaron parte solamente las caballerías, y el enemigo se retiró para situarse a inmediaciones de la ciudad. El ejército realista había tendido sus líneas delante de la ciudad y, como a las nueve de la noche, mientras se ejecutaba un cambio de posición por las fuerzas patriotas, el enemigo, favorecido por la obscuridad, las sorprendió con fuego de cañón y mosquetería. El ataque fué tan súbito e inesperado que cundió el pánico en las filas patriotas y la confusión se hizo tan grande, que fué imposible oponer ninguna resistencia, de modo que, transcurridos quince minutos, ese lindo ejército huía y se dis-

persaba abandonando todo en el campo ; volviendo así a poner los destinos del país una vez más en manos de los españoles.

Yo estaba en Santiago cuando esto ocurrió y la mañana temprano del viernes, Monteagudo, auditor general del ejército, al pasar solo por la ciudad en su huída a Mendoza, fué el primero que comunicó la noticia desastrosa ; me es imposible describir la consternación que produjo en todos.

Los habitantes se congregaron en la plaza, frente a la casa de gobierno, haciendo las más ansiosas averiguaciones, pero no había noticias del cuartel general ; sin embargo, los numerosos oficiales y hombres fugitivos que entraron a la ciudad durante el día, todos dispersos, corroboraron la noticia de haberse sufrido una completa derrota y perdido toda probabilidad de resistir, pues el enemigo venía en marcha sobre Santiago. El sábado por la mañana el cariz de los asuntos fué todavía más siniestro ; no se tenían noticias de San Martín, O'Higgins o cualquiera otro jefe distinguido, y se les suponía muertos o prisioneros. Los informes más raros circulaban a su respecto ; algunos decían que se habían embarcado cerca de Valparaíso y salido al mar ; otros, que habían cruzado la cordillera ; al fin, un *testigo ocular* afirmó que había visto a San Martín suicidarse en el campo de batalla. En esta incertidumbre angustiosa todos los patriotas propietarios o de importancia política comenzaron los preparativos de huída por la cordillera y empaquetando su plata labrada y valores, se encaminaron a las montañas. Las calles se llenaron de mulas de carga y vehículos que sacaban de la ciudad los emigrantes con sus esposas y familias. El número de los que se dirigieron a Mendoza fué grandísimo y las personas que ocupaban altas posiciones en el Go-

bierno fueron las primeras en partir. El contenido de las arcas públicas se puso en talegos, pero, como no estaban repletas, se requirieron solamente pocas mulas para conducirlos.

Las escenas que se producían en las calles de Santiago acongojaban verdaderamente el corazón; la partida de tanta gente para el extranjero quizás para no volver jamás a sus hogares, los grupos de mujeres, con lágrimas en los ojos y cabellos desgreñados, retorciéndose las manos y con todas las indicaciones del más cruel desamparo; la plaza constantemente llena de toda clase de gentes que averiguaban con ansia la suerte de sus relaciones y amigos del ejército, de quienes no podían conseguir noticias satisfactorias, todo esto formaba un cuadro que apenas la mano maestra de un pintor sería capaz de tratar fielmente; y como se decía que el enemigo venía a marchas forzadas sobre la ciudad, estoy cierto que si cincuenta dragones hubieran aparecido en aquellos momentos, habrían sido bastantes para tomarla,

While throng'd the citizens with terror dumb,
Or whispering, with white lips,—the foe! they come!
[; they come! (1)

El partido español de la ciudad no disimulaba su alegría y más de una vez oí en las calles algún grito aislado de ¡ Viva el rey ! Finalmente, después del horrible estado de incertidumbre llegó de San Fernando el conocimiento largamente ansiado referente a la nueva inesperada y placentera de que el ala derecha del ejército, compuesta de tres mil quinientos hom-

(1) Mientras los ciudadanos agrupados, mudos de terror, murmuran con los labios blancos,—; el enemigo! ; vienen! ; vienen!

bres, al mando del valiente coronel Las Heras, había permanecido incommovible en la sorpresa nocturna de Cancha Rayada; ese jefe había sacado sus fuerzas del campo de batalla, y San Fernando era punto de reunión de los dispersos y fugitivos. Don Luis de la Cruz leyó esta noticia públicamente en la plaza; la carta de San Martín fué mostrada al público para convencerlo de la verdad; volvió la alegría general y las esperanzas de los patriotas empezaron a renacer. El activo y empeñoso don Manuel Rodríguez tomó sobre sí la responsabilidad de unirse a Cruz en el mando, y recorrió a caballo la ciudad dirigiendo la palabra al pueblo e infundiéndole confianza.

Rodríguez, después de asumir el mando *pro tempore*, se propuso impedir el mal que todos los ciudadanos desertasen sus puestos en la hora de prueba y procurasen solamente la fuga ignominiosa cuando la libertad de su país peligraba; dió contraorden que todos los dineros públicos volviesen a Santiago, y puso guardias en todos los boquetes de los Andes para impedir el tránsito por las montañas. Los patriotas principales, sin embargo, ya habían abandonado la ciudad y estaban en camino por la cordillera. Un caballero quemó su calesa al pie de los Andes, para que no cayese en manos de los realistas, tan cierto estaba que no podría hacerse oposición efectiva a su entrada en Santiago. Una especie de apatía parecía reinar sobre los habitantes; y el relativamente desierto estado de las calles y el silencio fúnebre dominante parecían indicar que el pueblo esperaba con ansia su sentencia; se asemejaba a aquella calma atmosférica que generalmente precede a las tormentas. La mayor parte de las casas permanecían cerradas, porque las autoridades difícilmente podían mantener en orden al populacho; en efecto, muchas tiendas habían sido saquea-

das en pleno día. Durante este estado de cosas O'Higgins entró en la ciudad, el miércoles, acompañado de algunos jefes principales entre los cuales se contaban el general Quintana y los coroneles Necochea, Zapiola, Melián y Martínez. Todos se reunieron en la casa de la señora viuda de Mackenna (1), y la reunión fué bastante fúnebre; los oficiales no habían cambiado ropas desde la noche nefasta; sin embargo, inmediatamente se constituyeron en consejo de seguridad pública. Yo estaba en la habitación; Manuel Rodríguez habló con su habitual vehemencia, manifestando la más grande esperanza de que se librase una batalla feliz delante de la ciudad. O'Higgins, que había sido gravemente herido en el brazo por una bala de fusil, fué vuelto a nombrar Director y este suceso se anunció con salvas de cañón. La tarde siguiente llegó San Martín acompañado por el coronel Paroissien y el capitán O'Brien, su ayudante principal, lo que también se proclamó con salvas de artillería en la plaza mayor. Yo estaba en palacio cuando apareció el general en jefe; parecía muy fatigado y estaba cubierto de polvo. No se había quitado la ropa, ni aun las botas, en varios días; sin embargo, a pesar de su cansancio, estaba de buen ánimo. El palacio estaba excesivamente lleno de ciudadanos que se agolpaban haciéndole ansiosas preguntas. «No desesperen», decía el general, «la patria todavía existe y triunfará»; estas palabras dieron nuevas esperanzas y los espíritus abatidos de los independientes empezaron a reanimarse.

Como los soldados dispersos habían estado llegando durante algunos días, fueron reunidos por los ofi-

(1) El general Mackenna fué matado en duelo, poco tiempo antes, por Luis Carrera.

ciales y reorganizados en varios cuarteles y se dispuso acampar los restos del ejército patriota a dos leguas de la ciudad. El domingo 29 de marzo, el coronel Las Heras, que se había portado con tanto valor y sangre fría para detener al enemigo la noche del 19, entró al campamento del Molino, a la cabeza de 3.200 hombres.

Todos los ingleses principales ese día comían donde mister Juan Begg y, cuando estaban en la mesa, entró el capitán (hoy general) Miller que había llegado con la división Las Heras; era capitán de artillería y había tenido la suerte de salvar la única pieza de campaña perteneciente a la artillería de Buenos Aires que los patriotas sacaron del terreno. El capitán nos dijo que el desastre sufrido se debía solamente al pánico que se apoderó de los soldados pero, agregó: «se reharán y combatirán mejor para recuperar su gloria.»

Una gran nube de polvo que se vió acercar a la ciudad, volvió a consternar a los habitantes, suponiéndola causada por la vanguardia enemiga, pero resultó solamente un gran arreo de mulas, que con sus patriotas propietarios se retiraban del enemigo. Aquí será oportuno referir los movimientos de los españoles la noche del 19, pues naturalmente se preguntará por qué no aprovecharon el señalado éxito de la sorpresa nocturna. No lo hicieron por dos circunstancias: primera, aquella noche dos de sus columnas que habían avanzado en divisiones separadas, e iniciado el ataque contra los patriotas, fueron resistidas unos minutos por el regimiento número ocho de negros; siendo la noche muy oscura, al retirarse esta tropa, las dos divisiones realistas se cerraron según creían para tomar al enemigo de flanco, pero encontrándose y tomando por enemigos a sus propios soldados, se

hicieron un fuego graneado durante algún tiempo. Esto los confundió de tal modo que parte de su ejército estaba realmente en plena retirada y había vadeado el Maule, del lado sur de Talca. Segunda, las tropas que permanecieron en el campo se entregaron al saqueo, lo que permitió a Las Heras sacar su división intacta.

No obstante la presencia de San Martín, O'Higgins y todos los jefes del ejército, así como la excelente disciplina de los soldados de Las Heras, la circunstancia de haber sido derrotado un ejército de once mil hombres por una fuerza relativamente insignificante, excitaba tantas dudas acerca de la probabilidad que tenían los patriotas de batir finalmente al enemigo, que todos los civiles patriotas se preocupaban más que de costumbre de su seguridad futura.

Los comerciantes ingleses, en número de veinte, se reunieron para decidir la conducta que adoptarían en esta situación inesperada. Pocos meses antes, cuando el patriotismo general estaba en auge, y cada uno rivalizaba con el vecino en demostrar su amor a la libertad y execración del tiránico invasor, los ingleses comerciantes participaron del entusiasmo reinante. Una vez, cuando el gobierno carecía de dinero para pagar el ejército, generosamente hicieron un donativo con este fin y cada uno recibió una carta dándole las gracias por su liberalidad.

Cuando los españoles iniciaron la marcha desde Talcahuano, todas las tropas regulares habían salido a campaña, y nosotros los comerciantes pensamos organizar entre nosotros un cuerpo de caballería para protección de nuestros bienes y tranquilidad de la ciudad. Nos reunimos para deliberar sobre esta medida y se convino formar un cuerpo de soldados y se propuso elegir nuestro coronel a un hombre muy patrio-

ta y animoso. En cuanto recuerde, sin embargo, la discusión versó principalmente sobre el uniforme más vistoso y conveniente. Uno indicó que fuese algo así como el de los Húsares Negros de Brunswich con calavera y tibias cruzadas en el morrión, pero se rechazó por creerse que era demasiado sombrío. Finalmente, creo, que fuese chaqueta colorada con pantalones amarillos y un chacó con pluma blanca. Esta asamblea jamás se volvió a reunir, pues, cuando la marea guerrera venía creciendo, varios descubrieron que sus estómagos no eran a propósito para la «ciencia militar», y se contentaron con permanecer en la pacífica línea de vida que habían decretado adoptar. Sin embargo, luego se hizo imperativo hacer algo para la protección común. Nada teníamos que esperar de la clemencia de Osorio, si tomaba la capital; en efecto, se había prevenido que todos los extranjeros que hubiesen intervenido, directa o indirectamente, en venta de armas, municiones o barcos de guerra, serían fusilados, y todos los que se encontrasen comerciando en general, enviados engrillados al Callao, y presos en las casamatas.

Con tal perspectiva por delante, el voto general fué cruzar los Andes para Mendoza, pues no teníamos ningún funcionario inglés que intercediese por nosotros en representación de nuestro Gobierno. El comodoro Bowles había dejado el país en febrero, a pesar de habersele pedido por una diputación de sus compatriotas que se quedase hasta tanto se decidiese una batalla. Dijo que asuntos de importancia exigían su presencia en los Brasiles, afirmando el comodoro no haber el mínimo temor de que los patriotas fuesen derrotados. En efecto, fué imbuído en aquella opinión por todos los hombres del país, pues el número del ejército patriota y el entusiasmo general de los

soldados, encabezados por un jefe como San Martín, hacía que ninguno de nosotros se considerase en peligro de invasores.

Sin embargo, el cambio de la situación había hecho que nuestro grupo en general mirase solamente su seguridad personal y el grito era: «A la Cordillera». Como los intereses a mi cargo subían a suma muy grande, resolví no abandonarlos mientras hubiese esperanza de salvarlos; también disentí con la mayoría, como, por el mismo motivo, lo hicieron míster Juan J. Barnard y míster Juan Begg. En consecuencia resolvimos quedarnos hasta que el enemigo consiguiese apoderarse efectivamente de la ciudad.

La partida de nuestros amigos ingleses impresionó a los patriotas chilenos con funestos presagios. «Ha de ser, decían, que nuestra causa está completamente perdido, pues los ingleses no abandonarían sus bienes si hubiera la más débil esperanza». Estaba en un balcón cuando mis compatriotas pasaron por la calle, con sus sirvientes y bagajes, todos montados, en larga fila, y salieron de la calle y de la ciudad para no volver hasta que la tormenta guerrera hubo pasado.

Quedamos solos, después de la partida de nuestros amigos, y como los rotos comenzaran a insubordinarse después de la salida de las tropas al campamento, empezamos a pensar en asegurar nuestros bienes contra sus ataques. En consecuencia, procedimos a barricar nuestras puertas y ventanas y cerrar las puertas del frente para evitar una sorpresa de la canalla. También armamos a nuestros dependientes y sirvientes y nos preparamos para un sitio. Metí mis caballos y mulas a la sala, que quedó convertida en establo, para ocultarlos a las miradas de los centinelas del fuerte Santa Lucía, emplazado sobre una roca

alta que domina los jardines y corrales de las casas adyacentes; estos valiosos animales eran tan escasos que los soldados se apoderaban de todos los que caían en sus manos, diciendo al llevárselos: «Para el uso del Estado, señor.»

Era divertido oír los votos y promesas a varios santos si prevalecía la causa patriota que se les imploraba proteger. La dueña de la casa donde yo vivía, dama muy acaudalada y religiosa, vino una mañana en calesa, y dijo que en el oratorio de la casa había numerosos ornamentos e imágenes que se proponía ofrecer a Nuestra Señora del Carmen por el éxito de las armas patriotas. También requirió algunos espejos con marco de plata, para regalar por las oraciones de un convento; pero me dejó un gran cuadro de la Virgen María que, decía, serviría para proteger la casa, así como a mí. Sus sirvientes, en consecuencia, empaquetaron los mártires y espejos y ella se despidió para ofrecerlos a distintos santuarios.

· Dos días después que nuestros amigos ingleses habían dejado la ciudad, un español vino secretamente y me dijo: «Si usted me traspasa los bienes que tiene en la casa y me entrega recibo por una crecida cantidad de dinero para demostrar a Osorio que los he comprado, tengo tanta influencia con aquel general que, probando aquel documento que son míos, los salvaré de confiscación. Esto nos beneficiará a los dos, porque en pocos días más usted no tendrá nada, pues para la causa patriota no hay esperanza. Sé que la traicionan algunos de sus jefes. Daré a usted quince mil pesos en doblones y un caballo de carga para sacarlos; por tanto, tendrá excelente ocasión para salvar una suma importante de dinero y también su propia vida; pues los españoles saben que usted ha ven-

dido un corsario, con cañones y municiones ; además usted tiene armas en su casa. »

Escuché con profunda atención hasta que concluyó su discurso, y luego le respondí : « *Aut Cæsar, aut nullus* », lo que le expliqué significaba ser mi propósito salvar o perder todo, y afrontaría las consecuencias (1).

Abrió tamaños ojos ante este rechazo y se manifestó asombrado de mi « locura » en no admitir tan excelente oferta ; pero díjele que era mi desgracia tener un modo de pensar que imaginaba ser mío particular, pues rara vez tenía la felicidad de coincidir con mis vecinos, especialmente en puntos intrincados. El Don entonces se embozó en su capa y salió muy campanante, levantando los hombros y maravillándose mucho de mi insigne estupidez.

Sin embargo, por no dejar ninguna piedra sin dar vuelta para salvar los bienes, en caso que la jornada favoreciese a los españoles, hice una cuenta de venta falsa y recibos por una gran cantidad de dinero y se los entregué a un anciano español conocido y probado por su honradez, don Antonio Sol, junto con los nombres de los dueños de las mercaderías en Londres, para que si algo me sucedía por la derrota de los patriotas, él pudiese recuperar los bienes a nombre propio y encargarse de remitir su valor en dinero, en algún barco de guerra británico, a los dueños legítimos de Inglaterra.

Dispuesto todo lo mejor que pude para la seguridad de los bienes, empecé a pensar en lo que haría de mí, y pronto resolví correr la suerte del ejército patriota y si, a causa de su derrota, mis perspectivas

(1) El valor de las mercaderías en la casa subían a más de cien mil pesos.

mercantiles se desvanecían de golpe, entonces, en caso de escaparme, tomaría el servicio de la república.

Lo dicho por el español acerca de la existencia de armas en casa era ciertísimo, pues había como dos mil sables de caballería en un cuarto y para que el caso estuviera dentro del predicamento descrito por mi inteligente comerciante, y a la turba no le diera por armarse, fui donde el Director O'Higgins, y le pedí que hiciera depositar los sables en el arsenal para su seguridad. Dijele que si la batallá se perdía, no haría responsable al Estado, con la condición que se contentase con tenerlos en su poder si la cuestión terminaba favorablemente. Habiendo convenido los términos de esta venta de nuevo género, el Director mandó su ayudante con un grupo de soldados y un carro de bagaje para sacar las espadas de mi casa, la misma tarde.

La crisis se aproximaba rápidamente, pues los realistas habían avanzado hacia los llanos de Maypú, donde los patriotas los esperaban. Mientras el enemigo estaba distante se había permitido que los oficiales vinieran en ocasiones a la ciudad para visitar sus amigos, pero luego se les notificó que ocupasen sus respectivos puestos en las filas.

Tuvieron lugar muchas afectuosas y tristes despedidas antes de dirigirse los oficiales al campamento, como que algunos tenían esposas y otros vínculos de afecto en Santiago.

And flinty in her heart can view
To battle march a lover true,—
Can hear, perchance, his last adieu,
Nor own, her share of pain (1).

(1) Y empedernida de corazón puede ver marchar al combate al fiel amante. Acaso escuche su último adiós sin compartir su pena.

Pero allí no había insensibilidad de corazón ; las bondadosas, gentiles y fascinadoras chilenas realmente sintieron ese dolor que mostraban sin afectación. Y aquí me permito disentir con la impresión de algunos viajeros que han tratado de inculcar en el público, sobre la condición moral de Santiago, especialmente en lo tocante al bello sexo : es incierto que la ciudad sea desmoralizada.

Los extranjeros que por primera vez la visitan adoptan el falso concepto que les sugieren sus compatriotas recién llegados, sin conocimiento de las altas clases sociales ; pero pienso que el argumento más incontestable en favor de la virtud del carácter femenino en Santiago, es que la mayor parte de los extranjeros respetables, franceses o ingleses, después de residir algún tiempo, eligen sus compañeras por la vida entre el bello sexo del lugar ; y ni una sola vez en cuanto he oído, el marido ha tenido la mínima razón para arrepentirse de su elección.

Recuerdo que cuando llegué por primera vez, algunos ingleses, ignorantes como entonces yo era sobre este punto, me refirieron la misma historia sobre la inmoralidad de Santiago, pero en seguida he visto muchos de ellos que han tenido razones para cambiar de opinión, también atando el nudo matrimonial con alguna bella hija del país.

CAPÍTULO X

Estado del ejército patriota.—Oficiales nativos y extranjeros.—El general Brayer, O'Higgins.—La noche antes de la batalla.—Batalla de Maypú.—Derrota completa del ejército español.

Los regimientos estaban organizados y el 1.º de abril la fuerza patriota se componía de cuatro mil seiscientos infantes y ochocientos jinetes, todos en muy buen estado, considerando su reciente contraste, y como el ejército había sido recientemente uniformado, las tropas tenían lindo aspecto marcial. Habían perdido toda su artillería en Cancha Rayada, pero sido reemplazada, pues tenían dos inmensos cañones tirados por bueyes a más de hermoso parque de artillería.

Acostumbrábamos por la tarde ir a caballo al campamento para visitar nuestros amigos del ejército, y la silenciosa y sombría fiereza de los soldados, especialmente de los negros, la interpretábamos de buen augurio para la causa de la libertad. Su silencio severo indicaba claramente que comprendían tener que habérselas fatalmente con el enemigo; en efecto, habían de antemano declarado que ni daban ni pedían cuartel.

Los oficiales superiores al mando de San Martín, eran los generales Balcarce, Alvarado y Quintana, los coroneles Las Heras, los dos Escalada, Martínez,

Melián, Necochea, Zapiola y Blanco; los capitanes Lavalle, Martínez, etc., además de muchos de grado inferior que en varias ocasiones se habían distinguido por su valor; también había varios oficiales extranjeros de mérito, venidos de Europa para servir la causa de la libertad, entre ellos Beauchef, D'Albé, Viel, Brandsen, franceses, y O'Brien, Lowe y Lebas, británicos. El general Brayer, que había sido oficial distinguido del ejército francés y premiado por Bonaparte con la Legión de Honor, había tenido hasta entonces el mando de la caballería patriota; pero a raíz de una discusión con el comandante en jefe, pidió permiso para retirarse del ejército. Como este pedido, en vísperas de batalla, se consideraba más bien inoportuno, San Martín, en términos descomedidos, le expresó su sorpresa y después de decirle que se fuese adonde quisiera, concluyó por agregar: «¡ Señor general, usted es un carajo!»

Después encontramos en la Cañada al general Brayer con su ayudante viniendo del ejército que había abandonado del todo, e iba a los baños de Colina, a cinco leguas de Santiago.

El 3 de abril, míster Barnard y yo visitamos el campo patriota por última vez. El ejército se había movido del Molino e ido cerca de la hacienda de Espejo, como a tres leguas de Santiago, y allí esperó al enemigo.

Aquella tarde los realistas pasaron el río Maypú y avanzaron por el llano. Vimos de lejos sus lucientes armas brillando con el sol poniente. Partidas pequeñas de caballería del ejército patriota salieron a reconocer el enemigo. Durante el avance de los españoles, que había sido dirigido con mucha lentitud, partidas de guerrillas los habían constantemente rodeado por

el flanco y retaguardia y cantidad de esos soldados ahora escaramuzaban a lo lejos en el llano.

Estaba por obscurecer, cuando Barnard y yo regresamos a Santiago; no habíamos andado medio camino por la ruta principal, cuando encontramos varios guerrilleros con un hombre herido; nos dijeron que una partida enemiga se encontraba en el camino y, en consecuencia, mi amigo y yo hicimos un rodeo de media legua y ganamos la ciudad por el camino de Valparaíso. El 4, aparte de continuar las escaramuzas, nada ocurrió de importancia; y, por la noche, los realistas tomaron posiciones enfrente del molino de Espejo.

Aquella noche tuve oportunidad de presenciar la sangre fría de O'Higgins; eran como las nueve—la noche negra como el Erebo y la ciudad de Santiago presa de la mayor alarma, por la proximidad del enemigo—, se habían colocado centinelas en todas las esquinas, se doblaron las patrullas y se cavaron trincheras profundas en las bocacalles del lado de la Cañada y camino de Valparaíso.

Los patriotas temían que los españoles volviesen a intentar un ataque nocturno y sorprender la ciudad. Justo en esta incertidumbre, el mayor D'Albe llegó del ejército con la noticia que una división enemiga se aproximaba a la ciudad por el camino de Valparaíso y que probablemente llegaría en hora y media más. No había tropas sino milicias en la ciudad. Yo estaba en el palacio cuando llegó la noticia, y se instó al Director para que buscarse refugio en el ejército patriota; respondió: «No, moriré aquí, y si me encuentran, será en mi puesto.»

Por mi parte, sabiendo que la milicia ciudadana, compuesta en su mayor parte de tenderos, era tan valerosa que «de buena gana confundiría al diablo

con un tambor», resolví no atenerme al resultado de su encuentro con tropas regulares, y regresando a casa, ordené preparar mi caballo, de modo que, cuando entrasen los españoles, pudiera irme al campamento. Una vez que mi caballo estuvo ensillado en el primer patio y arregladas las pistoleras, me acosté vestido en el lecho a espera de los acontecimientos. El tiempo pasaba lento o, acaso ansiosamente, pues esperaba a cada momento que mis oídos fuesen saludados por el tiroteo de los invasores.

El *¿Quién vive?* dado por los centinelas a patrullas y transeuntes resonaba en todas las calles. *¡La patria! ¡Gente de paz!*, eran las respuestas constantes, y sería difícil, para personas que nunca se hayan encontrado en análoga situación, concebir mis sensaciones al encontrarme solo, de noche, en tales circunstancias; mis amigos ingleses, lo mismo que yo, siempre dormíamos en nuestras respectivas casas para protegerlas de los ladrones callejeros y puede suponerse sin dificultad si yo estaba suficientemente alerta. Dos horas transcurrieron en esta desagradable incertidumbre y todavía estaba en la cama, despierto—pero los días anteriores había estado fatigado, de ánimo y cuerpo, y me encontraba exhausto—; de modo que no obstante mi intento de mantener los ojos abiertos, al fin me sumergí en profundo sueño, del que no desperté hasta la salida del sol, cuando al mirar afuera vi el caballo parado tranquilamente junto a la puerta y la ciudad en perfecta quietud.

La mañana del domingo 5 de abril; la época más deliciosa del año en Chile, ni una sola nube obscurecía el brillante y eterno azul del firmamento; los pájaros cantaban y los azahares esparcían un perfume delicioso en la brisa; había esa balsámica suavidad en el aire tan propia del clima; las campanas llama-

ban a misa y un sentimiento religioso se deslizaba en los sentidos al unísono con la santidad del día; parecía sacrilegio que tan santa quietud se interrumpiese con estrépito de batalla.

A pesar de esto yo sabía que así sucedería; por consiguiente, envolviendo una muda de ropa y una frazada doblada en mi capa, y atándola en la montura, me armé con un par de pistolas y un sable, monté a caballo, con sólo tres doblones en el bolsillo, y fui a unirme con mis compatriotas Barnard y Begg. Pronto estuvieron equipados y armados como yo, y salimos de la ciudad en dirección al ejército patriota (1). Sentí algo como satisfacción al dejar la ciudad esa mañana, pues pocas horas pondrían fin al estado agonizante de esperanza y temor que había alternativamente agitado a todos desde el desastre de Cancha Rayada. En efecto, muchos de los habitantes de Santiago estaban medio locos. Cuando entramos al llano, como a una legua de la ciudad, oímos los primeros cañonazos, a largos intervalos, pero al llegar a la posición patriota, encontramos los dos ejércitos empeñados encarnizadamente y el fuego era un solo rugido prolongado.

Los movimientos de la mañana fueron los siguientes:

Cuando despuntó el alba, en el día decisivo, grande para los destinos de la libertad y de Chile, se descubrió el enemigo marchando desde Espejo, y, por un movimiento de flanco, a punto de ocupar el camino de Santiago. La intención de Osorio parece haber si-

(1) El informe del mayor D'Albe, la noche anterior, era exacto. Después se descubrió que una división realista se había extraviado en la noche y estado efectivamente en el camino de Valparaíso; pero, notando el error, hizo alto como a las nueve y se juntó con el cuerpo principal al romper el día.

do colocarse entre la ciudad y el ejército patriota, con lo que consideraba mejorar notablemente su posición. San Martín inmediatamente hizo mover su ejército y avanzó hacia el enemigo en columnas cerradas y, mediante una marcha rápida, llegó a tiempo de frustrar esta maniobra de ocupar el camino principal. Osorio, entonces, hizo alto y tomó posición encima de la lomada, enfrente de la chacra de Espejo, en el orden siguiente :

Su derecha fué ocupada por el regimiento de Burgos y su izquierda por el Infante Don Carlos ; el centro lo formaban las tropas sacadas del Perú y Concepción ; estaban en columnas cerradas, flanqueadas por cuatro escuadrones de dragones a la derecha y un regimiento de lanceros a la izquierda. El terreno que ocupaban era al borde de una loma que se extendía cerca de una milla, y en su extrema izquierda había un montículo aislado en el cual habían colocado cuatro cañones y unos doscientos hombres. Su número subía a más de seis mil.

El ejército patriota se dispuso en columnas, como sigue :

Su izquierda la mandaba el general Alvarado ; el centro el general Balcarce ; la derecha el coronel Las Heras, y la reserva el general Quintana. La acción comenzó como a las once y se inició por la artillería patriota de la derecha ; el cañoneo fué a intervalos sobre la izquierda realista que avanzaba ; y antes de las doce, la acción se hizo general. Cuando los del Infante Don Carlos descendían la loma, recibieron el fuego muy destructor de la artillería del coronel Blanco, cuyos efectos eran visibles a cada cañonazo, llevando la destrucción y el desaliento a sus columnas. La batalla aquí fué bien disputada y estuvo indecisa mucho tiempo. El coronel Manuel Escalada, con un

escuadrón de Granaderos a Caballo, cargó al montículo en que estaban emplazadas las cuatro piezas de artillería y las tomó; los cañones en seguida fueron apuntados contra sus dueños primitivos.

A la derecha los realistas sacaron ventaja; el nutrido y bien dirigido fuego del regimiento de Burgos introdujo confusión en el ala izquierda patriota compuesta principalmente de negros, y fueron al fin completamente dispersados, dejando cuatrocientos cadáveres en el campo de batalla. En este momento crítico, la reserva al mando de Quintana recibió orden de atacar. El Burgos avanzó tan rápido que se desordenó en parte y se había retirado algo para formarse, cuando la reserva patriota se lanzó sobre él, sufriendo un fuego mortífero dirigido con admirable precisión y efecto, y con tanta regularidad como si se tratase de una parada; éste fué sin duda el momento más dudoso de la acción, y así fué considerado por Quintana que, reforzado por un escuadrón de Granaderos a Caballo, dió la orden de cargar.

El choque fué tremendo, cesando el fuego casi de golpe y ambos bandos cruzaron bayonetas. Los gritos repetidos de « ¡Viva el rey! ¡Viva la Patria! » demostraban que cada pulgada de terreno es disputada desesperadamente; pero, a causa del polvo y humo, difícilmente podíamos saber de qué lado se inclinaba la victoria. Finalmente el grito realista enmudeció, y el avance de los patriotas con grandes vótores de « Viva la Libertad » proclamaban que la victoria era suya.

Cuando el Burgos se apercibió que sus filas estaban rotas, abandonaron toda idea de resistencia ulterior y huyeron en todas direcciones, aunque principalmente hacia el Molino de Espejo. Fueron perseguidos por la caballería y despedazados sin piedad.

En efecto, esta virtud había sido desterrada de los pechos en ambos bandos. La carnicería fué grandísima y me decían algunos oficiales que habían servido en Europa, que nunca presenciaron nada más sangriento que lo ocurrido en esta parte del campo de batalla.

Más o menos, al mismo tiempo que se efectuaba la carga contra el ala derecha enemiga, el coronel Las Heras había destruído la izquierda, que se retiraba igualmente hacia Espejo. En el centro, la acción se mantuvo con gran determinación hasta que, dándose cuenta de que ambas alas estaban en derrota, los españoles cedieron y el desastre se hizo general, retirándose todos a toda carrera hacia Espejo.

Esta hacienda tiene tres corrales, y está rodeada por tapias macizas, capaces de proteger a dos mil hombres; y es sorprendente que los realistas no sostuvieran esta buena posición, pues su defensa era muy practicable y les habría economizado muchas vidas, y quizás habilitado para capitular en condiciones honrosas; sin embargo, perdido todo orden, solamente pensaron en salvarse.

Los patriotas, al mando de Las Heras, avanzaban por el callejón que conduce a las casas y, al aproximarse, los realistas levantaron bandera blanca desde la ventana, que hay encima de la entrada, pidiendo capitulación, que se otorgó, cuando acto continuo las puertas fueron voladas por un cañonazo con metralla, disparado desde adentro del patio. Los patriotas, naturalmente, ya no dieron cuartel e instantáneamente cargaron; siendo recibidos por nutrido fuego de mosquetería que se hacía desde las puertas, ventanas, y todas las troneras de la casa. Sin embargo, esto solamente duró breve tiempo, pues los patriotas entraron

en gran número y rápidamente desalojaron al enemigo.

Los realistas ya no hicieron más resistencia, la voz de orden era *¡Sálvese el que pueda!* y hacían esfuerzos por salir de la casa con la rapidez posible, pero fueron perseguidos y masacrados por el implacable enemigo. Hay un gran viñedo detrás de la casa por el que huyeron muchos realistas, pero a estar al cómputo más bajo, quinientos hombres perecieron en la hacienda y el viñedo.

La linda hacienda de Espejo presentaba un horrible cuadro después del combate; las puertas y ventanas perforadas por balas de mosquete; los corredores, paredes y pisos, con porciones de sesos y coágulos y salpicaduras de sangre, y todo el lugar, por dentro y fuera, cubierto de cadáveres. La casa estaba llena con el bagaje del ejército español y el saqueo fué inmenso. Muchos soldados se enriquecieron durante la acción y es lamentable que varios oficiales atendieran más a sus bolsillos que al éxito de la jornada; ocurrieron algunos casos de rapacidad que ahora no es necesario mencionar; pero la conducta general de oficiales y soldados fué admirable; combatieron desesperada y entusiastamente, «con corazones por la causa de la Libertad y manos para el golpe de la Libertad.»

Parte del regimiento de Burgos se había retirado a una eminencia donde no podía maniobrar la caballería patriota; éstos capitularon y cayeron prisioneros.

En el período de la acción, en que el Burgos fué derrotado, míster Barnard y yo (que estábamos en el estado mayor del general San Martín) nos hallábamos a caballo junto a aquel general, cuando el capitán O'Brien regresó de la carga y anunció la victo-

ria. Entonces el general nos pidió que fuéramos en busca del coronel Paroissien, cirujano principal de las fuerzas, a quien deseaba ver inmediatamente; en consecuencia recorrimos el campo de batalla en varias direcciones y dimos con un molino, distante media milla a retaguardia del ejército, donde encontramos al coronel entregado a sus deberes profesionales.

Se había convertido el molino en hospital de sangre durante la acción y el patio del frente estaba lleno de heridos, principalmente negros, que habían sido recogidos del campo de batalla. El cirujano principal estaba amputando la pierna de un oficial que había sido destrozada por una bala de mosquete, y tenía sus manos cubiertas de sangre. Al transmitirle la orden del general, el coronel (una vez terminada la amputación), escribió un despacho para O'Higgins, en Santiago, pidiéndome que me encargara de llevarlo, e informase también al Director que se necesitaban carros y carretas para llevar heridos a los hospitales de la ciudad.

El pedazo de papel en que se escribió el despacho fué recogido del suelo y estaba manchado de sangre. Dejé el molino, galopé para la ciudad y en breve tiempo llegué a la Cañada, gran arrabal en el camino de Valparaíso. Aquel día la ciudad estaba casi despoblada de habitantes, que se habían situado en este suburbio donde estaban esperando con la mayor ansiedad, saber:

How the sounding battle goes,
If for them or for their foes;
If they must mourn or may rejoice (1).

(1) Cómo va la estrepitosa batalla, si por ellos o por sus enemigos; si deben llevar luto, o pueden regocijarse.

Al entrar a la Cañada anuncié la victoria gritando con todas mis fuerzas: ¡*Viva la patria!* y mostré el papel ensangrentado que llevaba para el Director. Apenas hube proferido estas palabras cuando en respuesta se alzó una gritería de la multitud que hizo retumbar el firmamento entero, y el tropel de la gente me envolvió, para obtener más detalles, casi ahogándome con el calor y polvo. Un señor anciano, a caballo, en los raptos de su patriotismo, me echó los brazos y casi me ahogó por el fervor de su abrazo, del que me libré con una maniobra que él debe haber *sentido* que tenía de todo menos de simpática.

Luego de desprenderme de este grupo pasé por la Cañada; las campanas repicaban y resonaba el aire con exclamaciones de ¡*Viva la Patria!* ¡*Viva San Martín!* ¡*Viva la Libertad!*, pero a medida que me aproximaba a la ciudad, la multitud se hacía más densa, y me precipité por una calle excusada en las orillas de la ciudad; después de evitar una trinchera ancha y recién cavada, haciendo un rodeo, galopé a palacio. Encontré las entradas atestadas de populacho del que formaba parte mi sirviente, a quien dejé el caballo y, a empellones, me abrí paso con dificultad hasta la sala de audiencia.

Allí tuve la sorpresa de saber la ida del Director al campo de batalla. Fué tan gravemente herido la noche del 19, que los médicos habían opinado que le sería fatal afrontar la fatiga del servicio. En consecuencia permaneció en la ciudad, con pocos milicianos, relativamente tranquilo, durante las primeras horas de la mañana; pero tan pronto como llegó a sus oídos el cañoneo lejano, su valor impetuoso venció toda otra consideración y, poniéndose a la cabeza de su gente, salió a la carrera de la ciudad para tomar parte en la refriega. Encontré al coronel Fontecilla

haciendo sus veces, a quien entregué el despacho, y le transmití el mensaje que me habían encomendado.

Saliendo de palacio, me encaminé donde el doctor Gana, cuya familia se había siempre distinguido por su patriotismo, e indudablemente había sido tratada con severidad por el tirano Osorio. La madre y sus tres bellas hijas estaban en la mayor ansiedad, pues cuatro hijos aquel día pelearon en el ejército patriota. Al asegurarles a las damas que «La Patria» había arrancado victoria completa, derramaron lágrimas de gozo, pero no sin mezcla, pues el destino de sus hijos y hermanos aún no se sabía (1). Recibí sus abrazos con sentimiento muy diferente de aquel con que había recibido el feroz que se me propinó en la Cañada.

En seguida fuíme a casa para cerciorarme de la situación en aquel barrio.

Mi dependiente, español, estaba en la mesa comiendo con varios amigos; habían oído un relato diferente de la batalla y parecían completamente satisfechos del resultado. Al principio apoyé la idea y díjeles que sus compatriotas habían triunfado y se exaltaron de placer; luego les agregué que sus compatriotas habían perdido y la transición fué como de la luz del sol a un chaparrón. Después de comer, apresuradamente monté un caballo de refresco, para regresar al campo de batalla. Todas las campanas de las iglesias repicaban y los sacerdotes encendían fuegos artificiales desde las torres. Esta es costumbre sudamericana en lo días festivos y el renglón correspondiente a pólvora no es el mínimo en la lista de gastos eclesiásticos.

(1) Don Juan Gana, el hijo menor, que era teniente, murió en la acción.

Alcancé mucha gente que se dirigía al teatro de la acción, algunos para buscar a sus amigos y relaciones, otros por curiosidad y otros que quizás no habrían deseado hacer públicos sus propósitos.

Había varios sacerdotes a caballo. Un rollizo fraile dominicano, con hábito, rosario, cuentas, sombrero de teja y la toga de bombasí arremangada hasta las caderas, iba al galope.

Al preguntarle qué podía decidir a un hombre de su humilde profesión para visitar una escena de carnicería, me dijo que él era tan óptimo patriota como buen cristiano, y que iba a felicitar a los generales y confesar a los heridos de muerte. Lo dejé en el terreno para poner en práctica esta piadosa intención.

Aunque escasamente transcurridas dos horas después de la pelea, los huasos del campo (que todo el tiempo se habían mantenido a caballo rondando apenas fuera de tiro) se ocuparon en desnudar a los moribundos y muertos; en efecto, muchos de los últimos estaban ya desnudos, y los nativos se alejaban con los despojos. Vi un hombre retirarse con pillaje cuantioso, entre otras cosas, una docena de mosquetes cruzados en la cabezada del apero; y tengo razones para saber que muchos pobres heridos infelices, especialmente españoles, no obtuvieron juego limpio durante este pillaje impío; mataron a muchos que habrían sobrevivido bastante bien si se les hubiera dejado al «tiempo y costumbre mortal».

Me detuve a mirar un cadáver que confundí con el de mi amigo el capitán Sowersby, pero resultó de un oficial español del Burgos; tenía perforada la frente de un balazo, y, al lado, se veía un panfletito de que me apoderé, desmontando al efecto; el panfletito y una gran escarapela roja española que en-

contré suelta en el suelo, fueron los únicos trofeos que tomé en aquel memorable campo de batalla.

Después fuí al Callejón de Espejò donde, en la hondonada de una colina, estaban reunidos San Martín y sus jefes. En este momento llegó O'Higgins y su encuentro con San Martín fué interesantísimo. Ambos generales se abrazaron, a caballo y mutuamente se felicitaron por el éxito de la jornada.

Los soldados estaban trayendo los oficiales y tropa españoles que habían caído prisioneros; entre los primeros se hallaban los generales Ordóñez, Primo de Rivera, Morgado, etc. Nada podía exceder al furor salvaje de los negros del ejército patriota; habían llevado el choque de la acción contra el mejor regimiento español, y perdido la mayor parte de sus efectivos; deleitábase la idea de fusilar a los prisioneros. Vi un negro viejo realmente llorando de rabia cuando se apercibió que los oficiales protegían de su furor a los prisioneros.

Se formaron dos líneas de jinetes y entre ellas marcharon los prisioneros. Los servicios de mis amigos, Begg y Barnard, y los míos, fueron requeridos en esta ocasión. Nuestra misión era mantener apartados los soldados e impedirles sacrificar sus cautivos. Adelantaba al paso de mi caballo, y un oficial español que iba a mi lado, estaba tan cansado que apenas podía caminar y me pidió que lo subiera en ancas, y ya iba a acceder cuando se opuso el coronel Paroissien, diciendo que solamente expondría la vida de los dos, pues seguramente los negros harían fuego contra él. Marchamos hasta llegar cerca del molino donde una guardia se hizo cargo de los prisioneros, y regresamos a Santiago mucho después de puesto el sol.

Además de los oficiales nativos que han sido ya mencionados en mi relato de la batalla, varios oficia-

les extranjeros se distinguieron altamente ; entre ellos se cuentan O'Brien, Sowersby, Viel, Beauchef, D'Albe, Low y Lebas. El coronel Manuel Escalada fué despachado a Buenos Aires la noche de la batalla con noticias de la victoria, e hizo la jornada por la cordillera y las pampas en el breve término de diez días. También enviamos un chasque para hacer volver a nuestros amigos ingleses de la cumbre de los Andes donde habían vivaqueado más de una semana.

El general Osorio, general en jefe del ejército realista, huyó del campo de batalla como a la una de la tarde escoltado por unos cien hombres ; tomó el camino de Valparaíso y pasó por la Cuesta del Prado como a las tres. El activo capitán O'Brien eligió treinta Granaderos a Caballo y se puso a perseguirlo de cerca ; informado que los fugitivos habían tomado la ruta del puerto, creyó probable que hubieran ido a San Antonio, con el propósito de embarcarse en un buque que cruzaba frente a aquel punto ; en consecuencia el capitán tomó un atajo por la Cuesta Vieja, y se situó en la dirección de Valparaíso. Osorio, después de franquear la Cuesta Nueva, se había efectivamente detenido en las chozas al pie del cerro, mucho tiempo, para descansar ; luego se echó a los desfiladeros de las montañas, dirigiéndose al Maule que alcanzó cerca de sus nacientes. El tercer día después de la batalla, propuso a los que lo seguían, en atención a haber disminuído el ardor de la persecución, hacer alto para reposar ellos y los caballos ; así se hizo y, mientras sus compañeros dormían, el general eligió diez o doce de sus guardias y, escogiéndolos los caballos mejores, pasaron el río a nado y furtivamente desaparecieron, dejando que los demás compañeros se escapasen. Al descubrir el procedimiento traidor de su jefe, el oficial que seguía en graduación se entregó a

la fuerza patriota más próxima, y él y sus compañeros fueron enviados a Talca como prisioneros de guerra.

Se ha afirmado que, de los seis mil hombres que, formando parte del lindo ejército español, combatieron en Maypú, no pasaron de dos mil los que volvieron a Talcahuano; los demás fueron muertos o prisioneros; por consiguiente, era imposible una victoria más completa.

Así terminó la siempre memorable batalla de Maypú que, por la magnitud del número e importancia de sus resultados, excedió en mucho a cualquier batalla librada en el lado occidental de los Andes. La carnicería, considerado el número de los combatientes, fué inmensa; de doce mil hombres tres mil quinientos quedaron fuera de combate.

Con esta victoria la causa independiente se consolidó de modo tan firme, que subsiguientemente llegó a aplastar el poder español en Sud América; pues si la acción hubiera favorecido a los realistas, es dudoso si tanto el Perú como Chile se hubieran mantenido hasta el presente bajo la corona española.

La batalla de Maypú preparó el camino para la de Ayacucho, que se libró con éxito para los independientes en el Perú, el 9 de diciembre de 1824, contra doble número de enemigos, y arrancó a España la última porción del antes vasto dominio de las Américas.

CAPÍTULO XI

El mayor Arcos.—El capitán Biddle.—Ejecución de Juan José y Luis Carrera.—Asesinato de Rodríguez.—Regocijos en Chile.—Combate naval.—La escuadra chilena.—Blanco y Callow.

Durante el reinado del Terror, comprendido entre el 19 de marzo y el 5 de abril de 1818, Valparaíso fué presa de consternación semejante a la que se apoderó de la capital. El mayor Arcos (1), al servicio del ejército patriota, fué portador de la noticia, y se había refugiado en la goleta de los Estados Unidos, *Ontario*, capitán Biddle, único barco de guerra anclado en el puerto. El gobernador Calderón reclamó a Arcos como desertor y fué entregado y enviado preso a Santiago a causa de haber asegurado que la causa patriota estaba perdida. Una escuadra española bloqueaba el puerto a la sazón, y habríales sido imposible, de intentarlo, salir a los barcos ingleses que se hallaban en el puerto. El *Wyndham*, de la Compañía de las Indias, había llegado recientemente con procedencia de Inglaterra. El capitán Biddle fué requerido por sus compatriotas y por los ingleses para proteger sus barcos y personas, pues se esperaba por momentos que los españoles tomasen la ciudad por la

(1) Arcos era español que sirvió con los franceses en la guerra de la Península, y formaba parte del estado mayor del mariscal Jourdan en la batalla de Victoria.

fuerza. En esta emergencia el capitán Biddle procedió de manera que acredita muy honorablemente sus sentimientos de hombre y oficial: expresó su determinación, en caso que los españoles tomaran Valparaíso, de encabezar el convoy, y si era necesario, defenderlo, así de los fuertes, como de la escuadra española en el mar. La conducta del capitán Biddle con frecuencia ha sido mencionada en términos de admiración y gratitud por varios de mis paisanos que, en aquella época, estaban en Valparaíso. El *Ontario* solamente montaba veinticuatro carronadas, pero el *Wyndham* estaba también armado y con tripulación reclutada de varios buques del puerto. Esta era la situación de Valparaíso cuando llegaron noticias del triunfo de Maypú, que se anunció con salvas de todos los fuertes.

El 8 de abril, tres días después de la batalla y antes de ser conocido el suceso en Mendoza, dos de los hermanos Carreras, Juan José y Luis, que algún tiempo antes habían caído prisioneros, en camino para Chile, fueron condenados a muerte y fusilados. Montegudo, que como se recordará había pasado por Santiago dos días después de la sorpresa de Cancha Rayada, y huído, por los Andes, a Mendoza, fué juez principal del proceso. El delito por que sufrieron la pena capital, fué por haber intentado deponer las autoridades existentes en Chile, de donde habían sido desterrados.

Es imposible no simpatizar en cierto modo con estos hermanos desgraciados, pues su acendrado amor de la tierra natal fué sin duda uno de los más grandes incentivos de su conducta; y como habían sido condenados a destierro perpetuo, probablemente se desesperaron por tanta severidad; en todo caso puede alegarse esto para atenuar su traición, si así puede

llamarse. Muchos pensaron que la sentencia fué demasiado severa y vituperaron a Monteagudo cuyo carácter no se inclinaba a la misericordia. Marcharon desde la prisión del brazo y, después de abrazarse, sellaron su destino con gran entereza de ánimo.

Los Carrera estaban ligados a las primeras familias, y su partido en Chile era muy numeroso.

Apenas se había apaciguado la impresión producida por su muerte, ocurrió otro suceso que, por su naturaleza horrible, excitó el asombro y la execración de toda la mejor parte de la sociedad chilena.

El eficaz partidario don Manuel Rodríguez—que tanto se había distinguido en la situación más crítica de Santiago, asumiendo el gobierno *ad interim*, y que, con su prontitud y energía había alentado a los trémulos patriotas, y peleado muy valientemente en el llano de Maypú—pocos días después era arrestado secretamente. El cargo que se le hacía era también su intención de derrocar el gobierno de O'Higgins, pero como no se le juzgó, no se presentaron pruebas. Sea como fuere, fué sentenciado al destierro, y se le asignó una pensión para subsistir en el extranjero. Un buque estaba anclado en Valparaíso, destinado a Calcuta, en que se convino embarcarlo, y se le sacó de Santiago de noche, con fuerte escolta mandada por un renegado español llamado Navarro, antiguo capitán del ejército realista.

La segunda noche, al pasar, poco antes de llegar a Melipilla, por parte lóbrega y sólitaria del camino, Rodríguez encontró la muerte a manos de este hombre, que le atravesó la cabeza de un pistoletazo. Este suceso causó las más vivas manifestaciones de pesar en todo Chile, y muchos fueron los indicados como culpables, y las autoridades mismas no se libraron de acusaciones directas.

Después vi a Navarro en Mendoza, y sé me refirió (pues nunca le hablé) que él decía tener órdenes emanadas de varias personas altamente colocadas, de matar a Rodríguez de la manera arriba descripta; pero no me consta la exactitud de esta afirmación. Sé que los inculpados han rechazado después el cargo con indignación; pero siempre dará lugar a sospechas el haberse cometido el hecho a deshoras y rodeado de mucho misterio. No creo que a dos de los acusados principales se les podría imputar la sanción de asesinato tan frío y premeditado, a juzgar por la reconocida clemencia de su carácter en otros casos. Dicen que Rodríguez intentaba escapar cuando el guardián le hizo fuego, y esto es verosímil, dado su espíritu audaz e independiente que pudo haberlo decidido a recobrar su libertad, particularmente por habersele sacado ocultamente. Fué asunto lamentable, y hasta hoy se habla con horror en Chile de éste suceso.

Conocí bien a Manuel Rodríguez, cuyos sentimientos eran de ardiente y virtuoso hombre libre. Contribuyó, con su guerra de partidas, a molestar y distraer las fuerzas españolas durante se esperaba la invasión de San Martín a Chile y fué uno de los más celosos cooperadores y corresponsales del general. Su actividad burló todas las tentativas para apoderarse de él, cuando el gobierno español ofrecía precio subido por su cabeza, y con frecuencia sorprendía y derrotaba los destacamentos enemigos del modo más notable. Con marchas forzadas, emboscadas, informes falsos, etc., de tal manera confundió al intendente don Marcó del Post, que la causa patriota debióle en mucho al éxito definitivo.

Era quizás el hombre más popular de Chile, pero divergía en algunos puntos con los dirigentes del gobierno, lo que le llevó a su fin melancólico. Rodríguez

tenía treinta años de edad, cinco pies y ocho pulgadas de estatura, era en extremo activo y bien formado; su rostro expresivo y agradable. Primero fué abogado y, además de sus dotes militares, era orador elocuente, de palabra tan enérgica como persuasiva.

A pesar de la tristeza que estos dos hechos difundieron entre los amigos de distintos bandos, el gozo por la terminación del poder real en Chile no tuvo límites. Manifestaciones públicas, bailes, comidas y fiestas continuaron sin cesar muchas semanas. Los festejos puede decirse empezaron la noche del día de la acción, pues tan confiadamente el partido español descontaba el éxito de sus paisanos, que se habían preparado numerosas cenas para los vencedores realistas que fueron aprovechadas por malísimamente recibidos pero muy patriotas comensales. Algunos ciudadanos dieron también convites al Director y jefes principales. Recuerdo haber asistido a la comida y baile dados por don Felipe Solar, que sobrepasó todo lo que por el estilo se hubiera visto antes en Chile; su magnífica casa y espaciosos jardines estaban completamente abiertos y bellamente iluminados; el efecto de los faroles de colores en los jardines, entre granados, naranjos y limoneros, era completamente hadaico. El Director y los oficiales principales se hallaban presentes, así como todas las familias distinguidas. Una gran banda militar tocaba aires marciales en los intervalos de la danza; había profusión de refrescos y cena. Al venir el día los concurrentes se dirigieron a la plaza de armas y bailaron una contradanza española para terminar.

Había luminarias y fuegos artificiales dos veces en la plaza, fuera de los domingos. Los fuegos artificiales eran superiores a los nuestros, y su efecto, en la noche chilena, es en extremo brillante. No hay ilumi-

nación más bella que la de una ciudad española en Sud América, pues las calles son regulares y cada casa tiene una bandera de seda abigarrada, con colgaduras de seda, a veces, que cruzan la calle desde lo alto de los edificios; éstos con profusión de faroles de preciosos dibujos y figuras sobre los muros blanqueados, dan a las calles el aspecto de una galería bien iluminada.

Cinco días después de la batalla de Maypú el victorioso general San Martín salió de Santiago para Buenos Aires, donde fué recibido como Libertador con arcos triunfales y todas las demostraciones de felicitación efusiva. Hubo una serie de convites y fiestas y los comerciantes británicos sobrepasaron todo lo que se había hecho hasta entonces, con cena y baile muy magníficos que dieron con este motivo.

El objeto de la visita del general a Buenos Aires, fué el concertar medidas con el gobierno para la rápida terminación de la guerra, actuando de concierto con los ejércitos destinados a invadir el Perú por tierra, mientras San Martín desembarcaba en la costa.

El *Wyndham*, de la Compañía de las Indias, propiedad del capitán José Andrews, fué vendido al gobierno chileno y aparejado de fragata en Valparaíso; se le dió el nombre de *Lautaro* y fué tripulado por unos cuatrocientos marineros ingleses, norteamericanos y chilenos, y con esta tripulación abigarrada se hizo al mar mandado por el capitán O'Brien, ex teniente de la armada británica. Afuera del puerto encontraron la fragata española *Venganza* y el bergantín de guerra *Pezuela*; O'Brien inmediatamente gobernó su barco para abordar a la primera y saltó al puente seguido de treinta hombres; los españoles huyeron de la cuadra de popa y se refugiaron en la arboladura, o debajo del puente, dejando así la Ven-

ganza completamente en poder de los patriotas; pero, en este momento crítico, los dos barcos se separaron y los españoles, notando los pocos hombres que habían conseguido subir a bordo, comenzaron un fuego graneado desde abajo y O'Brien recibió una bala de mosquete en el corazón.

El *Lautaro* volvió a juntarse por pocos momentos, lo que permitió retornar al resto de la tripulación, pero separándose por segunda vez, tanto la *Venganza* como el *Pezuela*, cargaron todo el paño y escaparon.

El encuentro se veía desde las alturas de Valparaíso y se mandó un chasque a Santiago con la noticia gloriosa de la captura de una fragata española.

Se celebraron grandes festejos y decretaron luminarias, cuando llegó la narración exacta de lo sucedido, que hizo cesar inmediatamente la fiesta.

La armada de Chile, a la sazón en su infancia, poco tiempo después recibía un refuerzo con el arribo del *Cumberland*, de la Compañía de las Indias, que había sido contratado por el ministro de Chile, Irizarri. Era un barco lindísimo, de mil doscientas toneladas, provisto de buenas baterías; se le rebautizó *San Martín* y fué puesto al mando del capitán Wilkinson. Mister Higginson, norteamericano, fué nombrado comodoro por su competencia náutica; pero, como tenía más de sesenta años, pronto renunció al mando que recayó en el coronel Blanco Cicerón Encalada, antiguo guardamarina en la escuadra española. Tal era entonces la escasez de conocimientos náuticos en la nueva república, que fué necesario echar mano de un oficial de tierra para confiarle la escuadra.

Cuando O'Higgins empezó su retirada del sitio de Talcahuano, los habitantes patriotas de Concepción, temerosos de las crueldades de los realistas, se retiraron con el ejército; en consecuencia, numerosas

personas bastante ricas en su provincia, cayeron en gran desmayo. Muchas de las casitas suburbanas de Santiago fueron ocupadas por estos emigrantes, muchos de los que debían su sostén a la caridad pública. Debo aquí mencionar el rasgo de un inglés, míster Guillermo Bowers, teniente de la armada, que estaba entonces en Santiago, venido como patrón de buque mercante. Como catorce años antes, Bowers, siendo niño, fué capturado por los españoles, con un ballenero, frente a Lima, y enviado con la tripulación a los calabozos de San Felipe donde algunos murieron por el rígido tratamiento y trabajo duro. Después de dos años el joven Bowers consiguió escaparse del modo más extraordinario, y se refugió a bordo de un buque que lo condujo a Talcahuano; allí fué amparado y protegido por una familia Soriano que le proporcionó los medios de volver a su país.

La familia se encontraba entre los refugiados y en circunstancias muy desesperadas; míster Bowers lo supo por casualidad e inmediatamente fué donde sus viejos amigos, les proporcionó dinero, se dió maña para tenerlos en casa muy cómoda durante su estada en Santiago y le he oído decir que, el haber podido demostrar su gratitud, le había causado más placer que cualquier acontecimiento de su vida.

Barcos mercantes extranjeros comenzaron a arribar de Inglaterra y los Estados Unidos, y dos vinieron directamente de Calcuta cargados con artículos manufacturados y productos coloniales; los precios bajaron en proporción, y el mercado estaba abarrotado con toda clase de mercaderías y géneros; pero los derechos no eran suficientes para las necesidades del Estado. Los extranjeros llegaron en gran número y Valparaíso ya empezaba a parecer un puerto inglés.

La sociedad de Santiago era sumamente alegre, y

se animó mucho con los oficiales de nuestra marina que obtenían permiso para visitar Santiago y eran siempre tratados por las bellas chilenas con grande hospitalidad y atención; siguió una serie constante de tertulias y paseos dondequiera que ellos aparecían, sin importar el número. Introdujeron en los salones la cuadrilla y este baile es actualmente favorito de las chilenas. El capitán Shirreff, de la fragata *Andromache*, estaba de estación en aquel tiempo.

Las chilenas rara vez daban comidas, ni hay allí aquella propiedad y comodidad de las casas que algunos consideraran *sine qua non*. Debido al clima benigno sus casas son siempre bastante agradables en cuanto a la temperatura, exceptuando en algunos pocos meses del invierno, y entonces se traen a las habitaciones carbones encendidos en braseros de cobre o plata. Muy rara vez se usan vidrios en las ventanas, excepto en las mejores casas. Las paredes de los cuartos son generalmente pintadas, blanqueadas, enyesadas, pero hay algunas empapeladas.

El moblaje rara vez es bueno; se usan generalmente sillas y mesas de madera, inglesas o norteamericanas, y solamente parte de la sala está alfombrada, de modo que se ven en el resto los ladrillos pelados.

Son aficionados los habitantes a excursiones campestres y con frecuencia van a una hacienda cercana para pasar todo el día en entretenimientos de música y baile; los ingleses a veces eran invitados y parecían adaptarse perfectamente a la índole de estos paseos. Acostumbrábamos los domingos salir a una legua de la ciudad y divertirnos corriendo carreras de caballo, uniéndonos frecuentemente los nativos, así como nuestros oficiales de marina.

Numerosos aspirantes a la fama militar vinieron

de Europa en esta época. Además de los mencionados en el capítulo precedente estaban los coroneles Charles, dos hermanos, Carrol, Hill, Gravat, Gran-nen y Sowersby; el último estuvo en la batalla de Maypú; era prusiano de nacimiento pero hijo de inglesa, había estado en el ejército francés, presenciado el incendio de Moscou y hecho prisionero en la retirada de Rusia; se le consideraba buen oficial de caballería. El coronel Charles había estado con sir Roberto Wilson y los soberanos aliados de Alemania, durante la campaña de 1813. Estuvo en las batallas de Dresde y Leipzig y era excelente oficial de ingenieros.

Puede mencionarse que los oficiales extranjeros que ayudaban a la causa patriota eran generalmente jóvenes de gran carácter y espíritu, y la mayor parte habían servido en ejércitos europeos. Hacían muchos elogios del valor y solidez de las tropas argentino-chilenas; efectivamente, nada puede estar más lejos de la verdad, que la opinión prevalente en Europa acerca del estado semisalvaje e indisciplinado de los ejércitos sudamericanos. Los soldados estaban sumamente bien vestidos de uniforme azul con adornos rojos y pantalones ajustados azules, grises o blancos; y en días de parada, he visto desfilar regimientos que no hubieran desmerecido en las Tullerías o Hyde Park. Los ascensos no son tan rápidos como podía imaginarse y a los oficiales extranjeros, a menos de un mérito extraordinario, les es tan difícil conseguir promociones como en su propio país. Se sigue la táctica española.

Al detallar hechos me cuido de no «disminuir o despreciar nada con malicia», y de acuerdo con este principio, relataré un incidente sucedido en Valparaíso, en septiembre de 1818, en momentos que por

negocios me encontraba en aquella ciudad, de modo que fui testigo presencial. Yo estaba parando en casa de mister Juan Callow, inglés, que tenía una especie de almacén naval. Callow era hombre de condición humilde que, con su industria, había adquirido pocos bienes y arrendaba uno de los más hermosos edificios de Valparaíso, donde tenía su negocio; había residido allí algún tiempo en compañía de su esposa, inglesa, y como no había fonda decente en el lugar, siempre me albergaban durante mi permanencia transitoria en este puerto.

En el tiempo a que me refiero, el coronel Blanco, a quien antes mencioné por haberse distinguido en la batalla de Maypú, había sido ascendido y venido a Valparaíso como comandante del ministerio de Marina de Chile; sucedió que su casa no llenaba sus deseos, y se le antojó la residencia de Callow, situada sobre la playa con vista a la linda bahía.

Una mañana temprano, antes de levantarme, mi huésped entró a mi cuarto, presa de gran miedo, con la cara alargada, y me dijo que acababa de recibir orden del comandante, para empaquetar sus trastes y desalojar en veinticuatro horas; y me preguntó qué haría. Le aconsejé no obedecer tan arbitraria imposición y, como le prometiese, si las cosas llegaban a mayores, que sometería el caso al Director Supremo, en Santiago, tuvo coraje para hacerse fuerte, y resolvió no entregar su ciudadela, en todo caso, hasta que consiguiése otro local conveniente para su negocio. Se envió al comandante respuesta de conformidad con esto, quien replicó que, si la casa no estaba desocupada a las cuatro del siguiente día, mandaría fuerza armada para expulsar a los moradores, *vi et armis*.

Nada más sucedió ese día, pero al siguiente mister y mistress Callow y yo comimos juntos, y apenas

se había levantado el mantel y brindado por el rey, cuando, mientras estábamos tranquilamente sentados, haciendo crujir nuestras nueces y discurriendo sobre la libertad de la vieja Inglaterra, entró una fila de mosqueteros bigotudos, encabezados por un sargento mulato, quien *sans cérémonie* hizo desaparecer la persona de mi digno huésped custodiada por dos esbirros. Al partir tan súbitamente el pelotón con su consorte, mistress Callow dió un chillido más penetrante haciendo estremecer el cielo raso. Hasta el moreno sargento se asustó y me dijo que lo sentía, pero que su orden era posesionarse del edificio y desalojar a los moradores; el comandante, sin embargo, había dispuesto que yo retendría mi cuarto mientras estuviese en Valparaíso; por consiguiente, coloqué allí, para asegurarlos, algunos objetos de valor pertenecientes a mi huésped, eché llave a la pieza y dejé la casa, guiando a mi desconsolada huésped, por las calles de Valparaíso, que lloraba como desconsolada hija de Sión, y la llevé donde mi amigo mister Brunster, confiándola al cuidado amable de su consorte, y luego subí a pie al fuerte para saber lo que había sido del marido. El centinela negro me presentó su bayoneta en la entrada, con las palabras mágicas «el inglés está incomunicado», que me hicieron dar media vuelta.

Cuando bajaba el cerro, vi a nuestro expeditivo comandante que paseaba por la playa acompañado de su ayudante el mayor Díaz. Me acerqué a los dos jefes y pedí me informasen qué «crimen había cometido mi paisano para ser aprisionado y privado de la libertad de defensa». El coronel Blanco dijo, algo irritado, que Callow se había rebelado contra las autoridades rehusándose a dejar la casa cuando se le ordenó; que si mi rey necesitase una casa en Inglaterra,

la tendría inmediatamente, y que él era el magistrado principal en Valparaíso y debía ser obedecido. Repliqué que Su Majestad, de quien tenía el honor de ser súbdito, nunca había desalojado a sus fieles vasallos de manera tan apresurada, que siempre les había concedido plazo para desalojo, conforme a derecho; y que frecuentemente, antes de tomar posesión, había satisfecho la rapacidad del vasallo obstinado dándole cuatro veces el valor de la propiedad. Apelé al mayor Díaz, que había estado en Inglaterra, para atestiguar la verdad de mi afirmación, lo que éste hizo inmediatamente. Entonces tuve permiso para visitar a Callow, y regresé al fuerte.

Encontré a mi digno huésped en el cuerpo de guardia, engrillado, en compañía de dos negros desertores. Estaba completamente abatido por arrebatársele así de las bendiciones del dulce hogar y tiernas simpatías de una esposa buena y afectiva. Le animé; díjele que se le consideraría mártir de la gloriosa causa de la libertad y de los derechos de los ingleses; le hablé de Hampden y Sidney (de paso, nombres que parecía oír por vez primera) y de las cosas pasmosas que el primer comandante inglés haría para enderezar el entuerto. Luego de animarle, abandoné el fuerte y redacté una protesta contra medidas tan rígidas aplicadas a nuestros compatriotas, que conseguí hacer firmar por todos los ingleses respetables de Valparaíso y Santiago. •

Callow fué puesto en libertad la misma tarde, pero sus mercaderías y muebles fueron sacados en montón, lo que le ocasionó pérdida cuantiosa, además de lesionar seriamente su negocio.

El capitán Shirreff, de la *Andromache*, llegó poco después, de estación, y se le sometió la causa; pero no obstante repetidas reclamaciones de este activo e

inteligente oficial al gobierno de Chile, no pudo conseguir más que la suma de cuatrocientos pesos para Callow, por todas las pérdidas y molestias que había sufrido, y todavía esa suma se le abonó en papel moneda chileno, que entonces tenía quebranto de 35 por 100. De este modo terminó este curioso asunto.

CAPÍTULO XII

Captura de la «*María Isabel*» y Transportes.—Lord y lady Cochrane.—El teatro en Santiago.—Monjas.—Indios peruanos.—Un fraile.—Ritos religiosos.—De Santiago a Mendoza.—Jornada por las Pampas y llegada a Buenos Aires.—Me embarco para Río Janeiro y arribo a Europa.

Poco después de la llegada de Blanco a Valparaíso, la escuadra chilena salió al mar, con propósito de interceptar la expedición española que se esperaba doblase el Cabo de Hornos. Se componía la flota del *San Martín*, 56 cañones; la *Chacabuco*, 20, y el *Araucano*, 16; los capitanes eran Wilkinson, Worster, Díaz y Morris; el comodoro Blanco tenía su insignia en el *San Martín*. La escuadra se hizo a la vela para Talcahuano y tuvo la suerte de encontrarse con la fragata española *María Isabel* que había custodiado el convoy desde España. El *San Martín* atracó al costado y le disparó una andanada que hizo abandonar el buque a los españoles, y el *San Martín* se apoderó de la nave, pero como ésta embarrancó, no sin gran dificultad se aseguró la presa y fué sacada del puerto. Siete transportes llegados sucesivamente, todos con tropas, fueron capturados frente a Talcahuano, y así fracasó la última expedición española al Perú. No se puede elogiar bastante al gobierno de O'Higgins por el apresto de la escuadra en este tiempo; considerando los muchos elementos heterogéneos

qué la formaban, sorprende lo bien que armonizaban. Había oficiales y marineros ingleses, norteamericanos y nativos, en todos los buques; sin embargo, actuaban siempre sin la mínima confusión. Grandes festejos se celebraron en Chile al conocer el fracaso de la expedición española, y la oportuna captura de tantos transportes fué recibida como don providencial. La escuadra también se reforzó con el *Galvarino* perteneciente al capitán Guise, que este oficial condujo desde Inglaterra armado y tripulado.

En noviembre arribaron el lord y la lady Cochrane a bordo de la *Rose*, capitán Illingsworth; su señoría había sido invitado por Irizarri, en Inglaterra, para tomar el mando de la escuadra chilena.

Vino a la capital y, después de alguna discusión, pues había un partido fuerte opuesto a todo almirante extranjero, San Martín arregló la disidencia, insistiendo en que a su señoría se le confiase el mando.

Cuando la lady Cochrane llegó por primera vez a Santiago, estaba en el apogeo de su belleza, y la impresión que produjo en los habitantes fué grandísima. Hasta entonces había prevalecido en Chile la opinión que las inglesas estaban muy lejos de ser bellas, y no es de maravillar si se consideran las muestras que habían tenido; pues los conocimientos llegaban solamente a mistress Black, esposa del sastre, y mistress Walker, que tenía hotel (ninguna se contaba entre las más favorecidas hijas de Eva, al menos en cuanto al aspecto) y, en ocasiones, aparecía la esposa de algún patrón o capitán de buque; por consiguiente, no tenían sino débil idea de la belleza y elegancia de las beldades británicas: Ahora no se engañaban, y se acuñía a las palabras: ¡Qué hermosa! ¡qué linda!, siempre que se hablase de su señoría. Ella, sin embargo, ofendió algo a los cabildantes que la visita-

ron oficialmente, cuando les expresó su disgusto por el humo de los cigarros que aquellos caballeros creen parte integrante de sus personas y rara vez están sin ellos en la boca.

Se levantó un teatro provisorio y se dieron representaciones diez y ocho noches, siendo actores algunos españoles prisioneros de Maypú. Toda la disposición era muy buena y aunque la construcción era de madera con viga reforzada y atadas con coyundas, sin embargo, la sala era sólida y cómoda. La indumentaria de los actores se cuidaba mucho mejor de lo que era de esperar y algunos trajes eran muy costosos. La conducta del público era siempre muy tranquila y ordenada, pero se permitía fumar en los entreactos, aunque esto era de poquísima importancia, porque el único techo era la estrellada bóveda celeste, desde que nada sería mejor en clima tan benigno, de cielo sin nubes y luna clara y brillante. El único inconveniente de este teatro eran los soldados numerosos con sus grandes gorras, y mosquetés al hombro, de pie, separados como palillos de bolo, en distintos puntos de la platea, para guardar el orden e impedir la vista del proscenio.

Mucho se ha dicho de la grandé influencia del clero en Sud América, sobre todas las clases sociales; pero para probar que no se le tributa tan grandísima reverencia, extraeré de mi libro de apuntes la nota correspondiente al 29 de junio de 1818, cuando la pieza a que se refiere se representó en Santiago.

La intriga es muy sencilla, y, me atrevo a decir, fundada en hechos. Un clérigo, confesor de una dama, se enamora perdidamente y ella le corresponde. El marido golpea la puerta cuando están en conferencia; el cura se oculta hasta que ella imagina un pretexto para hacer salir otra vez al marido; sin em-

bargo, como podría volver pronto, en el ínterin, viste al cura de santo y lo hace párar sobre una mesa. Al retorno del marido, encuentra a su esposa arrodillada ante la imagen y se deleita por su piedad. La imagen, según él cree, representa un santo de orden muy elevado, y también pídele una gracia, y entonces el clérigo le dice que lo lleve en procesión al convento. El hombre sale corriendo para volver poco después con sus vecinos y organizar la procesión; cantan y observan todos los ritos requeridos, cuando el alcalde del distrito, atraído por el ruido, entra y ve la impositura; inmediatamente descubre al cura que, como recompensa, recibe morruda paliza del populacho. Tal es la reseña de una pieza que vi, realmente, representar después de un día de gran procesión.

¶ Daré ahora idea de una farsa sudamericana, que también presencié. Un cazador aparece en busca de caza, con una dama que se supone su esposa. Cazan un pájaro, y muy naturalmente se sientan juntos para preparar un manjar; ella se encarga de desplumarlo y él sale un momento. Aparece un indio que desea ganarse las buenas gracias de la dama; se hace el amable de la manera más civilizada posible, cuando el marido vuelve e inmediatamente mata de un tiro al galán, y la dama sale. El cazador, no sabiendo qué hacer con el cadáver, lo coloca parado en posición fantástica, y se va. El deán entra luego y viendo que el indio no le rinde ningún respeto, dale un puntapié que derriba el cadáver. El clérigo cree que ha matado al indio, pero se consuela diciendo que es de suponer ha ido al diablo, pues no era cristiano; después de esto, cae el telón y así concluyé este precioso *morceau*. En el mismo teatro vi representar el Otelo de Shakespeare, en español, sin nada de original, excepto el rostro negro de Otelo y la asfixia de Desdémona.

Hay tres conventos de monjas en Santiago, siendo el mayor el de las Catalinas; aquí pueden verse las monjas una vez al año, al través de un enrejado que hay al costado de la iglesia; el jueves santo se congregan para cantar detrás del enrejado y como un amigo me pidiese acompañarle a presenciar la ceremonia, nos dirigimos al monasterio de las Catalinas. En el camino, iba entregado a muchas reflexiones graves sobre la utilidad de estas instituciones, mezcladas con alguna pena de que tanta juventud, inocencia y hermosura estuviesen condenadas a «perdersé en la sombría soledad claustral», en vez de quedar en el mundo para gracia y adorno de la sociedad. Consideraba cuántas habían sido obligadas a tomar el velo por el capricho de padres crueles y entontecidas por la zozobra, o mortificadas por el amor sin esperanza. Quizás, pensaba, haya alguna con todo el talento y belleza de una Eloísa, condenada a pasar sus años venideros en rígida vigilia, oración y abstinencia.

Con estos pensamientos entré al templo y me acerqué al enrejado; inmediatamente mi fantasía recibió un choque repentino, y mi conmiseración por el destino de las damas gradualmente se fué a pique; había como cuarenta caras—¡pero qué caras! la mayor parte eran viejas, y no vi, en todo el conjunto, una sola en cuyo favor me sintiese dispuesto a escalar un muro o romper un cerrojo.

Al fin empezó el canto; era un chillido tan extraño y discordante, que me enervaba. Aun sin ser gran perito en música, no obstante, como me gusta un poco, tomé mi sombrero y salí de la iglesia con la resolución firme de jamás ir a un convento de monjas en busca de lo sublime y bello.

En mis viajes frecuentes a Valparaíso, a veces tenía que sufrir en el villorrio de Curacaví, a medio ca-

mino entre el puerto y la capital, donde un indio atendía una especie de fonda ; era áborigen del Perú y solía jactarse de tener en sus venas alguna sangre de los Incas ; era muy estudioso, y además del quichua, leía y escribía latín y castellano. Aunque de casi ochenta años, se había casado con una joven criolla de que tenía dos hijas hermosísimas. Gustábasele hablar de la historia, pero su tema favorito eran las cruzadas ; y una vez me preguntó si yo había visto la espada con que Ricardo Corazón de León mataba paganos ; ante mi respuesta afirmativa asegurándole que era larguísima, me dijo que iría a Inglaterra para verla. Jamás llenó su deseo porque una mañana amaneció muerto en su silla con los anteojos sobre la nariz, un cigarro en la boca y una Biblia latina en la mano.

En la aldea de Renca, como a legua y media de Santiago, residía un hombre corpulento, robusto y de cabeza redonda que era capellán o cura del lugar ; era compañero muy jovial y, contrariando los dogmas de su profesión, tenía las costumbres más belicosas, pues en muchas ocasiones cuando la causa patriota peligraba, había tirado la sobrepelliz y acaudillado una partida de guerrilleros ; también se había distinguido en la batalla de Maypú. Me gustaba la sociedad de este clérigo de buen humor y solía ir a caballo para comer en su compañía. El ayuno no era su fuerte, pues comía carne en cuaresma y su bebida no era del arroyo ; su conversación se inclinaba más a asuntos de riña y batalla que a todo lo relacionado con su pacífica vocación. Con frecuencia se lamentaba de que no se otorgase al clero católico el privilegio del matrimonio. « ¡ Cuán contrario a la naturaleza, decía, es condenar a un hombre de corazón vigoroso, como yo, a celibato perpetuo ! Nada he encontrado

en el antiguo o nuevo testamento, para sostener esta ley, y creo que debe ser equivocada»; agregando: «y en ese particular me agrada más su religión»; afirmación de que estaba perfectamente persuadido en mis adentros, pues se murmuraba en la aldea que había varios chicos en la parroquia que tenían algo más que semejanza casual con mi santo amigo. Me recordaba a fray Tuck de Robin Hood, por su aspecto y afición a las cosas buenas de la vida, y un día le di la historia de este personaje terrible; le divirtió mucho y reíase cordialmente de la comparación. Era tolerablemente bien instruído, había visto bastante mundo, y su rebaño le respetaba mucho, porque siempre se conducía con la majestad conveniente.

El carnaval de Santiago era acompañado de la usual confusión, jarana y chanza que caracterizan esa diversión religiosa de los países católico-romanos. Un día, durante la Cuaresma, mi amigo el capellán me invitó a venir y presenciar una ceremonia que iba a celebrarse en su diócesis. Como doscientas mujeres de todos los rangos habían estado confinadas nueve días en el templo, haciendo penitencia todo el tiempo—a esto llamaban *ejercicios*—. Con el constante rezar, cantar y ayunar, llegaron a tal punto de entusiasmo, que, en verdad, ofrecían el espectáculo más extraordinario que yo haya presenciado. Estaban conmigo varios amigos ingleses y cuando nos paramos cerca de la iglesia oíamos los chillidos y sollozos mujeriegos mucho antes de abrirse las puertas; pero en el instante que se abrieron, toda la congregación se precipitó afuera con cabellos sueltos sobre los hombros, algunas llorando y golpeando y retorciéndose las manos, y otras chillando lastimosamente; en efecto, estaban en tal estado de frenesí, que era deplorable verlas. Sus amigos las esperaban en la puerta y

las tomaban a medida que salían para llevarlas a casa; algunas subían en calesas, otras a caballo, y otras eran conducidas caminando a las aldeas; de este modo, en una hora, estas devotas extrañas estuvieron todas dispersas y bajo la protección de sus amigos.

La misma tarde, en la misma aldea, unos cincuenta hombres, con sábanas alrededor de sus lomos por toda indumentaria, recorrían la plaza, azotándose hasta que de sus espaldas corría sangre muy copiosa; algunos caminaban con grillos en las piernas, y gemían cuando se propinaban los disciplinazos. El aparato que usaban era algo semejante a látigo de contramaestre, pero algunos tenían clavos en la punta de la azotera; había una gran imagen de la Virgen María en la plaza, a la que se acercaban y rezaban. Esta penitencia es en conmemoración de los sufrimientos de nuestro Salvador en el camino del Calvario.

No pude menos de expresar al capellán mi disgusto por tal espectáculo, y su respuesta fué: «¡Bah! ¡Bah! la mayor parte son bribones terribles y merecen ser ahorcados por sus crímenes.» Como él había tenido tan recientemente la dirección de sus conciencias no insistí, ni habría relatado los dos hechos precedentes por simples oídas, o sin «el testimonio sensible y verdadero de mis ojos».

Luego de vendido todo el cargamento y remitido el producto a los dueños en Inglaterra, y como no tuviese noticia de mis comitentes durante más de doce meses a pesar de haber permanecido en Chile arriba de año y medio, una mañana, hallándome entre la espada y la pared (pues estaba afeitándome), se me ocurrió resucitar y volver a mi tierra natal para ver los amigos vivientes y saber quiénes habían fallecido. El día siguiente, en consecuencia, contraté un

guía bien conocido, de nombre Morales, hombre buen conocedor de los caminos, no del mundo, sino de la Cordillera y las Pampas, y el 1.º de junio de 1819 estuve otra vez en la cumbre de los Andes entre cóndores y guanacos.

Al cuarto día de mi partida de Chile llegué a Mendoza. El general San Martín residía allí hacía varios meses; había intentado atravesar las Pampas para ir a Buenos Aires; pero casi cayó en manos de José Miguel Carrera (1) que correteaba en las llanuras con una banda de forajidos; en consecuencia, vióse obligado a regresar a Mendoza. Había numerosas intrigas políticas por aquel tiempo, tanto en Chile como en Buenos Aires, y San Martín se disgustó tanto con la falta de cooperación que había encontrado, que renunció a todo mando, y se había presentado en Mendoza vestido de paisano. A la sazón estaba postrado, gravemente enfermo, en aquella ciudad.

Antes de salir de Santiago yo había recibido dos cartas de altos funcionarios militares y civiles, amigos de San Martín, con la prevención de entregarlas a San Martín en manos propias, o, en caso de haber muerto, destruirlas.

Llegando a Mendoza fui a su casa, y, al informar de mi asunto al general Quintana, se me introdujo al dormitorio del general.

(1) José Miguel Carrera, en venganza de la ejecución de sus hermanos, reclutó un cuerpo de montoneros en las Pampas, donde mantuvo una guerra desoladora a fuego y espada; una vez tomó la ciudad de Buenos Aires: al fin fué derrotado y hecho prisionero cerca de Mendoza, y ejecutado en la plaza de aquella ciudad, en el mismo punto donde sus dos hermanos menores encontraron su destino, cinco años antes. Cuando sus amigos subieron al poder en Chile, hicieron exhumar los cadáveres de los tres para llevarlos a Santiago donde fueron enterrados con honores militares.

Encontré al héroe de Maypú en su lecho de enfermo, y con aspecto tan pálido y enflaquecido, que a no ser por el brillo de sus ojos difícilmente le habría reconocido: me recibió con una sonrisa lánguida y extendió la mano para darme la bienvenida. Al entregarle las cartas se sentó en la cama para leerlas; pareció que el contenido dábale gran placer y se las pasó a Quintana quien, después de leerlas, meneó la cabeza en señal de aprobación; y se me pidió que volviera antes de abandonar Mendoza.

Poco después, el general San Martín recibió el mando del ejército de Chile y organizó la invasión al Perú; entonces tenía 44 años de edad. Es natural del interior; su padre fué gobernador de una provincia en Sud América y, San Martín, siendo joven, fué enviado a España para educarse. Entró al ejército español y sirvió a las órdenes de Wellington en España y estuvo en Bailén incorporado al regimiento de Murcia (1), cuando capituló el ejército francés del general Dupont; fué ayudante del marqués Solano, y a duras penas escapó de ser masacrado por las turbas cuando lo fué ese noble en Cádiz.

Sentí mucho saber que hacía poco tiempo una grave aflicción doméstica había destruído la felicidad de mi estimable amigo don Manuel. Parece que había tenido motivos para desconfiar de la fidelidad de su esposa, que tenía amores con un oficial; mediante una estratagema pudo descubrir la presencia del amante en el dormitorio de la esposa, y, armado, entró súbitamente; erró fuego la primera pistola apuntada a la esposa, pero el amante se interpuso y recibió en el pecho el contenido de la segunda, desplomándose inmediatamente. Le llevaron esa noche a

(1) El original dice Burgos.—N. del T.

la policía, pero al comprobar el caso, fué absuelto (1).

Cumpliendo lo prometido, visité al general San Martín y me confió cartas para su señora en Buenos Aires y para varios de sus amigos; luego me despedí del general.

Al cuarto día de mi arribo, Morales y yo alquilamos caballos y una vez más dije adiós a la dulce Mendoza; el alquiler de un caballo desde este lugar a la Punta de San Luis es un real por legua, pero desde allí a Buenos Aires, la mitad. En beneficio del viajero, haré breve bosquejo de esta jornada tal como lo encuentro escrito en mi libro de notas.

La primera parte del camino es de arena y en algunos lugares muy pedregosa. Llegamos al Alto de Coria, cinco leguas; apenas nos detuvieron un minuto y seguimos a la Retama, lindo pueblito. Aquí se revisó mi equipaje por los empleados de aduana; después seguimos al Arroyo de Chacón, nueve leguas más adelante; a esta estación llegamos a las nueve, completando así veintiuna leguas desde las dos de la tarde. Nuevamente en camino al venir el día, hicimos seis leguas hasta las Catitas, antes de almorzar; esta posta es choza miserable; de allí a la Dormida, seis leguas; nueve a Corocorte; nueve a Corral de Cuero, y once al Desaguadero. En todas estas etapas los caballos fueron excelentes y este día ade-

(1) Seis años después de este suceso volví a ver a don Manuel en Mendoza; su hija se había convertido en joven interesante y hacía los honores de la mesa paterna con gracia singular. La madre estaba en un convento desde el hecho que se acaba de mencionar. Don Manuel murió al año siguiente y mandó venir a su esposa junto al lecho de muerte, para perdonarla: esto fué quizás para poder morir en paz o probablemente para evitar cualesquier pendencias sobre los bienes de familia. Murió en 1828.

lanté cuarenta y una leguas. Proseguimos con arreo de algunos caballos para pasar la Travesía y llegué a la Punta de San Luis al obscurecer.

En la Punta, encontré a Monteagudo y don Manuel Sarratea, que estaban desterrados. Algunos meses antes había tenido lugar la masacre terrible de todos los jefes superiores tomados prisioneros en Maypú; entre ellos el general Ordóñez, Primo de Rivera, Morgado, etc., hasta completar treinta, que habían sucumbido a manos de los vecinos o sido fusilados después. El gobernador, Dupuy, afirmaba que estos caballeros españoles habían atentado contra su vida, se tocó somatén y se dió alarma de que los prisioneros españoles intentaban sublevarse, y en seguida los vecinos salieron de sus casas y mataron a todos los españoles desgraciados que encontraron a su paso. Pocos que se habían escondido fueron denunciados el día siguiente y Monteagudo fué nombrado juez; los condenó a muerte y se les fusiló. La noche de mi llegada, tomé café con Monteagudo y me acompañó hasta la casa de posta para recoger «Los Poemas de Osían», en inglés, que le había ofrecido para endulzar su destierro. En el camino me narró la historia de esta matanza y me dijo que seis de los jefes principales habían ido armados a casa del gobernador para asesinarle, pero debido a la destreza de Dupuy y haber conseguido auxilio oportuno, los asaltantes fueron matados; decía que todos los españoles habían estado en el complot para matar a Dupuy, a él y otros, y apoderarse de San Luis; en consecuencia, los había condenado a muerte. Caminábamos cruzando la plaza a la luz de la luna, y apuntando a una esquina, dijo: «Ese es el lugar en que hice despachar a los godos.»

Monteagudo era hombre de talento superior; ha-

bía viajado por Europa y estado en Inglaterra; escribía y hablaba con facilidad francés e inglés. Cuando San Martín era Protector del Perú fué ministro de la Guerra, en Lima, y poco después fué asesinado en la calle por un asalariado que le atravesó el corazón de una puñalada. Monteagudo era natural de Salta.

A las cuatro de la mañana siguiente partí de San Luis para el Río Quinto, distante doce leguas; de allí seguí al Morro, doce leguas; luego al Portezuelo, siete; en seguida a Achiras, cinco, donde dormimos. En este lugar vi un baile gauchesco; los bailarines estaban endomingados y desplegaban grande agilidad y gracia natural, si se considera que nunca habían visto bailar a la Noblet. Eran gentes joviales; todas las jóyenes tocaban la guitarra y la acompañaban con canciones, algunas de amor, pero no puedo decir gran cosa de su ejecución. Sin embargo, reproduciré, verbatim, las palabras de una canción entonada con aire lastimero. «Ven, amor mío, y déjame contemplar esos grandes ojos negros; tan hermosos, tan ardientes y brillantes, que solamente se burlan de mí, y, sin embargo, sus rayos me asesinan.» También oí el último lamento de un zagal moribundo, que no obstante concluía en estilo más alegre, algo semejante a nuestro «Oh, Sally Brown, oh, Sally Brown! How could you use me so?» (1). Las melodías de estas sirenas pamperas, no encontraron en mí un Telémaco, pues, la mañana siguiente, al despuntar el día, estaba a caballo en camino para Barranquita, distante cinco leguas—allí el terreno deja de ser montuoso—; de Barranquita, seguimos al Alto del Molle,

(1) ¡Oh, loco Brown, oh loco Brown, ! ¡cómo podías tratarme así?

cuatro leguas más, y después a Tambo; luego al Corral de Barrancas, tres, y llegamos a Santa Bárbara esa tarde. La noche fué muy desagradable, pero nos dimos maña para conseguir chupe de gallina y huevos.

Nos levantamos antes de aclarar, y llegamos a la Punta del Agua, distante cinco leguas, al salir el sol. Seis leguas más nos llevaron a la Cañada de Lucas, donde los caminos son generalmente malos por la cantidad de agua y estaban peores entonces por las lluvias copiosas. A Cabral hay seis leguas, y ocho hasta la Esquina de Medrano, esta última etapa fué en extremo desagradable, y, como llovía a cántaros, llegamos destilando agua a la Esquina, cerca de la Herradura, donde las tropas de Buenos Aires y los montoneros hacía muy poco habían combatido; los últimos fueron derrotados por el coronel Bustos. La mañana siguiente tomamos caballos de posta por los que el propietario nos hizo pagar doble tarifa, alegando la dificultad de los tiempos, y seguimos adelante hasta Tres Cruces, cuatro leguas; de allí proseguimos al Fraile Muerto, y después al Zanjón. Aquí encontramos que, a consecuencia de las depredaciones cometidas por los montoneros en esta región, los maestros de postas estaban casi desprovistos de caballos, y los pasajeros sometidos a grandes imposiciones, pues aprovechaban esta circunstancia para alquilar caballos a precio caprichoso. Un inglés que encontré allí, en camino para Chile, me aseguró que se le había obligado a pagar setenta y dos pesos extra por una distancia de pocas leguas. Por consiguiente, convine con dos gauchos, uno hermano del maestro de posta, que me llevasen desde Tres Cruces hasta Aréco, distancia de cuarenta y cinco leguas, por cuarenta pesos, equivalente al décuplo del precio habi-

tual. Por tanto, se procuraron unos treinta caballos para el equipaje, mi sirviente y yo, y salimos del Fraile Muerto como a las seis de la tarde. Después de marchar pocas horas, nos vimos forzados a vivaquear en pleno campo, asegurando nuestros guías ser imposible conseguir pasto para los caballos si seguíamos más adelante. En esta estación (junio) las noches de la pampa son intensamente frías. No desembalamos el equipaje y dormí envuelto en el poncho, encima del almafres, y desperté por la mañana casi helado.

El Fraile Muerto es aldea grande de muchas chozas y cabañas confundidas sin ningún orden o trazo, y acababa de ser teatro de la guerra entre las tropas de Buenos Aires y los montoneros santafecinos y Artigas. El general Belgrano había hecho adelantar al coronel Bustos con un batallón de seiscientas plazas para apoderarse del Fraile Muerto, lo que ese oficial cumplió; pero los montoneros y algunas tropas de Artigas que se les habían reunido, sitiaron el lugar durante algunas semanas con intención de rendir la guarnición por hambre. El coronel Bustos fortificó todas las calles con carros y carretas atados unos con otros, y mantuvo constantemente sus tropas al abrigo; no obstante, escaseaban ya las provisiones, cuando el general Belgrano avanzó en su auxilio con todo el ejército. Al acercarse el general, los montoneros intentaron tomar por asalto Fraile Muerto; atacaron con cerca de tres mil hombres, pero fueron derrotados con pérdida de trescientos a cuatrocientos, mientras las pérdidas de Buenos Aires solamente fueron veintitrés. Muchas casas habían sido perforadas por balas de cañón, y la que me albergó había sido objetivo del ataque.

Apenas habíamos andado dos leguas, por la ma-

ñana, cuando encontramos toda la fuerza del general Belgrano, compuesta de tres mil hombres, en camino al interior. Los soldados iban en estado lastimoso, muchos descalzos y vestidos de harapos, y como el aire matutino era penetrante, pasaban tiritando de frío cual espectros vivientes. El general no había montado todavía a caballo; se hallaba en la posta y me invitó a participar de su almuerzo. Fué muy afable, especialmente después de saber que yo era inglés; pues él también había viajado en Europa y estado en Inglaterra, y me pidió dar recuerdos a míster Hullet, de Sydenham Grove; para cumplir aprovechó esta primera, aunque tardía, oportunidad.* Le hice saber noticias de Chile, y le informé que el lord Cochrane había ido a Payta, en busca de la escuadra española, y, en su ausencia, el almirante Blanco había levantado el bloqueo de Lima y regresado a Valparaíso. Esta afirmación pareció sorprenderle, y se expresó como si fuese desatinada la conducta del almirante en aquella ocasión; sin embargo, me dijo, en inglés: «What can you expect from us; we must commit blunders, for we are the sons of Spaniards, and no better than they are» (1). El coronel Bustos, que también almorzaba con nosotros, parecía hombre inteligente.

Belgrano nació en Buenos Aires y tenía reputación de ser muy instruído, pero no fué general afortunado. Entonces, debido a su debilidad, no podía montar a caballo sin ayuda extraña, y no parecía capaz del esfuerzo requerido para la guerra en las Pampas. Su persona era grande y pesada, pero tenía un hermoso rostro italiano.

(1) ¿Qué puede usted esperar de nosotros? Debemos cometer desatinos, pues somos hijos de españoles, y no mejores que ellos.

El general me informó que sus soldados iban tan escasos de ropa, porque se había suspendido la remisión de auxilios de Buenos Aires, pues el gobierno temía que cayesen en manos del enemigo. Se había negociado una tregua de ocho días entre los beligerantes hasta que llegase de Buenos Aires contestación a algunas proposiciones. Me preguntó mi ruta, y me aconsejó ir por territorio de los indios, pero le informé de mi arreglo con los gauchos. « Bien—díjome—, son gente salvaje, pero mi nombre quizás pueda servir a usted », y me extendió un pasaporte por si encontraba alguna guerrilla de Buenos Aires; sin embargo, no me dió cartas para esa ciudad, por temor que fueran interceptadas por el enemigo.

Las Pampas, en esta época, gracias a la guerra civil entre Buenos Aires y Santa Fe y la Banda Oriental, estaban en estado de gran desamparo; los correos interrumpidos, los caballos llevados, y cometidas todas las devastaciones, de modo que se me aconsejó no intentar la jornada; pero, ya tan lejos, decidí aventurarme y llegar, si era posible, a Buenos Aires. En consecuencia, tan pronto como mi sirviente y guías estuvieron listos, una vez más proseguimos nuestro camino y llegamos al Saladillo, río hondo pero no muy ancho; mientras lo pasábamos a nado uno de los guías casi fué arrebatado del caballo por la rápida corriente; sin embargo, llegamos a la posta de Lobatón; aquí hicimos noche, y antes de aclarar volvimos a marchar adelante.

Como a dos leguas de Cruz Alta, vimos un grupo de veinticinco jinetes galopando hacia nosotros y, al aproximarse más, se vió que eran gauchos armados. Cuando llegaron, inmediatamente nos arrestaron e intimaron que diésemos cuenta de quiénes éramos a su « Jefe », que se hallaba a media legua del camino;

allá fuimos y le encontramos a caballo. Era un montonero con aspecto muy lejos de imponente; sabía que varios de mis compatriotas a veces habían sido tomados y retenidos en el interior durante años debido a las camorras de partido en las Pampas; así, no me sentí muy seguro de recuperar la libertad. Este jefe, que era hombre alto y robusto, con rostro salvaje, y largo cabello negro colgando con profusión sobre los hombros, usaba un pañuelo de Madrás en la cabeza y gran sombrero gacho de vicuña; también llevaba poncho, pero sus pantalones eran de paño azul fino y tenía un espadín, objetos ambos que habían sido últimamente robados de un convoy. Me interrogó con voz sévera y penetrante acerca de quién era, qué hacía en las Pampas, de dónde venía y adónde iba; respondí que era un comerciante inglés que venía con mi sirviente desde Chile, que las postas estaban desprovistas de caballos y había contratado dos guías para atravesar el país, y que iba a Londres y me enorgullecería de ser portador de cualquier comunicación para aquel destino. Pareció complacerle mucho el ofrecimiento y me pidió el pasaporte; alcancé el que me habían dado en Chile, lo miró con aparente atención (teniéndolo, sin embargo, patas arriba) y pareció muy satisfecho, lo dobló y me lo entregó diciendo, «corriente, amigo, vaya usted con Dios»; en seguida me toqué el sombrero e inmediatamente me alejé.

Aunque había mantenido perfecta compostura en presencia de este jefe de brigantes, sin embargo, dudo que alguna vez haya sentido mayor alegría que cuando él y sus bandidos quedaron dos leguas atrás, y, por si cambiaba su opinión y mi ruta al mismo tiempo, apresuramos el paso e hicimos esa tarde algunas leguas más de las pensadas.

Al siguiente día seguimos por campo todavía más

inundado; los caballos en algunos sitios marchaban leguas enteras con el agua a la ranilla, y donde ésta se había retirado los caminos eran muy resbalosos, de modo que mi caballo costaló tirándome con gran violencia y, como llevaba puesto el cinto, caí sobre una pistola y recibí contusión grave en el costado. No pude volver a montar y me llevaron a un rancho cercano. No hay cirujanos ni médicos en la Pampa, y mi sirviente Morales hizo de sanguijuela; el único remedio fué frotarme el costado con aguardiente; sin embargo, aquí, en un rancho miserable, con el techo que todo se llovía, lo que hizo necesario varias veces cambiar mi cama para conseguir un rincón seco, recibí de una familia gaucha hospitalidad y bondad, que no pueden menos de contrastar con el trato muy diferente que antes había encontrado cuando me enfermé en tierra civilizada.

Al otro día pude montar a caballo, pero continué dolorido el resto del viaje. Aquella tarde llegamos al punto convenido con los guías y los despaché con propina por su demora accidental. Luego alquilamos caballos en la forma corriente y pasé por Arroyo de Pavón, Arroyo del Medio, Ramallo, Fontezuela, Arrecifes, Chacras de Ayala, Arroyo de López, etc., a la villa Luján, y de allí al Puente de Márquez.

No llegamos al último lugar hasta la puesta del sol, y no pudimos conseguir caballos para ir a Buenos Aires la misma tarde.

En esta posta encontré un joven francés, quien me dijo que acababa de llegar de Europa para alistarse en el ejército patriota, e iba a incorporarse al ejército de Belgrano. Cenamos juntos una mulita asada que tiene sabor de lechón.

El día siguiente, domingo 20 de junio, llegué a Buenos Aires, y paré en la fonda de los Tres Reyes.

Mi sirviente, Morales, durante el viaje me había hecho algunas preguntas sobre el viejo mundo y ahora se ofrecía para acompañarme a Londres en calidad de cochero; pero díjele que antes de llegar a Inglaterra había suprimido el carruaje y no pensaba volver a tenerlo cuando regresase; pero que, si cambiaba de parecer, le llamaría; esta respuesta le satisfizo, y nos separamos.

Estuve dos meses en Buenos Aires, a causa de algunos negocios, y habiendo recibido en este intervalo carta de Inglaterra induciéndome a visitar los Brasi-les, mi amigo el capitán T. Gordon Falcón, del *Tyne*, me ofreció bondadosamente pasaje hasta Río de Janeiro y tomé ese barco de guerra el 3 de septiembre, segundo aniversario de mi primera llegada a Buenos Aires:

El *Tyne* fué a Montevideo, donde vientos contrarios lo hicieron demorar una semana, lo que me valió ver esa ciudad. Es interesante por la manera valerosa con que fué tomada por nuestras tropas en 1807, así como por su belleza. Se levanta sobre una loma coronada por la iglesia; y es muy fortificada. Ciertamente para los legos en asuntos militares ha de parecer sorprendente cómo pudo ser tomada por asalto en el punto que lo hicieron los ingleses. Los portugueses estaban posesionados de Montevideo en el tiempo a que me refiero y el general Lecor lo ocupaba con cuatro mil hombres más o menos; las familias españolas hallábanse muy disminuídas por esa causa y me dijeron que la ciudad estaba en plena decadencia; porque se hacía muy poco comercio a consecuencia de la situación incierta de la Banda Oriental. Artigas estaba entonces en guerra con Portugal; al mismo tiempo que con Buenos Aires.

No podía menos de lamentar que esta bella ciudad no hubiese sido conservada por Inglaterra, cuando se apoderó de ella, pues habría sido tan valiosa como llave del Río de la Plata, y causaba sorpresa que hubiera sido entregada por la capitulación de Buenos Aires; corre también que, cuando se estaban redactando las bases de la capitulación, al incluir la rendición de Montevideo, alguien observó: «¿Cree usted que los ingleses son tan tontos que abandonen Montevideo?» Y otro replicó: «Nada se pierde con pedir.» Se puso, en consecuencia, la cláusula y luego fué aceptada.

El vigésimo día a contar de mi partida de Buenos Aires, el *Tyne* arribó a Río de Janeiro, después de un viaje feliz, en que recibí toda clase de atenciones del capitán Falcón y los oficiales de a bordo. No intentaré describir la metrópoli de los Brasiles, pues ya se han publicado muchas descripciones, pero diré solamente que quien tenga tiempo desocupado, vale la pena lo emplee en cruzar el Atlántico, solamente para ver su bahía magnífica.

En dos días terminé mis asuntos en Río de Janeiro, y me embarqué para Inglaterra en el bergantín mercante *Lascelles*, cuya cámara olía a alquitrán y agua de pantoque, y su carga de algodón contribuía a mantener el barco deliciosamente caliente mientras estuve en los trópicos. De este viaje diré solamente que casi morí de hambre pues los víveres frescos se consumieron en diez días y nada quedó sino mala galleta y carne de puerco enmohecida; algún vino Oporto que llevaba conmigo y galleta me sirvieron de alimento más de cincuenta días; por fin, el 3 de diciembre de 1819 arribé a los Bajíos, el mismo día desembarqué en Deal y en los Tres Reyes reanudé mi

relación con el *roast beef* de la vieja Inglaterra. Después de comer me instalé en la diligencia correo y por la mañana temprano fui despertado por el conductor, de un profundo sueño, y me encontré enfrente del Correo Real, en Lombard Street.

CAPÍTULO XIII

Viaje a Buenos Aires y Valparaíso.—Progresos de Chile.—
Baños de Cauquenes.—Vuelta a Inglaterra.

Después de permanecer en Inglaterra alrededor de seis meses, resolví volver al Nuevo Mundo y fleté el bergantín *Enterprise*, que se cargó de mercaderías a mi consignación, y me embarqué el 10 de agosto, 1820, en Gravessend, para Valparaíso. No es necesario enumerar los halagos de larga navegación en cáscara de nuez, pues nadie que haya tenido ese placer lo olvidará fácilmente. El capitán ignorante y el más vulgar piloto se sientan a comer en mangas de camisa; sopa de alverjas y rebanadas de tocino, con galleta que ha disfrutado dos veces los privilegios del horno; la conversación en la mesa de «oficiales» que versa generalmente sobre temas tan interesantes como el *tremendo* tiempo que encontraron una vez junto a la costa de sotavento frente a Portugal, o el riesgo que corrieron una noche obscura, cuando soplabla el huracán, de extraviarse en la corriente del Golfo, metiéndose en el escollo de Diana, en las Antillas; sin toldos en los trópicos, pues el armador no había provisto la lona suficiente para el barco; cubierta grasienta donde se anda con peligro de las extremidades, o si, sentado uno en la carroza, las piernas son atacadas por picotazos de gallina medio muertas de hambre; cámara calurosa y la cama sin hacer porque

el camarero está a cargo del timón ; éstos son algunos de los *agrémens* que brinda « el mar de azul intenso » ; sin embargo, como es absolutamente necesario atravesar embarcado el Océano, mis lectores concluyan que todas estas cosas fueron soportadas con la filosofía más inquebrantable, y después supónganme de nuevo anclado en la rada exterior de Buenos Aires.

A poco de llegar recibí comunicación de mi amigo el juez Prevost, ministro de los Estados Unidos, pidiéndome pasaje por el Cabo de Hornos, en el bergantín, y avisándome se encontraba en balizas interiores a bordo del buque norteamericano adonde pocos días antes había sido expulsado de Buenos Aires. Me consideré feliz de recibir a este caballero e inmediatamente envié un bote para traerlo. Al parecer había sido desterrado de la capital del Plata a causa de la graciosa costumbre que tenía, durante las disensiones civiles ocurridas pocos meses antes en aquella ciudad, de abrir su ventana todas las mañanas y preguntar al primer transeunte: *¿Quién manda hoy?* Pregunta de ningún modo superflua donde los gobernadores se mantenían generalmente pocos días en su puesto. No obstante, uno de estos caballeros, más sensible que los otros, en conocimiento de esta particularidad del juez, mandóle venir a su presencia y le intimó abandonar el territorio dentro de cuatro horas, y como no podr ir a Chile por tierra, temeroso de topar con José Miguel Carrera y sus montoneros, buscó refugio en buque de su nacionalidad. No quise permitir que el capitán bajase a tierra con los papeles para no pagar derechos de tránsito por el cargamento, y, en consecuencia, después de hacerlo yo para orientarme y encontrar el país todavía muy agitado por las disensiones de partido, volví a bordo el día siguiente y destiné el barco para Valparaíso.

Pocos días antes de mi arribo se había librado batalla en las calles de Buenos Aires entre los Colorados y los ciudadanos, que terminó con muerte de trescientos hombres, en la plaza y calles adyacentes.

La tarde de mi embarque levamos anclas y navegamos río abajo con intención de entrar al mar por el canal del sur; a la noche fondeamos frente a Punta de Indio y aquí, cuando teníamos solamente la guardia del río, cuatro de nuestros mejores marineros creyeron más oportuno desaparecer con el bote del capitán y se fueron a tierra despidiéndose a la francesa. La misma noche se levantó un violento pampero, tan recio que hizo imprescindible hacerse al mar; por consiguiente, todos, incluso el juez y yo, ayudamos a levar anclas, salimos del río y el siguiente mediodía estábamos cincuenta millas afuera de la desembocadura.

Como íbamos tan escasos de gente, fué necesario consultar con los demás si deseaban llevar el barco por el Cabo de Hornos; reunimos a todos en la proa, y como deseaba ir directamente a Chile sin regresar a Montevideo para completar la tripulación, después de prometerles gratificación además de sus salarios, asintieron por unanimidad y tomamos el derrotero del Cabo. Eramos diez en todo, a saber: el juez y su sirviente, el capitán, dos pilotos, un médico (que venía de Inglaterra en calidad de pasajero), un vigía, un cocinero, un muchacho y yo; no obstante esta tripulación reducida, hicimos lo que se considera el viaje más peligroso del mundo, encargándose voluntariamente los pilotos de trepar las jarcias para tomar rizos.

Gobernamos entre las Malvinas y tierra firme y, con tiempo bueno y despejado, el 14 alcanzamos lo que se llama el promontorio tempestuoso del Cabo de

Hornos, navegando junto a la isla Diego Ramírez, y esperábamos al día siguiente hacer rumbo Oeste, es decir, entrar al Pacífico, cuando se levantó tormenta del Noroeste que nos llevó trescientas millas a sotavento y corrieron veintidós días antes que volviésemos a avistar Diego Ramírez. Durante esas tres semanas, con poca intermitencia, el tiempo fué tempestuoso; el camarero y el muchacho se enfermaron con la inclemencia del tiempo y el trabajo duro. Vime obligado a halar los cabos y timonear porque los otros casi no podían más, y el juez Prévost, en realidad, contribuyó a disponer el buque para seguridad de todos.

Nuestro cocinero era hombre de estatura y fuerza de gigante, tanto como excelente marinero, y subía a la arboladura, tomaba rizos y manejaba las velas, siéndonos de mucha utilidad. Por fin llegamos al tranquilo Pacífico, y el 23 de diciembre, 1820, con 135 días de navegación, entramos a la bahía de Valparaíso.

Llegados a Chile encontramos el público ansiosísimo de saber la suerte corrida por la expedición que se había hecho a la vela en junio para desembarcar en el Perú. La componían cinco mil hombres al mando del general San Martín, y se encontraba entonces acampada a cuatro leguas de Lima. Esta expedición, que no se había aprestado sin grandes esfuerzos por la escasez de fondos en las arcas públicas, al fin se realizó con ayuda de los comerciantes extranjeros que suministraron «lo necesario», haciendo un empréstito liberal al gobierno chileno. El lord Cochrane en aquel tiempo bloqueaba Lima.

Valparaíso había progresado notablemente desde mi primera visita; se habían establecido muchas casas de comercio pertenecientes a ingleses y norteamer-

ricos. El juez Prevost y yo, el día siguiente de nuestro arribo, nos encaminamos para la capital.

En Casa Blanca, un inglés ex camarero de barco había instalado posada y en un tablero se leían pintadas las siguientes palabras en inglés: « Alojamiento. Buenas camas para caballero y su caballo. » Esta curiosa muestra colgaba del tope de un palo alto, al lado del camino; paramos en la casa y la encontramos bien provista de alimentos y licores. Todo progresaba en el camino de la capital; los ranchos eran más limpios y mejor amueblados, y también se podía conseguir te o café en la mayor parte de las postas. En Navidad comimos en Pudaguel un poco de charqui de cabra, y por la tarde llegamos con felicidad a Santiago.

En los tres días siguientes vendí todo el cargamento por mucho más del precio de factura; pero como el monto era subido, fué necesario hacer grandes créditos.

Durante mi primera residencia en el país no había tenido tiempo para hacer ningún viaje de observación al Norte o Sur, pero ahora, no teniendo ocupación, en grata compañía me dirigí cuarenta leguas al Sur, por razones de salud, y visité los baños térmales de Cauquenes, famosos por sus virtudes curativas.

Los sirvientes se adelantaron para prepararnos alojamiento y en el camino nos sorprendió la belleza de las haciendas a que los dueños con frecuencia nos invitaban, de manera que en toda la jornada nada hubimos de pagar. Quienes hayan visitado estos baños recordarán la generosidad de don Antonio Valenzuela cuya amplia casa y linda hacienda, cerca de Rancagua, están siempre abiertas para el viajero; este caballero nos ofreció una comida muy suntuosa,

compuesta con profusión de todo lo bueno que producía el país, y varias clases de vinos.

Durante esta mi permanencia en Chile, llegaron noticias importantes sobre la toma de Lima por el ejército patriota. Los festejos fueron muy grandes y celebróse el acontecimiento con banquetes y luminarias. Los ingleses tenían a la sazón una numerosa escuadra en Valparaíso al mando de sir Tomás Hardy; y tanto este jefe, como el Hon. R. C. Spencer, el Hon. Orlando Bridgeman y el capitán D. O'Brien, estaban en Santiago. En efecto, fué gran suerte que los marinos enviados por nuestro gobierno a este país hasta entonces desconocido, fuesen jefes tan bien dotados para fomentar los intereses británicos por la habilidad que demostraron en tratar con el gobierno chileno. En muchos casos se requirió firmeza al mismo tiempo que flexibilidad para impedir la imposición de exacciones injustas sobre la propiedad de los comerciantes ingleses, y los oficiales mencionados, no solamente se desempeñaron a satisfacción, sino que, por su conducta caballerosa en la vida privada, coadyuvaron a producir en los chilenos una impresión favorable de «los ingleses»; sus nombres, como también los de Bowles, Shirreff, Falcon, Hall, etc., viven todavía en la memoria de los santiaguinos.

Terminados satisfactoriamente mis negocios, resolví retornar a Inglaterra. El Hon. Roberto Spencer, del barco de Su Majestad *Owen Glendower*, estaba entonces en Valparaíso y, muy cortésmente, me ofreció pasaje en su fragata. Fueron también compañeros de viaje algunos españoles de Lima, en cuyo obsequio el capitán Spencer, con mucha humanidad, se privó de comodidades, alojándolos en su cámara, para que regresasen a la tierra natal. Entre estos pasajeros se contaban el general Ricaforte, coronel del

regimiento de Burgos, don Antonio, juez de Lima, la marquesa de Cáceres y varias damas españolas.

La *Owen Glendower* zarpó de Valparaíso el 10 de octubre, 1821, y después de agradabilísimo viaje por el Cabo de Hornos, a los 35 días fondeamos en el puerto de Río de Janeiro, donde bajaron a tierra los pasajeros españoles para reembarcarse con rumbo directo a Cádiz. Seis días después la *Owen Glendower* volvió a hacerse al mar y con una travesía deliciosa, 140 días después de la salida de Valparaíso, fondeó en Spithead, saludó a la capitana y el saludo fué contestado, y luego, en bote de la fragata, bajé a tierra en Portsmouth.

Sería injusto con mis sentimientos si no aprovechase esta oportunidad para constatar la manera espléndida con que fuí tratado a bordo por el Hon. sir Roberto Spencer y todos los oficiales del baroo.

Antes de terminar este capítulo debo hacer algunas observaciones sobre las opiniones de alguna gente que, teniendo constantemente ante los ojos «el derecho divino», abriga la idea que, por causa de las luchas civiles en las nuevas repúblicas de Sud América, si España fuese capaz alguna vez de enviar tropas a aquel país, reconquistaría sus antiguas colonias; esta opinión es errónea. Poca duda cabe que si el gobierno español, al principio de la Revolución, hubiese mostrado disposiciones conciliatorias hacia los criollos, España habría conservado su dominio colonial; pero, cuando el pueblo reclamaba únicamente sus derechos, se inició persecución furiosa contra los desgraciados colonos y fué sometido el país entero a la ley marcial; y las crueldades extremadas que los jefes españoles infligieron a los habitantes, contribuyeron a cortar las únicas ligaduras remanentes entre España y los sentimientos morales de los americanos.

Los nombres de Morillo, Morales, Tristán, Marcó, Osorio, etc., están escritos con letras de sangre en todas esas comarcas y sus hechos han separado por siempre de la metrópoli estas valiosas colonias. El espíritu de independencia « señor de corazón leonino y mirada de águila » hoy está demasiado profundamente arraigado en esas repúblicas para admitir siquiera la posibilidad de que el pueblo recaiga en la antigua esclavitud y, aunque las primeras páginas de su historia estén desfiguradas con narraciones de luchas intestinas, todos los partidos coinciden firmemente en la resolución de no someterse jamás a ningún yugo extranjero.

CAPÍTULO XIV

Vuelta a Buenos Aires.—La guerra civil.—Córdoba.—Mendoza.

A fines de 1824, asuntos comerciales hicieron absolutamente necesaria mi presencia en Sud América. Por tanto, el 24 de diciembre tomé la diligencia correo de Falmouth, pues determiné salir en el paquete inglés para Buenos Aires. Descendí en la excelente posada del Green Bank, tenida por Seely, y estuve allí hasta el 30, a espera de la orden de zarpar procedente del Almirantazgo. Por fin se anunció con un cañonazo del paquete la llegada de la orden, y media hora después estaba a bordo del *Lord Hobart*, capitán James. El tiempo alborotado y nublado, con viento fuerte del Sudoeste en la tarde, nos entró al canal de la Mancha; pero como arreció el vendaval, toda la noche se pasó en guerra de viento y ola, en que renunciábamos a tomar parte. Por la mañana nuestro maestro de embarcación decidió regresar al puerto, lo que se hizo con alguna dificultad, debido a la niebla y viento de proa, pero a eso de las 3 p. m. anclábamos de nuevo en la bahía de Falmouth y el capitán King, superintendente de los paquetes, mandó su bote a la orilla para recoger la valija postal. Aproveché esta oportunidad para desembarcar y disfruté la comida junto a una estufa inglesa. Habiendo, en ocasiones anteriores, encontrado satisfacción en anotar

los sucesos a medida que ocurrían, resolví esta vez ser más minucioso, pero como sé bien lo cansador que es para el lector en general la lectura de cosa tan señolienta como un libro de bitácora, profesional o particular, daré fechas sólo ocasionalmente.

Detenidos por falta de viento permanecemos hasta el segundo día (domingo por la mañana) cuando un emisario del capitán James me apuró a abandonar las sábanas al venir el día. Soplaban buen viento y no se perdió tiempo. La fragata *Astrea* disparó cañonazos de señales y la lanilla flameaba. Señal «ligero, más ligero». Pronto estuvimos a bordo, se levonon anclas y junto con otros dos paquetes británicos, al salir el sol, pasábamos las baterías semicirculares del castillo de San Dionisio.

Pasando por alto todos los detalles de calma, vendaval, brisa, chubasco y los bien sabidos caprichos de vientos y olas, simplemente mencionaré la deliciosa mañana en que nos alegró el grito de «tierra» y «todo va bien». En efecto, nuestro viaje nada tuvo de particular, fuera de ser terriblemente monótono. No vimos serpiente de mar, ni pulpo, ni el buque fantasma holandés, no obstante hallarnos en su latitud; ni tuvimos la buena suerte de topar con piratas, aunque nuestro paquete, a pesar de ser equipado para la paz, era suficientemente bien tripulado y armado para habérselas con la mayor parte de esos malvados del Océano; y nuestro capitán, por añadidura, era aguerrido, habiéndose distinguido muchas veces en la guerra americana. Todo pasó bien, sin embargo, y el 18 de febrero, con 47 días de navegación desde la salida de Falmouth, remontábamos el Río de la Plata cerca de Punta Piedras, y frente a la isla de Flores tomamos un práctico norteamericano de la com-

pañía recientemente establecida, que nos llevó a la rada exterior de Buenos Aires.

El domingo 20, como soplabá viento fresco, el práctico nos aconsejó no intentáramos bajar a tierra porque había marejada muy fuerte en la playa.

Lunes, 21.—Esta mañana calmó el viento y bajé a tierra no sin empaparme con la marejada. La ciudad de Buenos Aires en esta época estaba poseída de júbilo y alegría por la victoria de Ayacucho, golpe de gracia para el poder español en el Perú. Los nombres de Bolívar, Sucre, Córdoba, etc., aparecían *iluminados* en las paredes. Las fiestas duraron cinco semanas y pusieron de manifiesto todo el característico entusiasmo por la libertad con que los argentinos se han distinguido siempre. Mi amigo el general Las Heras, era gobernador y ostentaba pasable pompa mostrándose siempre en carruaje tirado por seis caballos y con escolta de caballería. Los comerciantes norteamericanos dieron un convite, al que asistí; sobrepasó en magnificencia a todo lo que hasta entonces había visto en Sud América y se celebró en el amplio edificio público del Consulado, cuyo espacioso patio se cubrió con toldo de lona. La iluminación de la casa entera, las suntuosas habitaciones para cenar, los departamentos de juegos y refrescos, el motivo de la fiesta y los numerosos concurrentes de primera sociedad, contribuían a dar gran realce al espectáculo. Creo que las portefías son las mujeres más graciosas para el baile que haya visto, y puedo referirme a mi opinión anterior sobre este punto que solamente tiende a confirmar la presente observación.

Los ingleses de Buenos Aires son muy hospitalarios y viven de manera excelente, y en todos los actos públicos, como el aquí mencionado, compiten con sus hermanos transatlánticos en manifestar sus sen-

timientos patrióticos; por tanto, también dieron una gran fiesta semejante a la aludida. No habían pasado muchos días cuando un amigo me invitó a ir a su quinta, para divertirnos cazando perdices. Sucedió que un jabalí se escapó de la piara que unos peones arreaban al mercado, y se refugió en un montecito de frutales. Se rodeó inmediatamente, y mientras todos armados esperábamos en las lindes del bosque, el jabalí salió de súbito. Al momento le hicimos fuego, pero sin resultado, y el animal rabioso se lanzó sobre un peón de mi amigo, desgarróle completamente el brazo y lo inutilizó en el sitio. La bestia fué asegurada después con un lazo.

Un cónsul y dos vicecónsules ingleses residían entonces en la Argentina. El primero, míster Woodbine Parish, recientemente había dado mucha satisfacción por su enérgica correspondencia con el doctor Francia, como se llama (aunque sería difícil saber dónde se doctoró) el bien conocido déspota paraguayo. Había retenido años varios ingleses y otros extranjeros que habían ido al Paraguay por negocios, recreo e investigación; y como no permitía comunicación con las otras provincias, puede imaginarse el sobresalto y pena de sus amigos al saberlos en poder de este bandolero. Varios nos encontrábamos un día comiendo con míster S... comerciante inglés, cuando entró un joven de poncho y grandes patillas negras y sin ceremonia saludó a míster S... en inglés: Tío, ¿no me conoce? Nuestro huésped, después de observar un rato la cara del recién venido, descubrió en realidad a su sobrino, que, siendo mozalbete, fué enviado río arriba a traer un cargamento de yerba mate y formó parte desde entonces de los detenidos, llegando esa misma tarde en buque parlamentario enviado del Paraguay. Se había habituado completa-

mente a las costumbres de los naturales y por su larga residencia parecía poco menos tan rudo y salvaje como ellos, habiendo casi olvidado su propio idioma.

Míster Parish, en sus cartas, hizo presente al doctor Francia que muy probablemente el gobierno inglés al fin intervendría en favor de los desgraciados que había aprisionado, y esto lo decidió a darles libertad junto con sus buques.

Recuerdo la historia curiosa del doctor Francia y un joven inglés cuyo nombre he olvidado, pero que vino de Liverpool con un cargamento de mercaderías y remontó el Río de la Plata. Fué, como de costumbre, tomado y detenido, pero, por su versación en filosofía natural y química, se congració tanto con Francia que le permitió salir con un cargamento de yerba mate que le produjo mucho dinero. Hizo un segundo viaje y, como antes, se le permitió regresar. Hecha su fortuna con estos dos viajes, sus amigos le aconsejaron no retornar al Paraguay, pero dijo que había empeñado su palabra de volver y la cumpliría. Días antes de su proyectada partida se le notó muy abstraído y melancólico; nadie adivinaba el motivo; pero la víspera de salir el buque se separó del grupo de amigos con quienes comía, subió a la azotéa, se arrojó y quedó muerto sobre el pavimento.

Conforme a mi intento de visitar Chile y Perú, me preparé a cruzar las Pampas por tercera vez. En consecuencia, después de contratar un peón, salí a caballo de Buenos Aires el 15 de marzo. Nada me sucedió digno de mención, excepto que los caminos estaban muy resbalosos en los primeros cuatro días, a causa de las lluvias. No había cambio alguno en el aspecto de las costumbres y maneras de los habitantes, comparadas con las de ocho años atrás y, cuando mejor, no es sino fastidiosa tarea galopar de rancho a

rancho por llanuras tan sin atractivo como las Pampas, especialmente cuando ha pasado la novedad. La sola satisfacción de tal excursión (y ciertamente es muy grande) es el encanto indescriptible de libertad que sentís cuando vais bien montado por estas interminables llanuras. No hay pasaportes, ni preguntas, excépto por curiosidad, y éstas son muy pocas; pues en verdad los bárbaros tienen mucho menos esa calidad que cae en lote a los civilizados. Este, en mi concepto, es indudablemente el secreto encanto de viajar en las Pampas, porque se destruye toda satisfacción en la jornada, donde, como en Francia, el extranjero es obligado a sufrir estricta inspección, relativamente, cada pocas millas; como si, en tiempo de paz, un simple individuo fuese tan importante para cualquier gobierno bien ordenado. Al quinto día llegué a la Esquina de Medrano para almorzar. Es una de las postas más agradables del camino; el río Tercero serpea junto a la casa, que tiene detrás una hermosa huerta con fruta y legumbres, y muchos árboles en la orilla del río. Don F. Bustos, que tiene la posta, es un personaje muy atento e instruído. Me brindó almuerzo magnífico de gallinas, arroz, huevos, etc., que disfruté en el pórtico de la cabaña, pues ésta merece realmente ese nombre. Cerca de una legua de la Esquina, el camino se bifurca para Córdoba, y como había oído a menudo ponderar esa ciudad, sentí viva curiosidad de visitarla y manifesté mi intención a Bustos, que era cordobés. Díjome me daría carta para un tío suyo que residía allí, y, una vez escrita y consumidos los manjares, montamos a caballo y seguimos a la posta de la Herradura, primera en el camino de Córdoba. Apenas habíamos andado dos leguas llegamos a orillas del río Tercero, que es muy ancho y correntoso. La ribera opuesta es agra-

dable y cubierta de árboles y hay una isleta verdeante en el centro. Nos preparamos para cruzarlo, pero como era imposible que el caballo de carga nadase con el equipaje (compuesto de catre de campaña, cantina y maleta) sobre el lomo, me confundía sobre la manera de allanar estos inconvenientes, pues no había bote, balsa o canoa en el río. Sin embargo, la cosa se aclaró pronto, pues dos gauchos, que esperaban en la orilla se acercaron y extendiendo un gran cuero en el suelo levantaron las puntas, dándole forma de canasta, que echaron al agua, se puso dentro el equipaje y uno le ató con el lazo y cruzó el río nadando a caballo, arrastrando tras sí la pelota, que llegó a la otra orilla con perfecta seguridad; ni una gota de agua entró a embarcación tan sencilla y singularmente construída. Cuando el equipaje estuvo en tierra volvió para llevarme del mismo modo, pero preferí afrontar una buena chapuzada, nadando; así, después de pagarles un duro por el servicio, nadamos a caballo. Ahora nos encontramos en el lado de Córdoba, que es muy boscoso y el campo más fértil. Córdoba es famosa por sus ganados, los pastos son excelentes; el trébol es también muy abundante. La posta estaba junto al río. La dueña, que parecía tener alguna sangre de india en sus venas, era muy atenta, pero curiosa, lo que después encontré ser el rasgo distintivo de los cordobeses. En aquel tiempo, pocos ingleses habían andado por ese camino que, en breves meses, estaba destinado a llenarse con un ejército de comisionados, mineros y mineralogistas enviados por las compañías formadas en Londres para llevarse todo el oro y plata dejados por los españoles.

En la época de mi visita, sin embargo, un inglés despertaba curiosidad, pues yo y mi equipaje atraíamos la mirada de los nativos cuando adelantábamos

por el campo como un convoy. Los árboles, que están muy separados e interceptados a veces por pintorescos charcos formados por las lluvias, producen efecto muy agradable. En perspectiva, por la izquierda, aparece la cadena de cerros llamada el Morro, que era la primera tierra alta vista en el viaje. El segundo día, como a las doce, cuando íbamos por una llanura de inmensa extensión, díjome el guía que estábamos cerca de Córdoba. Miré, pero en vano, y como alcanzase mi vista millas a la redonda, imaginé que el hombre bromeaba, cuando, de repente, al llegar al bordé de un precipicio inmenso, divisé la ciudad en el centro del valle con un río que la rodeaba. Tenía aspecto muy agradable, con casas bien blanqueadas entremezcladas con proporcionado número de torres. Réalmente, es ciudad completamente española. Mientras descendíamos, la lluvia caía a torrentes y estábamos empapados: desde el segundo día de nuestra partida de Buenos Aires tuvimos la ventaja de andar constantemente mojados por la lluvia o por los ríos. La posta de Córdoba donde nos alojamos, es una gran habitación con piso de ladrillos cuadrados y totalmente desprovista de muebles. Sin embargo, una vez armado mi catre de campaña y sirviéndome de asiento la cantina, mandé al sirviente en busca de algo que comer. Pronto regresó con una tira de carne de una yarda de largo que preparó al punto, y tuvimos un plato sabroso. Me vestí para presentarme al gobernador, dirigiéndome al palacio, donde fui admitido por el centinela, y cuál no sería mi sorpresa agradable al encontrar que el grande hombre no era otro que el coronel Bustos, con quien había almorzado ocho años antes en las Pampas. Me conoció él primero y mencionó la circunstancia de nuestro encuentro. Después de darme la bienvenida más cordial,

me invitó a comer el siguiente día y me presentó a su señora. Las tertulias que dió en su casa durante mi breve estada en Córdoba siempre las recordaré como de las más placenteras a que asistí en Sud América. Córdoba tiene unos 16.000 habitantes; la plaza es grande y las casas hermosas, blanqueadas como antes dije, con puertas pintadas de verde. Las tiendas, que suben a unas 70, estaban repletas de artículos ingleses manufacturados de que los tenderos se proveen en Buenos Aires, adonde van generalmente una vez por año, y sus compras se transportan en carros. No hay una sola casa mayorista, ni extranjero de ninguna clase, excepto un médico francés.

El paseo, es el más lindo que he visto en Sud América; con lago artificial en el centro bordeado por doble fila de sauces, y en medio del agua se levanta un templete de estilo griego donde a veces toca la banda de música, y en aquellas suaves noches de luna que son comunes en estas tierras, bien puede imaginarse el efecto de la música en el agua; hay bancos de piedra para sentarse la gente, que se refresca con confites y dulces. No se visten tan bien como en Buenos Aires, pero se asemejan mucho, solamente quizás sean de piel más blanca. Las damas cordobesas son celebradas por sus virtudes domésticas así como por su belleza. Córdoba tenía un obispo enviado de España y había un colegio de jesuítas, pero hoy ocupa el edificio un colegio nacional; todos los estudiantes visten uniforme. Los templos son antiguos y malísimamente construídos, lo que desmejora su aspecto. Los suburbios están rodeados por casas de campo y jardines y, en conjunto, es el lugar tan agradable y dotado de tan lindo clima como otro cualquiera de Sud América. Mi acompañante Morales, mulato alto y eximio sirviente, que tenía familia en esta ve-

ciudad, se ausentó por tres días, lo que me ocasionó grandes inconvenientes; a su vuelta, le reprendí, y como me contestase con grande insolencia, le despedí. Resuelto a salir de Córdoba, sin embargo, era dudoso dónde encontraría otro capaz de hacer la jornada; me dirigí al gobernador y cortésmente me dijo que daría licencia a uno de sus dragones para acompañarme hasta Mendoza. Apareció el dragón de uniforme con sable al costado, pero no habiendo sido nunca sirviente estaba lejos de ser útil. Sin embargo, no hubo remedio; todo ya listo, me despedí del gobernador y de las relaciones que había hecho en Córdoba, y me dirigí a la primera posta del camino de Mendoza. Esta posta es Salida de Córdoba, pero el sitio es misérrimo; y una vieja sucia que caminaba apenas, la propietaria. El rancho es bajísimo y pequeño, y estaba lleno de cueros y leña, y *par préférence* dormí al aire libre.

Luego empecé a lamentarme de no haber vuelto a tomar a Morales, pues conocía el sujeto desde muchos años en Buenos Aires. Después de viajar con él en esta desolación, me parecía haber perdido un amigo y creía que mi conducta había sido más bien rígida, particularmente por ser su falta de poca consecuencia y muy excusable: él había pedido que lo volviese a tomar pero pagué por mi dignidad al encontrar muchas incomodidades por falta de Morales.

Me alegré cuando el sol despuntó en el horizonte y me despedí de este espectáculo de desdicha. Antes de partir la vieja me dijo, con lágrimas en los ojos, que había sido reducida a tal miseria por las atrocidades de José Miguel Carrera, cuando devastó el país con los llamados *montoneros*, que, en realidad, no eran más que grandes bandidos. Esta gente se conducía con los indefensos habitantes de las provincias

del modo más inhumano. Robaban todos los ganados y caballos; quemaban las habitaciones con sus escasos bienes y muebles y, a veces, mataban los hombres y violaban a las mujeres. Se componía de los más despreciables indios y criollos y de los hombres más depravados. También los acompañaban mujeres en sus excursiones de salteo y, se me ha dicho, eran las más salvajes del conjunto. Por todo el país, hasta llegar a Mendoza, se hablaba de los sangrientos hechos de Carrera.

El camino de la Salida al río Segundo es muy transitado por carretas y es desagradable cabalgar por una especie de espeso matorral, algo parecido a nuestros matorrales de uva espín. El río Segundo se retuerce lindamente por el campo que, en esta parte, es pintoresco y boscoso. La elevada sierra del Morro, extendiéndose por el Norte, imprime variedad al paisaje después de la eterna monotonía de las Pampas.

En la posta del río Segundo encontré un viejo paralítico rodeado de numerosa familia. También me refirió que había sido robado por Carrera de casi todo lo que poseía. Cercana a la casa había una especie de perrera que me llamó la atención, pues parecía estar acostado un hombre adentro. Al aproximarme, la pobre criatura levantó la cabeza y díjome era indio que había sido desde joven sirviente de la casa, pero doce años había estado tullido y en todo ese tiempo no se había movido de aquel sitio; por tanto, se había escapado a duras penas de ser matado por los montoneros que, no obstante su mísero estado, le habían puesto las puntas de los sables en el pescuezo para obligarlo a delatar el lugar donde la familia había ocultado su dinero, y solamente lo dejaron después de estropearlo gravemente a planazos. Iba ansioso de llegar a la conjunción de la ruta de Buenos Aires a

Mendoza, en Tegua, que me evitaría el camino ya recorrido además de ahorrarme muchas leguas, y contraté la conducción desde esta posta hasta la del *Salto*, diez leguas más allá, camino que se extiende por una región absolutamente poco frecuentada. Dos hijos del maestro de posta me acompañaron; eran en extremo atentos, carácter que encontré ser muy general en el campo, pero codiciosos y averiguadores. A las nueve de la noche llegamos al *Salto*. El maestro de posta entró y se acomodó como en su casa; su esposa, hijos, hijas, postillones y todo, se amontonaron como si nunca hubiesen visto un hombre blanco. En realidad el camino es tan poco frecuentado, que rara vez se ven pasajeros que no sean nativos en sus carretas. Dormí al aire libre, como de costumbre, pero el viento sopló tan fuerte esa noche, que mi cama se deshizo y salí rodando por el campo, viéndome forzado a refugiarme en la casa. El río Tercero corre cerca de esta posta, y donde teníamos que pasarlo, en tres brazos distintos, era tan ancho como el Támesis, en Richmond; aquí es también muy torrentoso, y como el agua estaba desusadamente crecida, había varios naturales en la orilla hesitando si debían entrar. Como estaba impaciente por llegar a mi destino, fuimos al vado, pero apenas había hecho medio camino cuando comencé a arrepentirme de mi temeridad. El río estaba tan crecido y eran tan numerosas las piedras sueltas, que los caballos a cada momento tropezaban y, si hubiesen caído, nos habría arrebatado la corriente; en efecto, muchos viajeros habían perecido de este modo en este mismo vado. Como antes dije, había tres brazos que cruzar, y el último era el peor. El plan más seguro es fijar los ojos en algún objeto de la banda opuesta, pues de mirar las aguas, al precipitarse con tal velocidad, puede pro-

ducirse vértigo; nosotros, sin embargo, fuimos bastante afortunados para, después de muchos resbalones, alcanzar tierra firme con felicidad. En el trayecto de las dos postas siguientes, entre *Salto* y *Tegua*, el país es accidentado y árido. Puesto el sol, ya de noche tarde, y cuando estábamos a unas cuatro leguas del camino principal, sufrió un accidente mi mula de carga; se aflojaron las cinchas y el animal enfurecido al sentir la carga mal equilibrada, comenzó a cocear furioso y concluyó con que la cantina y maleta casi se deshiciesen. La mula, desenredándose al fin, huyó y desapareció en la bruma nocturna. Mi dragón había desmontado para apaciguar la mula; pero, tan pronto como lo hizo, su caballo se apercibió de la desaparición de la mula y siguió su ejemplo, supongo que por amor de la compañía; así quedamos en medio de la pampa sin otra alternativa que vivaquear esa noche en la llanura, lo que en esta estación es nada agradable por el aire frío de la noche y el rocío. Habían corrido diez minutos desde este desastre cuando, en medio de nuestra perplejidad, súbitamente oímos cerca pisadas rápidas de caballos, aunque estaba tan oscuro que no distinguíamos ningún objeto. Saludamos en voz alta cuando pasaban de largo, lo que produjo el efecto deseado, pues al momento dos jinetes vinieron a galope junto a nosotros. Ambos eran gauchos jóvenes, a las claras de clase superior por la belleza de sus ponchos, botones de filigrana, grandes espuelas de plata y estribos del mismo metal y por los cojinillos de sus caballos. Les hice saber el dilema en que nos encontrábamos y les indiqué el rumbo tomado por los fugitivos; sin decir palabra, ambos se lanzaron en la dirección indicada, y no permanecimos en duda mucho tiempo, pues en diez minutos más tuvimos la satisfacción de verles

regresar, cada uno con un desertor enlazado. Solamente pude darles las gracias, pues ofrecerles dinero habría sido ofenderles, pero aceptaron algunos cigarrros habanos. Me dijeron que iban a un baile a once leguas de distancia, pero que estarían de vuelta al salir el sol. Por tanto, una vez que encendieron sus cigarrros nos dijeron adiós, metieron espuela a los caballos y se perdieron de vista en un momento.

Refirió esta anécdota para demostrar la clase de vida en apariencia salvaje que lleva a los gauchos a galopar veinte leguas, que para ellos solamente es distancia de hacer una visita nocturna. La gentileza mencionada en este caso es la que el extranjero encontrará en casi todo el país, de toda la gente.

La misma noche llegamos a Tambo, que está en el camino principal: aquí encontré un arriero que antes conocí en Mendoza, adonde se dirigía con su carga. Como me hallaba cordialmente fastidiado por la demora que el equipaje me había ocasionado, decidí proseguir solo; por consiguiente, después de apartar pocas cosas de uso inmediato, dejé lo demás al arriero, escoltado por el dragón, para conducirlo despacio hasta Mendoza, e inmediatamente seguí adelante con el postillón. El resto de la jornada se hizo con gran rapidez y el quinto día estuve felizmente instalado en Mendoza, mi vieja ciudad favorita.

Mendoza a la sazón había sido recientemente teatro de una de esas revoluciones periódicas que han hecho tan conspicuos a los nuevos estados sudamericanos y que, como no escapa al lector, ocurren, término medio, una vez por mes. El gobernador fué depuesto y los militares eran mandados por un negro que, de simple sargento, había subido al rango y título de general. Vi este jefe negro donde el gobernador. Era un africano alto, vigoroso, jetudo, motoso,

de la talla de Molineux. Vestía de general con linda chaqueta de paño azul bordada con hojas de roble en oro, faja blanca y roja de seda y dos enormes charreteras de oro; también usaba espuelas del mismo metal con bombacha blanca galoneada, *a la Turc.* Este fué el primer negro que alcanzó tal eminencia, y estremecía en el baile, donde el gobernador por la noche espiar a este varón ilustre valsando con una de las más cumplidas y ciertamente la más hermosa niña del salón: confieso que me produjo melancolía ver sus dedos negros extendidos y rodeando su forma de sílfide, mientras la hacía girar con un aire de insolente condescendencia. A tan viles arbitrios el espíritu de partido y la política hacen descender a la gente, esforzándose, en beneficio de miras personales, en colocar al mismo nivel de igualdad a individuos que evidentemente, por naturaleza, se entienden ser distintos.

Para algunos, todo sentimiento parece pueril o afectado; sin embargo, creo que hay momentos en que la inteligencia más obtusa y el corazón más duro se conmueven por algo semejante a esto. Mendoza, considerada siempre por mí como un pequeño paraíso, no fué ya lo mismo, a pesar que la ciudad había adelantado mucho, las calles eran mejores, había más extranjeros y (salvo las revoluciones) se veían todos los signos de su creciente prosperidad. Para explicar ésta paradoja he de observar que yo había estado en Mendoza seis años antes y, sin embargo, en ese breve tiempo había cambiado mucho. Algunos de mis lectores recordarán que muchos que solían congratularlos se han desvanecido, que muchas fisonomías de juventud y belleza con que antes estuvieron familiarizados, han huído a la tumba silenciosa. Breve tiempo se necesita para encontrar, al volver a lugar don-

dé otrora no conocimos sino el placer, las familias mudadas, los amigos idos y los mismos sitios de sus casas ocupados por extraños; sin embargo, hay una melancolía agradable en retornar a estos lugares cuando a la memoria

The cold—the changed—perchance the dead—*anew*,
The mourn'd, the loved, the lost—*too many!*—yet how few (1)

En el tiempo a que aludo, dos o tres ingleses residían en Mendoza y había también un norteamericano, quien me dijo vivía allí a causa de padecer de asma violenta y ser este lugar único donde había sentido alivio; su nombre era el doctor Ringold; antes había residido en esta ciudad y al volver a Boston, hallando que su dolencia se agravaba, hizo un segundo viaje a Mendoza con el único propósito de recobrar su salud, y ahora estaba relativamente bien. He oído hablar a varios médicos de la bondad de este clima para el asma; pero los naturales padecen de coto, dolencia muy desagradable aunque, creo, no peligrosa. Generalmente ataca la gente de edad avanzada, y a veces alcanza tal tamaño que repugna. Se supone originada esta enfermedad de beber agua fría proviniente de las nieves de la montaña por estar impregnadas de minerales. Es de notar que los hombres ni aproximadamente están tan expuestos a esta dolencia como las mujeres, en proporción inmensa.

Entre mis antiguos conocidos de Mendoza me alegró encontrar vivo a don Manuel Valenzuela. Quizá mis lectores recordarán la tragedia que le ocu-

(1) Por los esquivos, los cambiados, quizás los muertos, vuelven los llorados, los amados, los perdidos—¡demasiados aunque sean pocos!

rió ocho años atrás por la infidelidad de su esposa, quien, según supe, ahora residía en un convento. La hija de don Manuel vivía con su padre, que mantenía el mismo esplendor y hospitalidad que lo habían hecho tan afamado. Yo tenía *carte blanche* en su mesa, presidida por doña Isabel. Se había convertido en mujer graciosa e interesante, y de repente me sentí viejo recordando que esta joven encantadora era criatura cuando la vi en este mismo comedor. Don Manuel había cambiado mucho desde que lo conocí por vez primera. Estaba muy extenuado y, sea por enfermedad o aflicción, convertido en mera sombra de lo que había sido; toda su alegría anterior también le había abandonado. La tarde de mi partida fuimos a pasear en la Alameda y cuando nos separamos y le estreché la mano, sentí que era por última vez.

Así que llegó mi equipaje, despaché al dragón con un pequeño suplemento de salario y contraté un arriero que me llevase por la cordillera. La dificultad de encontrar un buen sirviente me decidió a pasarme sin él; en efecto, para el viajero práctico que tenga salud y soporte la fatiga, el sirviente es acaso un estorbo y se necesita poco o nada al cruzar las montañas, pues el arriero siempre tiene dos o tres peones cuyos servicios consisten sencillamente en traer agua, ensillar la mula y comer la mitad de vuestro avío. Habiendo dormido la noche antes en casa del arriero, a media legua de la ciudad, el domingo por la mañana iba en una mula trotona por la llanura salitrosa entre Mendoza y Villavicencio, bajo crueles rayos de sol otoñal. La estación era, sin embargo, propicia para atravesar la cordillera, y siguiendo sin demora por el camino de Uspallata, la quinta mañana entramos a Santiago.

CAPÍTULO XV

Chile.—Arica.—Quilca.—Los Granaderos a Caballo.—Arequipa.

El general O'Higgins, que disfrutó tantos años la confianza de los chilenos, había sido depuesto y desterrado. Imperaba orden de cosas completamente nuevo. La deuda nacional, incluyendo la de los tenedores de títulos en Londres, subía a siete millones de pesos; pero la renta apenas alcanzaba a satisfacer los gastos del Estado y se hablaba de confiscar los bienes eclesiásticos. Se había establecido un monopolio con nombre de «estanco» sobre el tabaco, vino, cerveza y naipes, con la condición que el concesionario monopolista remitiese regularmente el interés de la deuda nacional; pero tanto éste como todos los planes anteriores, fracasaron.

Comenzaba nueva era para Chile en abril de 1825. Varios comisionados llegaron al país procedentes de Londres para concertar y emprender negocios de minas en grande escala y con los métodos más perfeccionados. Mister Cameron, uno de ellos, había hecho ya su aparición en Santiago, con intención de poner en práctica inmediata los proyectos de su compañía. Los nativos, y también los ingleses allí residentes, difícilmente podían entonces comprender el sentido de aquellos proyectos magníficos que, antes de un año, abarcaron del modo más claro. Cada in-

dividuo hacía sus conjeturas al respecto, pero todos convenían que los planes eran los más admirables y prudentes que nunca se proyectaron.

Sin embargo, comò este tema no es muy agradable, me despediré de Chile que entonces estaba atestado de ingleses residentes, principalmente en Valparaíso; como cuatro mil habitaban aquel lugar que recuerdo haber conocido con solamente dos vecinos extranjeros.

Zarpé de Valparaíso el 26 de mayo, en un bergantín llegado de Londres a mi consignación y lo dirigí a la parte de la costa peruana llamada Puertos Intermedios, que entonces ofrecía perspectivas comerciales excelentes. Teníamos dos pasajeros ingleses: los señores Andrews y Kendall, el primero agente de la Compañía de Minas Peruano Chilena, quien iba al Perú para asegurar las célebres minas de Guantahaya. El viaje fué largo, pues dominaban tanto las calmas que estuvimos diez y seis días para recorrer una distancia que generalmente se hace en seis. Nos mantuvimos cerca de la costa áspera y estéril. El 10 de junio, con tiempo en calma y caluroso, entramos lentamente a la bahía de Arica. La entrada no es desagradable y la ciudad, de lejos, tiene aspecto que de más cerca no responde: hay cuatro iglesias y unas seiscientas casas. Una tirita verde contornea la playa más de dos millas y es el único signo de vegetación; el país atrás tiene aspecto muy desolado y triste; todos los cerros son de arena e irregularmente desparramados como cuevas de topos, de color obscuro; hay un morro en el extremo SO. que es blanco y contrasta completamente con los alrededores. Con la calma fuí a tierra en el bote. Aunque Arica sea el segundo puerto del Perú, la entrada es pobrísima; las casas son bajas, construídas de barro y cubiertas

del mismo material, de color obscuro sucio. Las puntas de los techos están frecuentemente ocupadas por gallinazos silenciosos, de modo que la imaginación se figura un gran cementerio, custodiado por estas aves de rapiña que se alimentan de carroña. Las aves acuáticas son pingüinos y petreles; miriadas de los últimos están constantemente aleteando cerca de la orilla. Al desembarcar vimos algunos infelices de aspecto miserable, agobiados por los achaques; algunos indios y mestizos del país; uno o dos soldados holgazanes asoleándose en la playa con la energía apenas suficiente para cumplir su consigna de formular las preguntas acostumbradas. Entrando en las calles, la escena de ningún modo cambia; todos los que se encuentran parecen víctimas de alguna enfermedad y uno imaginase caminar por lugar donde la peste hace estragos. Había pocos ingleses en Arica y en este tiempo todos más o menos estaban en la categoría de inválidos, por la fiebre aguda, enfermedad reinante en la costa del Perú.

Nuestra primera visita, fué al gobernador; estaba fumando un cigarrillo y usaba poncho ordinario; su casa no era mejor que las demás.

Nos recibió en la sala con piso de barro duro y muy desparejo; las paredés, de un blanco sucio, adornadas con pocos cuadros de marco negro. El cielo raso de cañas atadas y bastante fuerte para resistir el peso del barro del techo. Los temblores dominan mucho en el Perú y ninguna de estas casas tiene más de un piso. En el estrado se sentaba una dama, charlando familiarmente con el gobernador, y las pequeñas indirectas y alusiones que se cambiaban demostraban a las claras que no eran casados. Era pasablemente buena moza para el lugar, pero en cualquiera otro no pasaría por beldad. El secre-

tario del gobernador, que parecía un esqueleto apergaminado, ocupaba otro sitio del cuarto, con una gran mesa por delante, que como el arca de Goldsmith fué

Contrived a double debt to pay,—
For sleep by night, to scribble on by day. (1)

Este espectro flaco anotó nuestra filiación, edad, etcétera, y después de hacernos muchas preguntas relativas a nuestra ocupación, propósitos e intenciones en el Perú, que contestamos a su entera satisfacción, el gobernador firmó nuestros pasaportes poniendo un signo muy semejante a una parrilla, que se llama rúbrica, y luego nos retiramos. Míster Kendall pensaba seguir a Arequipa la misma tarde y se vió obligado a acudir al gobernador para que le proporcionase mulas: su alteza se las prometió, pues no solamente es director general de correos sino proveedor de gallinas, huevos o de cualquier cosa que necesiten los viajeros. Al intentar volver a bordo por la tarde, encontramos la marejada tan notablemente aumentada que nuestro bote no podía arriesgarse para venir a tierra y nos vimos precisados a usar balsa hecha de pieles de focas, tirantes e infladas cual vejigas, capaz de flotar sin peligro en la marejada más fuerte; el largo de la balsa es de nueve pies por seis de circunferencia. Se unen dos de éstas y se fija encima una especie de plataforma de caña. El aparato puede soportar dos personas. El indio que pilotea esta embarcación, va sentado delante y, con una pala doble, le imprime gran velocidad. Los pasajeros se

(1) Ideada para pagar una deuda doble,—dormir de noche y garabatear de día.

sientan de piernas cruzadas y, como el agua llega casi al nivel de la plataforma, el trasero tiene la ventaja de conservarse fresco, especialmente si el mar está ligeramente picado. Una vez fui sacado de una balsa en la playa por mal manejo, del Caronte y casi me ahogué con todo el peso de una gran ola que se quebró sobre nosotros y requirió esfuerzo considerable llegar a tierra con felicidad. Estuve seis días en Arica, esperando algunos informes, y me divertía paseando por las afueras reconociendo los alrededores que forman parte de la ciudad. El suelo al norte del poblado parece rico; sin embargo, es pantanoso, y los vapores que exhala se dice que producen tercianas agudas. Encontré algunos enormes huesos de ballena entre el ripio; la marejada, después de una brisa, es tremenda en la costa y estos monstruos del abismo son echados frecuentemente donde hay poca agua, no pueden salir y mueren golpeados contra las rocas. Cerca de Arica se encuentra el sitio de la ciudad antigua cuyos cimientos son bien visibles.

Arica es puerto de consumo muy limitado por ser reducida su población, pero entonces era desembarcadero de las mercaderías destinadas a Tacna, La Paz y más al interior, y ha progresado mucho en los últimos años, ciertamente no como mis lectores admitirán, según lo requería. Sin embargo, Cobija se ha hecho el puerto del Alto Perú, con mucho perjuicio de Arica.

Llegados mis esperados informes, resolví seguir a Quilca para descargar allí las mercaderías y llevarlas a Arequipa, ciudad de importancia considerable, treinta leguas al interior. En consecuencia, levamos anclas el 18 de junio y nos dirigimos a Quilca. Nada puede ser más fastidioso al viajero que navegar perezosamente al largo de esta costa desolada. La

vista de un barco, en tal caso, es grande alivio porque parece asegurarnos de no estar solo en el mundo. Al cuarto día echamos ancla frente a Quilca que no es más que una rada abierta. Aquí encontramos el barco de S. M. *Mersey* a cuyo bordo almorcé la mañana siguiente con el capitán Ferguson que deseaba visitar Arequipa y convinimos partir para esa ciudad el día siguiente. La entrada a lo que se llama Quilca es una caleta estrecha en cuyo interior hay siempre gran rompiente. El tener a Arica como lugar de miseria, solamente demuestra que juzgamos las cosas por comparación, pues Quilca pronto me convenció que en la profundidad más honda quizás haya otra más profunda. El lugar contiene solamente pocas chozas de indios y los habitantes «están sumidos en la pobreza hasta los mismos labios». Desafío que haya gente viviendo en grado de mayor miseria (1). Tropas de caballería argentina se hallaban entonces en Quilca para embarcarse con destino a Chile; eran el simple esqueleto del regimiento de Granaderos a Caballo, formado por el general San Martín, y que había combatido en todas las campañas de la Revolución; pero la guerra con España había terminado con la completa derrota del ejército realista, y el resto de las tropas argentinas y chilenas, mal pagadas, mal alimentadas, y en la máxima indisciplina se embarcaban para Chile en los transportes que esperaban en la rada.

Yo había comprado caballo y mula en Chile para mi uso y traídoslos en el bergantín, pues estos anima-

(1) Ahora ya no existe el puerto de Quilca, y lo reemplaza el nuevo y naciente puerto de Islay, diez leguas al este. El último tiene la ventaja de una bahía espaciosa, desembarcadero abrigado y estar más cerca del camino de Arequipa y es muy preferible a Quilca.

les son escasísimos y caros en el Perú; se llevaron atados del pescuezo al bote y nadaron con felicidad hasta la orilla. Después de haber estado confinados tanto tiempo a bordo, se alegraron sobremanera de volver a tierra y cabriolaron y cocieron de tal modo que pasó algún tiempo antes de apaciguarse para poderlos enfrenar.

Todo estaba listo para la partida, y el capitán Ferguson, míster Andrews y yo, el sirviente y el arriero, montados en mulas, salimos para Arequipa. Hay dos caminos de Quilca a Arequipa, uno por la aldea de Siguas y otro por la llanura de Pampas Coloradas y el valle llamado Los Infernos. Una montaña empinada se levanta junto a Quilca, que se sube en hora y media; arriba la llanura se extiende casi hasta Arequipa; pero es un arenal en que no se ve parche de vegetación y la arena es de blancura deslumbrante muy mala para la vista al menor viento, y cuando el día está sereno y un sol hirviente cae sobre la cabeza, excesivamente molesta. Innumerables montecillos de arena, formados por el viento, están desparramados en el llano; con frecuencia cambian de posición por el viento récio y borran todo trazo del camino. Los arrieros temen estos vientos, pues, una vez perdido el camino, es a menudo muy difícil y dudoso volverlo a tomar, y lo mismo sería hallarse en medio del desierto africano. Aquí, cuando se soporta un sol tropical ardiente, con las patas del caballo sumidas en la arena hasta la ranilla, con nada en que descansar los ojos fuera de esta fina arena blanca, limitada a lo lejos por rocas y montañas desiertas, filosofaba hasta dónde llega la avidez humana. La sola vista de esta región del Perú es bastante para apagar los bríos del más osado. La naturaleza parece haber colocado aquí sus tesoros minerales para

impedir que el hombre llegue a ellos; no alcanzo a comprender que ningún ser de inteligencia mediana, para acumular bienes que conseguiría en su país con la mitad de dificultades y privaciones, consienta en enterrarse vivo entre indios, privado de sociedad, a veces medio hambriento por falta de víveres, sujeto a un clima horrible, en peligro de atrapar perlesía en las minas, diariamente expuesto al riesgo de salir del mundo temblando en un ataque de calentura o expirar con los tormentos de una fiebre devoradora—, sin embargo, tal es el destino del minero blanco en esta comarca. Habíamos marchado por la llanura arenosa casi hasta ponerse el sol y todavía podíamos solamente percibir un espantoso desierto ante nosotros, limitado por la sierra, en distancia de veinte leguas, cuando súbitamente vimos que el guía que iba delante se detuvo. Al reunirnosle vimos que estaba al borde de una garganta de profundidad inmensa; al lado opuesto, a dos millas, estaba exactamente a nivel con el lugar donde nos encontrábamos. En el fondo corría un riachuelo, con orillas cubiertas de maíz, viñas y algunos frutales. El efecto de estos valles rodeados por espantoso arenal es tan agradable como debe ser una palmera o manantial cristalino en el desierto de Sáhara.

La villa de Siguas está mil pies abajo; después de seguir un angosto zig-zag que lleva al fondo del vallé, llegamos a una suerte de casa india, al obscurecer. Aquí conseguimos un par de pollos aderezados con maíz y papas; lámpara de barro alimentada con un poco de grasa derretida y mecha de algodón nos sirvió para alumbrarnos. Después de comer disfrutamos un sueño profundo. Por la mañana temprano, salimos del hondo vallé de Siguas y en media hora llegamos al llano superior. Hicimos una jornada

da semejante por la arena hasta llegar a Víctor que es precisamente igual al valle de Siguan, solamente mucho más grande y las comodidades quizás mejores. De Víctor a Ochamayo hay ocho leguas, y cuatro más a Arequipa. La divisamos primero desde junto a una gran cruz de piedra levantada a guisa de mojón y vimos una ciudad extensa con paredes blancas como nieve, brillando a los rayos de la luna llena. El efecto era bello. Entramos a Arequipa a las ocho y, por la brillantez de la luna, veíamos completamente las calles. Las de la entrada, en los arrabales, son muy angostas y tortuosas, pero una vez sobre el puente hay una gran *coup d'oeil* de la ciudad. Pasamos el puente y, a poco, estábamos felizmente alojados en mi casa pues por entonces tenía establecimiento comercial en Arequipa.

La ciudad es construída de piedra blanca, tan blanda que cuesta al obrero muy poco trabajo labrarla para construcción o molduras, y expuesta al aire se endurece, por lo que se dice ser más fácil edificar casa nueva que derribar una vieja. Las calles, como de costumbre en ciudades españolas, trazadas en ángulo recto, son bien pavimentadas pero no se conservan tan limpias como sería de desear, aunque el agua corre en las principales. La ciudad es mal iluminada, exceptuando las calles principales donde cada propietario está obligado a encender linterna en la puerta. La plaza es grande y allí se instala el mercado. Las casas, como las de Santiago, tienen gran portón que da al patio. Siendo escasa la madera, los techos son de bóveda de piedra, formando arco en cada habitación, lo que da a la mansión aspecto muy sombrío.

La guerra revolucionaria había pasado. El poder español fué aniquilado en Ayacucho, victoria decisi-

va en que el virrey, ocho generales y todos los oficiales cayeron prisioneros de los Independientes, y fueron enviados inmediatamente a España, bajo palabra. El único lugar en que la bandera real flameaba todavía eran los castillos del Callao, donde el general Rodil hacía el esfuerzo final por su país y, encerrado allí con seis mil hombres, estaba sitiado por mar y tierra.

El general Bolívar proseguía su jira triunfal desde Lima al Alto Perú hasta Chuquisaca; acababa de dejar Arequipa, camino de Potosí; en todas partes se le recibía con honores principescos; en la entrada de cada ciudad se erigían arcos triunfales y las damas de primer rango, vestidas de blanco, esparcían flores en el camino de su corcel cuando avanzaba. En Arequipa se fabricó especialmente una vajilla de oro puro para adornar su mesa en una gran fiesta dada por la municipalidad. Su nombre era tema de elogio universal en el lenguaje de sus aduladores, el Libertador poseía todo el genio militar de Napoleón, muchas más virtudes patrióticas que Washington y las habilidades de estadista de algún otro. En esta y otras fiestas de Arequipa, Puno, Oruro, La Paz, etc., se pronunciaban brindis improvisados en verso, largos como la balada «La caza azuzada» con nueve veces nueve «¡Hip! ¡hip! hurra» que sacudían los macizos edificios del Perú cual terremotos. Se le ofrecía el incienso y la adulación en todas partes, y los parásitos y buscadores de empleos derramaban a sus pies discursos hiperbólicos, pero Bolívar, que tenía penetración agudísima, sabía cómo apreciar la asquerosa lisonja de quienes, un año después, cuando dejó el país, le lanzaron todos los epítetos que el odio puede sugerir o el escándalo inventar; tan instable es la fama militar, tal la popularidad de la tur-

ba y así fué la gratitud que conquistó el Libertador en el Perú.

A la sazón era prefecto de Arequipa el general Antonio Gutiérrez de la Fuente, peruano, aunque decidido partidario de Bolívar; debió su elevación a sus propios méritos y a la circunstancia siguiente: Cuando San Martín, cansado de las facciones reinantes en Lima, abandonó la causa retirándose a la vida privada, Bolívar, que se había substituído al poder español en Quito y Guayaquil, fué invitado a cooperar en la emancipación del Perú, invitación que se apresuró a aceptar y, con su ejército, entró al Perú, por la provincia septentrional de Trujillo. Después de renunciar San Martín, surgió un aspirante al poder y fama militar, en la persona de Riva Agüero, primer magistrado de Lima, que, asumiendo el mando de las tropas peruanas, rehusó someterse a Bolívar. La Fuente era entonces coronel de caballería y, en previsión que la emancipación de su país sería acaso malograda, por este paso de Riva Agüero, arrestó a éste y lo entregó a Bolívar que, en consecuencia, hizo embarcar a Riva Agüero para Europa. La Fuente fué premiado por este servicio con el grado de brigadier general y de seguida con la prefectura de Arequipa. Muchos consideraron lo anterior como acción indisculpable de Fuente, quien para justificar su conducta, sostenía que las pretensiones de Riva Agüero eran perjudiciales a la causa independiente contra el enemigo común. Sea lo que fuere, el general La Fuente es hombre perspicaz, activo, sensible, en extremo diligente en los negocios y resultó prefecto excelente para Arequipa. Bajo su gobierno, los diversos departamentos civiles y militares, fueron hábilmente dirigidos y las finanzas provinciales mejoraron mucho. Se abrió el puerto nuevo de Islay y se construyeron adua-

nas allí y en Arica. Bajo sus auspicios también, se proyectó la grande obra de Vincacaya, para desviar un río situado a catorce leguas de Arequipa, mediante inmenso dique de sólida mampostería, con el propósito de irrigar una llanura estéril, como el desierto que la rodea, por falta de agua. Se dividieron los lotes y fueron vendidos en acciones de quinientos pesos que habilitaban al adquirente a tantos *topos* que, una vez con riego, decuplicarían aquel valor. La obra progresaba rápidamente, las acciones se vendían con gran premio y se calculaba que más de cien mil acres se harían así aptos para el cultivo.

Arequipa estaba particularmente alegre en este tiempo, debido en especial al número de militares allí acuartelados, los cuales, después del feliz éxito de una guerra larga y penosa, fueron recibidos con banquetes, bailes y otras diversiones. Las maneras y costumbres en estas fiestas no diferían esencialmente de las descritas antes al tratar de otras ciudades sudamericanas. Seis mil soldados colombianos estaban en el Perú; de éstos, tres regimientos acuartelados en Arequipa, junto con otros tantos peruanos en cuarteles separados.

Ya empezaban a manifestarse grandes rivalidades entre oficiales y soldados de ambos países. A los peruanos no les agradaba la presencia siquiera de una fuerza auxiliar, después de haberse conseguido el fin de la guerra, y decían que Bolívar debía cumplir la proclama, publicada al asumir el mando: que cuando terminase la guerra, se retiraría a Colombia, y no tomaría un solo grano de arena del Perú. Por otra parte, el gobierno peruano, mediante tratado, había convenido en indemnizar a Colombia todos los gastos de guerra y réemplazar hombre por hombre en las

filas colombianas, a los que habían caído en las campañas del Perú.

La última parte del tratado fué especialmente opresiva a los soldados peruanos incorporados al ejército colombiano para ser desterrados a país extraño; sin embargo, se efectuó esta rigurosa medida, en parte justificada como consecuencia de la disminuída población de Colombia a causa de las luchas heroicas y sangrientas por la independencia sudamericana. El gobierno peruano estaba apuradísimo en sus finanzas, el pago regular de las tropas atrasado, impago el bono de un millón de pesos votados para recompensar a los vencedores de Ayacucho, y para satisfacerlo se recurrió a hacer otro empréstito en Londres adonde se enviaron dos comisionados, los señores Olmedo y Paredes, con ese objeto. Se giraron letras por el ministro de Hacienda de Lima sobre aquellos caballeros así como sobre míster Juan P. Robertson, agente del gobierno, a cuenta de un empréstito anterior. Estos giros se distribuyeron en pago a los oficiales y los a cargo del último caballero se negociaron fácilmente por los comerciantes que pensaban hacer rápidas y provechosas remesas. Pocos meses después se recibieron noticias del pánico fatal de Londres y que los dividendos peruanos habían cesado de pagarse. El efecto de esta noticia extraordinaria e inesperada trajo una serie de desastres en el mundo comercial, que envolvió a casi todos los comerciantes extranjeros del Perú.

Un caballero, agente de compañía minera londinense, entonces residía en mi casa; su objeto era conseguir las minas célebres de Guantahaya pero se encontró con que habían sido comprometidas antes por un comerciante inglés muy influyente en Arequipa, míster Guillermo Hodgson, quien, por el arren-

damiento de ellas, pagó una fuerte suma en dinero adelantada a los propietarios, los Fuentes, en tiempos pasados la familia más opulenta de Arequipa, y Hodgson había transferido su arriendo por una gran cantidad al agente de otra compañía de Londres, m^{is}ter A. E. Robson que también había sido encargado por su compañía de adquirir el distrito de Guantahaya. Estas minas están al sur del Perú en el deslinde del desierto de Atacama y cerca de la costa.

El general Bolívar se hallaba por ese tiempo en Potosí y había formado de aquella y otras provincias del Alto Perú una república separada llamándola Bolivia, que encerraba la ciudad de Potosí, de larga fama.

Hay en Arequipa muchas familias de grande opulencia; la de Goyeneche es considerada como la más rica. La forman tres hermanos y una hermana. Uno es obispo, otro general al servicio de España y el tercero, comerciante. El padre se hizo rico muchos años ha, como tendero y adquiriendo tierras en las cercanías, cuyo valor ha aumentado enormemente. Como no hay bancos ni banqueros, la gente da dinero a interés o guarda el oro y plata en sacos de cuero cosidos y depositados en alguna pieza segura de sus moradas. Una vez, alguien envió a pedir prestados de un vecino un saco de duros; se accedió a su pedido cuando, con gran asombro del prestamista, se encontró que contenía doblones de oro en vez de pesos plata; naturalmente el saco se devolvió. Esto servirá para probar la riqueza de algunas casas. Pero más dinero se ha hecho en el comercio y el producido de propiedades que en minas.

Arequipa está todavía muy sujeta al dominio de clérigos, muchos de los que representan la ciudad en el congreso. De éstos, en este período, era Luna Pi-

zarro que por sus principios liberales había sido destruido de Lima. Uno de los grandes inconvenientes de la ciudad es el toque constante de campanas, en conventos e iglesias. Comienza a las dos y media de la mañana cuando los frailes se levantan para los rezos matutinos; y con muy poca interrupción tañen el día entero; y como hay los conventos de Santo Domingo, San Francisco, La Merced, San Juan de Dios y varios otros de menor categoría, además de monjes y la catedral en la plaza, el discordante retintín de tantas campanas a la vez, se concibe fácilmente.

Hay una casa de expósitos. Las mujeres de Arequipa no igualan en encantos personales a ningunas que haya visto en ciudades americanas; y al mismo tiempo hay una fascinación en ellas de que es difícil darse cuenta. Durante mi residencia de diez y nueve meses, casi la mitad de los ingleses (veinte en número) se habían casado o comprometido con damas arequipeñas.

Estaba construyéndose un panteón o cementerio a una legua de la ciudad, cuyo estilo era hermoso; ocupaba uno o dos acres, con compartimentos y nichos en el muro para poner cadáveres. El más desagradable reglamento con respecto a los protestantes o quienes no mueren en la fe católica, era prohibir enterrar los cuerpos en tierra consagrada; por tanto, en vez de sepultarlos en las iglesias, se llevaban a algún campo vecino. Como la clase baja cree que, cuando muere un inglés, sus amigos ponen provisiones y dinero en el ataúd que le sirvan para el largo viaje, nunca han dejado de desenterrar el cadáver para robar; y desengañados en cuanto a dinero han robado la mortaja del muerto y el paño negro del ataúd.

A pesar que la renta general del Perú no bastaba para los gastos del Estado, la de Arequipa florecía, y La Fuente remitía a Lima una cantidad crecida por trimestre.

Desde que los patriotas se apoderaron de Arequipa, los principales comerciantes españoles se vieron obligados a huir o permanecer ocultos en casa con sus bienes. A consecuencia de esto los principales compradores eran unos cincuenta tenderos que vivían simplemente de manos a boca; de modo que si no podían revender lo que compraban, o no eran bastante honrados para pagar las cuentas al vencimiento, el vendedor se veía precisado a esperar su comodidad; no había nada parecido a leyes de quiebra. El único remedio para el acreedor era trabar embargo en la tienda, lo que es a menudo un estorbo puesto en el camino, pues impide que el deudor venda nada. El juez de comercio casi siempre se inclina al lado del tendero, lo que está en su propio interés. El juez principal, cuando yo estaba en Arequipa, era un italiano y tenía tienda de lencería. Fué primero sirviente y barbero de un obispo consagrado en España, y en esa calidad acompañó a su reverencia al Perú; quien, para recompensar sus servicios, lo estableció de comerciante en América.

La conducción por tierra a lomo de mula desde Quilca a Arequipa es carísima; ningún vehículo puede recorrer esta ruta. A veces se usa un palanquín, dispuesto en dos mulas, una tras otra, con una vara larga a cada lado y en el centro suspendida la incómoda carga. Todos los bultos pesados de muebles se conducen de esta manera.

El día de Bolívar (28 de octubre) se celebró en Arequipa durante mi permanencia. Formaron de parada los regimientos en la plaza mayor e hicieron des-

cargas. El retrato del Libertador, adornado con laureles, fué paseado y cada oficial lo saludaba con la misma cortesía que si se tratase del original. Ocurrió algo curioso en esta ocasión. Cuando la procesión pasaba por la cárcel, situada en la plaza, un soldado negro condenado a muerte se precipitó y asió el retrato, gritando: « ¡estoy salvo ! » Se le ocurrió esto quizás por la regla del ejército que cuando un soldado va al sitio del suplicio, si consigue tomar la bandera de su regimiento, se le perdona. Sin embargo, aunque muchos se interesaron por salvar la vida del negro, nada se consiguió: la clase de su crimen merecía referirse. Un capitán de su regimiento se le acercó, estando de centinela, y le dijo que había algunas mercaderías en la aduana que le pertenecían y le daría seis pesos si le permitía llevárselas ocultamente. Consintió el soldado, y dos o tres cajones de mercaderías fueron llevados por el capitán. El robo se descubrió tres o cuatro días después; y ofreciéndose públicamente recompensa a quien delatase al culpable, se presentó una mujer y traicionó al capitán con quien vivía. Esta Millwood peruana denunció al hombre que había cometido un crimen para costear sus extravagancias.

Capitán y soldados fueron sometidos a consejo de guerra y condenados a muerte, y una semana después los vi fusilar. Fué de los más imponentes espectáculos que yo haya presenciado. Todas las tropas, que subían a tres mil hombres, formaron a las ocho de la mañana en la plaza, lugar señalado para la ejecución. Dos bandas de música tocaban a intervalos; por fin, la campana grande de la catedral empezó a doblar y los reos fueron sacados de la cárcel: el capitán estaba casi vencido y tan débil que no podía tenerse de pie sin ayuda: iban cuatro sacerdotes auxi-

liándole, y le ponían un crucifijo ante los ojos, y gritaban: « ¡amo a Dios! ¡creo en Dios! » que el reo repetía. Seguía el negro acompañado por sacerdotes, pero el contraste entre el porte de ambos era grandísimo. El soldado era de los más lindos negros que hubiese visto, de seis pies de alto; con aire marcial, altivo, avanzaba con paso firme a compás de la música que tocaba una marcha fúnebre. No hacía caso de los confesores, pero en ocasiones miraba a la redonda con porte digno, y distinguía sus amigos entre la multitud: cuando era traído a la plaza en que estaban las tropas, saludaba a los oficiales al pasar, despidiéndose de ellos: casi no había ojo seco en su regimiento. Llegando al banquillo fatal, rehusó sentarse, ni permitió le vendaran los ojos, sino que cuando tocaron atención con un redoble de tambor, se dirigió a la multitud en los siguientes términos: « Tengo veintiséis años de edad y he estado nueve años en el regimiento de rifles. Nunca cometí ningún crimen fuera del presente por el que perderé la vida. He desafiado la muerte en el campo de batalla y no temo ahora mirarla de frente. El único pesar que siento es verme obligado a morir en compañía del cobarde y bellaco que me ha acarreado esta desgracia. » Al pronunciar la última palabra señaló a su compañero de suplicio que estaba sentado en el banquillo con los ojos vendados y tan débil que parecía ya muerto, y se encaró con el pelotón encargado de fusilarlo. En un segundo se oyó la descarga fatal y cuando se disipó el humo, vi el cadáver en el suelo; su compañero estaba también muerto, pero no había caído del banquillo al que estaba atado. Las bandas luego tocaron un aire alegre y todas las tropas desfilaron ante los cadáveres y luego marcharon a sus cuarteles. A la media hora llegó una carreta en busca

de los cuerpos, se los cargó y fueron sacados de la ciudad y sepultados.

Tanto los regimientos colombianos como los peruanos en Arequipa estaban bien vestidos, y en alto grado de disciplina; hacían frecuentemente ejercicio en la plaza y ofrecían lindo aspecto marcial. El uniforme de infantería y caballería es generalmente azul, aunque unos pocos regimientos de la última usaban escarlata. Segundo en el mando de las tropas de Arequipa era el general Arturo Sandes, que había servido muchos años peleando al lado de Bolívar durante las penosas campañas de aquel general en Colombia contra fuerzas muy superiores mandadas por los célebres generales españoles Morillo y Morales. Sandes se distinguió en muchas ocasiones y subió del grado de porta a su posición actual. Era natural de Irlanda. Había también varios oficiales ingleses meritorios entonces en Arequipa, a saber, los coroneles Whittle, Harris, Hallowes y Blair.

Bolívar había creado el estado nuevo de Bolivia, lo que descontentó mucho a los habitantes del Bajo Perú, y aunque no estaban en situación de hacer demostración efectiva, con todo, murmuraban más. Decían que había quebrantado su promesa, por no haber regresado inmediatamente a Colombia con todas las tropas, seis mil de las que permanecían aun acantonadas en las ciudades principales.

Habiéndose instalado debidamente en Chuquisaca el general Sucre, como presidente de la nueva república, el Libertador dejó esa capital dirigiéndose a Arica donde se embarcó para Lima con el fin de apresurar la rendición de los castillos del Callao y presenciar la instalación del Congreso del Bajo Perú. Poco después de su llegada recibió noticias de Colombia, asegurándole que su presencia era muy urgen-

temente requerida en aquel país; en consecuencia, salió del Callao para Colombia y llegó a tiempo de desbaratar una de las conspiraciones que habían estado tramándose constantemente contra él durante su ausencia en el Perú. No mucho después de esto, Lima presenció una revolución en el ejército colombiano, que difícilmente puede encontrar parangón y que solamente puede efectuarse en Sud América.

Había como tres mil soldados colombianos en Lima, al mando del general Lara, cuando una noche todos los jefes del ejército colombiano fueron arrestados en la cama, y hechos prisioneros por sus mismos soldados. Entre ellos se hallaban el general Lara, el comandante, seis coroneles y varios oficiales subalternos, conocidos como adictos a Bolívar.

Los principales motineros precipitaron a los hombres a este acto sedicioso, asegurándoles ser intención de sus jefes proceder directamente a invadir La Habana, lo que entonces se proyectaba por el gobierno colombiano; y que se les sacaría del Perú sin pagarles sus sueldos atrasados. Al venir el día, todas las tropas formaron en la plaza mayor y Bustamante las informó de los pasos que había dado para proteger sus derechos. Solamente unos pocos fueron cómplices del arresto del general, que era mal querido por los soldados, lo cual probablemente fué causa de la sublevación. Los oficiales cautivos fueron enviados al Callao el mismo día, y algunos también engrillados; y fletado un bergantín que los llevase a Colombia, fueron inmediatamente embarcados con fuerte escolta, y salieron para la costa del Perú, fueron desembarcados en Guayaquil y el bergantín luego retornó con la escolta al Callao.

No obstante que el gobierno peruano, a cuyo frente estaba el general Santa Cruz, no intervino abier-

tamente en esta revuelta, no hay duda que en secreto la disimuló, pues antes de tres semanas consiguió transportes para sacar de Lima toda la fuerza colombiana y pagó los atrasos de oficiales y soldados el mismo día del embarque en el Callao, la que, con Bustamante a la cabeza, zarpó para la costa de Colombia donde llegaron por varios puntos separados en completa desorganización. No supe cuál fué la suerte de Bustamante, pero nunca pudo hacer nada contra Bolívar.

CAPÍTULO XVI

Retiro de las fuerzas colombianas: Lima.—Panamá.—El Istmo.—Cartagena.—Bolívar.

Poco antes de amotinarse las tropas colombianas en Lima, el general La Fuente, dándose cuenta de la animosidad existente entre las dos naciones aliadas, se mostró ansioso de que fraternizaran los oficiales de ambos países y dió una gran fiesta en palacio. Fueron invitados ciento cincuenta oficiales y todos los principales funcionarios; nuestro cónsul Udney Passmore y yo, fuimos los únicos ingleses presentes. Las banderas de Colombia y Perú se confundían en el salón y los colores de la Unión de la vieja Inglaterra ocupaban sitio prominente. Una gran banda militar tocaba trozos musicales durante el refrigerio, en que reinó la mayor armonía, y se hicieron, como de costumbre, numerosos brindis patrióticos y liberales. Entre otros, el prefecto brindó a la salud de Jorge Canning, entonces nuestro ministro de Relaciones Exteriores, previo un discurso algo extenso que enumeraba y elogiaba los sentimientos de aquel estadista; todos los concurrentes de pie, bebieron entre fragorosos aplausos. Esta fiesta comenzó a las cuatro y a las ocho todos se habían retirado, pues es raro quedarse de sobremesa para concederse unos «tragos del hondo azumbre». Sin embargo, cuando se conoció la

sublevación de Bustamante, dos o tres capitanes descontentos del ejército colombiano trataron de infundir sentimientos análogos en sus regimientos, pero por rápida medida de La Fuente y del general Figueredo fueron arrestados en sus cuarteles. Acto continuo, el general Figueredo resolvió mandar a Bolivia la división colombiana y, en consecuencia, impartió órdenes al efecto; no quiso dejar siquiera los soldados enfermos en el hospital, y proveyó mulas y asnos para llevarlos. Vi salir toda la división de la ciudad manifestando grande alegría. Al pasar los soldados, los habitantes, unas veces aplaudían y otras proferían gritos de burla según las respectivas opiniones; las tropas contestaban con gritos de « ¡ Viva la patria ! » o « ¡ Mueran los peruanos ! », correspondiendo a las manifestaciones diferentes; y así, en una tarde, todos los soldados colombianos evacuaron la ciudad. Se dijo que al llegar a Cangallo, a cuatro leguas de Arequipa, uno de los oficiales revoltosos había sido sometido a consejo de guerra y fusilado la misma tarde.

Los temblores son muy frecuentes en el Perú: generalmente tienen movimiento horizontal que no es de temer mucho, limitándose a una sacudida violenta; pero cuando el suelo simultáneamente se levanta, se hacen sumamente peligrosos. De esta clase fué el temblor del 11 de febrero de 1826, en Arequipa, y los vecinos más antiguos decían que, de durar un minuto más, la ciudad entera se habría convertido en ruinas. Es imposible describir la sensación producida por la sacudida de un terremoto; y nunca he visto a nadie, por más sereno que sea en otros peligros, que no pierda el aplomo acostumbrado durante estos fenómenos de la Naturaleza. El último temblor de importancia ocurrió el 12 de julio de 1821, el mismo día que las

tropas patriotas, al mando del general San Martín, se apoderaron de Lima. Esto, naturalmente, se atribuyó por los supersticiosos realistas a venganza divina.

La vida en Arequipa, aunque no tan cara como en Lima, es muy pródiga en comparación de las comodidades y aun lujos que se consiguen en Londres por el mismo dinero. El alquiler de casa es alto, y el pan, carne y gallinas, muy caros; por ejemplo, un buen pavo cuesta 16 chelines, la yunta de gallinas 6^a, la cerveza inglesa 4^a. la botella, el vino 8^a. por botella. La sociedad se reduce a tertulias donde circulan solamente pocas masas y dulces. Rara vez dan comidas y es raro que un extranjero sea invitado a comer. Había dos damas inglesas en Arequipa: la señora de nuestro cónsul m^{rs} Passmore, en cuya casa hospitalaria generalmente se reunían los ingleses y pasaban momentos muy agradables; la otra salió como amiga y compañera de la Passmore, y acababa de casarse con un inglés (el capitán Simmons) al servicio del Perú. Creo que eran las únicas inglesas de Arequipa.

No hay diversiones en los alrededores, ni montería, caza o pesca. A veces se organizan paseos a la sierra para cazar guanacos, pero es diversión pobre; realmente, nunca he visto lugar más *ennuiant* por falta de sociedad y negocios. Por tanto, sin pena llegó el tiempo de preparar la partida y, liquidados mis negocios, en lo posible, el 3 de febrero de 1827 dejé Arequipa y me trasladé a Quilca para embarcarme con dirección a la metrópoli del Perú.

Una docena de amigos me acompañaron hasta Ochomaya donde bebimos la copa del estribo y, en compañía de nuestro cónsul, m^{rs} Passmore, que se trasladaba al puerto por negocios, me despedí de

Arequipa. Me embarqué en el *Tíber*, capitán Samuel Gibbison, y en diez días llegamos a la espaciosa bahía del Callao. La entrada es hermosa, las célebres baterías que la defienden con trescientos cañones danle un aspecto muy formidable, son semicirculares con dos torreones en cada extremo, y el castillo de San Felipe al centro. Estas baterías acababan de ser entregadas por el general español Rodil que, no comprendido en la capitulación de Ayacucho, en 1824, se encerró con tres mil hombres y resistió trece meses largos contra la escuadra en la bahía y una fuerza superior por el lado de tierra.

La ciudad del Callao estaba demolida y los habitantes sufrían casi inauditas privaciones y desamparo; el hambre, con su cortejo natural de pestilencia, los diezmó a tal punto que más de los tres cuartos perecieron; muchos fueron matados en sus casas. La guarnición sufrió horriblemente en las diferentes refriegas y por la escasez de provisiones. Al fin vieron obligados a comer ratas y todo lo que encontraban. Rodil se mantenía obstinadamente. Numerosas conspiraciones se tramaron contra él por sus mismos oficiales, varios de los que hizo fusilar públicamente. Por fin, no quedando más que un día de ración y no esperándose auxilio de España, capituló honorablemente y le fué concedido embarcarse para la metrópoli. Los esqueletos de los regimientos salieron, y de la guarnición solamente quedaban seiscientos hombres. Se permitió que los oficiales conservasen las espadas y con sus hombres se embarcaron inmediatamente para España. Sir Guillermo Maxwell, en la fragata *Briton*, estaba a la sazón en la bahía del Callao, y ofreció pasaje a bordo al general Rodil, que este jefe aceptó y se embarcó inmediatamente con dos ayudantes.

El camino del Callao a Lima es excelente ; la distancia de seis millas es casi rectilínea, con suave e imperceptible gradiente todo el trayecto. Como dos millas antes de llegar a las puertas de la ciudad, hay una linda avenida de grandes árboles verdes que forman doble arco en ambos lados. Banco de piedra se encuentran equidistantes en los lados del camino, que ofrecen refugio fresco y agradable y en las tardes ardientes del estío es el paseo de moda. Con el fresco vespertino monté a caballo en el Callao y, en una hora, llegué a la puerta principal de la metrópoli peruana. Los nombres de Bolívar, Libertad, etc., estaban blasonados en la puerta central, amplia y hermosa.

La ciudad está amurallada con muros bajos e inútiles para defensa. Parecen construídos para evitar el contrabando, o, al principio, quizás para repeler repentinas invasiones de indios salvajes. Pasando las puertas, los edificios aparecen bajos y míseros, pero al aproximarse a la plaza mayor las casas son amplias y hermosas y, muchas, sumamente elegantes. Cerca del Callao, a la derecha, está el antes hermoso lugar de Bellavista que, durante el sitio del Callao, fué enteramente demolido por los disparos de las baterías. No había casa habitable en todo el lugar, y las paredes sin techos, agujereadas por las balas, demostraban con cuánta furia se había combatido.

Puede prescindirse de describir Lima en detalle ; numerosos viajeros ya han descripto esta « Ciudad de los Reyes » ; sus magníficas iglesias llenas de oro y plata, la vida lujosa y espléndida que llevaban sus habitantes ; las pomposas procesiones, concurridos teatros y corridas de toros, sus mujeres bellas y seductoras, sus limoneros y naranjos (plantados en un valle rival del Elíseo) cargados de frutas deliciosas y azahares fragantes ; la abundancia de los alrededo-

res; en suma, el mismo nombre asociado a todo lo rico, voluptuoso y alegre; baste decir que Lima era reina de las ciudades sudamericanas, orgullo del hemisferio occidental, donde el virrey sobrepasaba en fausto a los monarcas europeos, donde los comerciantes eran célebres por su opulencia, donde las ciencias y artes y el comercio florecían. ¡Ay—*tempora mutantur*—; qué cambio! La desoladora y larga guerra civil había puesto su mano férrea en la ciudad antes dichosa, y cuando la visité, en 1827, ¡qué triste contraste presentaba! El nuevo gobierno en bancarrota y necesitado, los comerciantes insolventes, desaparecida la confianza, los templos despojados, vendidos los adornos de los habitantes, gente que vivía en palacios reducida a pobreza absoluta. Confiscaciones, contribuciones, exacciones, destierros, en rápida sucesión, habían nivelado esta capital con sus vecinas y he de confesarlo, lamenté que hubiera ocurrido la revolución y sentí que los nativos no hubiesen conservado su riqueza y ocio, cuando el placer era única ocupación y «al son de la alegre guitarra se hundía el dulce sol de la tarde y se levantaba el dulce lucero vespertino.»

El único vestigio de lo que fué era la belleza y gracia de las mujeres, y en verdad merecen todo lo que los primeros escritores han dicho en su favor. El traje de calle es tan particularmente llamativo que no puedo prescindir de ocuparme de él. Se compone de manto y saya; la saya es una enagua de seda o barragán, azul, negra o canela, elástica y tan ajustada al cuerpo como lo sería hecha de punto de media, y remata ajustada en los tobillos de tal modo que apenas permite dar un paso. El manto de seda negra va ceñido a la cintura y puesto sobre la cabeza, brazos, etcétera. Cuando pasean se tapan siempre cabeza y

rostro, dejando solamente una aberturita para atisbar con un solo ojo negro penetrante. Esta indumentaria, para el extranjero, es muy interesante. Creo que no se estila sino en una ciudad de España.

Para formas finas y graciosas (cuando, como dice el poeta: «la belleza sin adornos está mejor adornada») este traje sienta mucho; pero si la figura es rechoncha y tosca, nunca he visto nada más perfectamente espantoso; la persona de estas condiciones, con saya, parece un sapo parado.

No obstante haber extraído la revolución tanta riqueza de Lima, el espíritu ligero y alegre de los habitantes continuaba igual y así los teatros como las corridas de toros eran muy bien concurridos. La entrada a la plaza de toros, hermoso anfiteatro de piedra, es por un puente del mismo material que cruza el Rimac, y luego por una arboleda de grandes y coposos árboles regados por rápidas corrientes a cada lado. Los días de corrida la vista es animadísima, las damas vestidas de gala en carruajes o calesas dorados, con ventanillas de cristal y almohadones bellamente pintados. He visto más de quinientos carruajes llenos de gente bien vestida yendo y viniendo de esta diversión.

Aunque el local y edificio son superiores a cualquiera de Sud América, con capacidad para diez mil espectadores, el espectáculo no es tan bueno como el que presencié en Buenos Aires, ni los toros tan lindos y los toreros tan diestros. Es la diversión favorita de Lima, única ciudad sudamericana donde todavía se conserva.

El general Santa Cruz era gobernador a la sazón y los días de fiesta siempre concurría a los toros y teatros; iba en coche con cuatro caballos oscuros, escoltado por una docena de dragones de uniforme

colorado y yelmos del tamaño y forma usados por nuestros guardias reales. Ver un jefe republicano, cuya autoridad se supone emanada de fuente tan pura como la *vox populi*, presentarse de este modo, me parecía quizás de mal gusto. Pero debe decirse la verdad: aunque se inició la revolución con todas las ideas sanas de derecho y justicia, a causa que la fanática e infatuada corte española no cedió un ápice al pueblo cuando lo tuvo bajo su poder, se formó una clase de hombres que, por su bravura, habían surgido de las filas y naturalmente mostraban su orgullo e ignorancia, imitando como monos la misma ostentación y todo «el orgullo, pompa y aparato» de la realeza que fingían despreciar. También en el teatro, cuando el presidente existía, había guardia militar en la entrada y en la puerta de su palco. Santa Cruz, sin embargo, es de buena familia de La Paz, descendiente de caciques y es muy estimado en Bolivia, de cuya república es ahora presidente. Su nombre indio es Kalaumani, que significa Cabeza Fuerte.

Lima entonces estaba llena de extranjeros, predominando los comerciantes ingleses. Nuestro cónsul, mister Ricketts, y dos vicecónsules residían allí. Los habitantes son unos setenta mil; el clima muy benigno y agradable, no sufriendose calor ni frío excesivos; reina generalmente niebla varios meses del año, de marzo a julio, que en la mañana forma encima de la ciudad una pantalla vaporosa que protege del sol, pero las noches son deliciosamente claras y bellas. Permanecí en Lima cerca de tres meses, para activar un reclamo que tenía ante el gobierno peruano por la injusta captura del bergantín *Anna*, en 1822, y no obstante reconocer la deuda, no aparecía el dinero. Hay algo en la captura de este barco que merece mencionarse; fué apresado en la costa, a pesar

del permiso que tenía para comerciar, y llevado a Lima; el gobierno, como de costumbre, estaba muy necesitado, y Monteagudo era ministro de Hacienda; este talentoso pero libertino personaje ordenó al juez que lo declarase buena presa; y después manifestó saber que esto era ilegal, pero que el gobierno estaba muy apurado de fondos y necesitaba obtenerlos, agregando que, cuando estuviese más rico, se daría satisfacción a los armadores. Varios otros barcos habían sido condenados de modo semejante cuya restitución nunca se efectuó.

El 26 de marzo me dirigí en calesa al Callao y me embarqué en un pequeño bergantín inglés (el *Britannia*), con rumbo a Panamá, prefiriendo esta ruta para mi tierra por lo corta y novedosa. La mañana siguiente levamos ancla y me despedí «de la tierra del sol». El viaje no fué largo, pero, debido a la camarita llena de pasajeros, ocho en número, lo más caluroso y desagradable posible. A los catorce días avistamos las islas de Perla, cerca de la ciudad de Panamá, a cuya bahía entramos de noche; por la mañana nos alegró la vista de la ciudad a dos millas del fondeadero; se levanta junto al mar, y el aspecto desde a bordo es precioso. El campo que la rodea es rico en vegetación, sobrepujando en exuberancia y colorido a cuantos he visto en la costa sudamericana del Pacífico. Después de almorzar, todos desembarcamos con felicidad y fui a entregar algunas cartas que me habían encomendado para el cónsul inglés míster Macgregor.

La ciudad de Panamá fué fundada en 1513 por don J. Guzmán; está fortificada y antes fué el grande emporio del oro y plata del Perú y Acapulco, que llegaban allí y se transportaban a Portobello para embarcarlos con destino a España en los galeones que

se daban cita en ese puerto. La ciudad vieja fué reducida a cenizas en tiempo de los antiguos filibusteros, que marcharon desde el lado opuesto del istmo con cuatrocientos hombres al mando de aquel atrevido pirata sir Enrique Morgan, que la saqueó y destruyó. El lugar que ocupó la ciudad vieja se encuentra a una milla de la nueva.

La ciudad actual no es muy extensa, pero está amurallada y antes estuvo bien fortificada con el lado de tierra protegido por foso profundo; pero desde las ferias anuales que se celebraban aquí cuando los galeones llegaban de España, el lugar ha decaído y sido abandonado; los habitantes no pasan de diez mil, principalmente mendigos, mulatos y negros. Por el extremo calor del clima los niños de ambos sexos corren las calles completamente desnudos hasta cumplir seis o siete años. Hay algunas reliquias de su pasado esplendor en los adornos usados por la plebe. Casi no hay negra o mulata que no use dos o tres peinetas de oro, a veces adornadas con perlas, así como cadenas, brazaletes, etc. Son gentes alegres, todas las noches bailan en la plaza y se visten de ricas sedas, muselinas, etc. No se distinguen gran cosa las clases sociales y no pueden disputar mucho sobre el color, pues, menos nuestro cónsul y su familia, casi no vi blanco residente en la ciudad. Ahora hay muy poco tráfico y ése solamente para el consumo local. Como ejemplo, citaré que solamente tres buques ingleses tocaron aquí en un año, y apenas vendieron parte insignificante de los cargamentos. La ciudad misma es un sitio limpio y agradable; casas de piedra o madera, algunas de tres pisos, por ser lugar libre de temblores; las calles de buen ancho y pavimentadas con pequeños cantos rodados; hay cuatro iglesias, pero sus tabernáculos y altares han sido saqueados

durante la revolución. Panamá pertenece a Colombia y el superior tribunal de justicia está en Cartagena. Hay un agradable paseo en derredor de las murallas, que antes estuvieron bien defendidas con grandes cañones de bronce traídos de España; pero las cureñas están pudriéndose y muchos cañones yacen desmontados en el suelo; el foso estaba seco y lleno de yuyos y hierba larga; las murallas no se reparan y se desmoronan por incuria. En efecto, desde que la revolución ha puesto a Panamá en manos de los patriotas, no hay para qué conservarla como plaza fuerte.

La distancia de Panamá a Portobello al otro lado del istmo es de trece leguas en línea recta; se proyectaba hacer otro camino, por ser intransitable el antiguo; la ruta usual al través del istmo pasa por la aldea de Cruces, siete leguas de Panamá, y de allí se baja por el río Chagres hasta la población de ese nombre, siendo la distancia por agua cuarenta millas. Resolví tomar esta ruta, pues hallábase en Chagres una goleta que saldría para Kingston, Jamaica; y por tanto alquilé mulas y un guía que me llevase a Cruces, donde esperaría al propietario y sobrecargo del barco, que me seguiría al otro día. El país circunvecino de Panamá y en verdad todo el istmo es un jardín continuo de vegetación donde árboles de todas clases florecen en rusticidad y magnificencia; palmeras, olivos, aracas y ceibas abundan; y los arbustos y el pasto crecen mucho y con exuberancia; en efecto, si se exceptúan las rocas vivas no hay sitio estéril en esta parte del país. Lluvias frecuentes seguidas de sol contribuyen a desarrollar la vegetación de modo descomunamente rápido. Casi no pasa día sin llover, con truenos y relámpagos; pero, en mi jornada a Cruces, a dos leguas de Panamá, me tomó una

tormenta que merece describirse. A eso de las tres de la tarde las nubes, que habían estado acumulándose todo el día, al fin se hicieron densamente negras.

He sufrido un tornado en el Ecuador, un pampero en el Río de la Plata, una tormenta en Los Andes, pero nada igual a la tempestad que ahora estalló; nos refugiamos en una especie de cobertizo para librarnos del implacable golpe del granizo y lluvia, pero de nada sirvió. Las nubes tocaban la copa de los árboles, sacudidos violentamente por el huracán; la lluvia se derramaba como si se abrieran esclusas; el zig-zag del relámpago volaba cual dardo entre los árboles, y el trueno estallaba con bramido ensordecedor cual disparo de andanada en navío de línea; parte del techo del cobertizo voló; los naturales se sentaban silenciosos en el suelo con brazos cruzados, mientras se sucedían estruendo tras estruendo, como amenazas de súbita destrucción: la tormenta duró dos horas; por fin las nubes empezaron a dispersarse hacia el Oeste, el trueno se alejó, apareció el brillante cielo cerúleo, y seguimos nuestro camino, con el sol en todo su esplendor, y las hojas de los árboles tachonadas con gotas de lluvia parecían adornadas de perlas.

El camino, pasando Cruces, va entre selvas, helechos y rocas; en algunos parajes es tan execrable que parece del todo infranqueable. Por dos leguas el sendero se extiende entre dos rocas altas, con escaso sitio en algunos lugares para un hombre montado, y la mula con frecuencia mete las patas en hoyos profundos del camino en que se ve obligada a seguir con las piernas del jinete en ocasiones tocando el suelo. Es visible que, en tiempo de los españoles, el camino estaba pavimentado con ladrillos; desde la revolución nunca ha sido reparado. Después de la más

fatigosa jornada, considerada la distancia, que nunca experimenté, llegamos por la tarde a Cruces, a orillas del Chagres. Esta población, compuesta en su mayor parte de extensas chozas de madera o caña dulce, es un descampado verde. Todos los habitantes son negros o mulatos, conjunto extraño y sucio. Me alojé en una especie de pulpería, pero no pude conseguir casi nada de poderse comer; las gallinas que pagué a razón de un duro por pieza, eran duras y viscosas; y como las riñas de gallos es diversión favorita del istmo, siempre creí que vendían los gladiadores emplumados caídos en el refidero. La carne es escasa, cara y mala, pero las legumbres, frutas, etcétera, excelentes. Pan de maíz era el alimento principal de los habitantes. Estuve una semana en Cruces, a la espera del sobrecargo que llegase de Panamá, pero había sido inevitablemente detenido. Chagres es tan insalubre que ningún extranjero permanecerá un día si es posible; los pasajeros usualmente se detienen hasta que el buque esté listo para zarpar y se embarcan inmediatamente. Por fin llegó el sobrecargo, y teniendo algunas mercaderías que embarcar en Cruces, alquiló una canoa para seguir aguas abajo. Yo contraté otra más chica que, por ser liviana, iría más rápida; la canoa se cubrió a popa con toldo de palmas para guarecer a los pasajeros de los feroces rayos solares; dos negros bogaban. De día se sacaban toda la ropa porque, en ocasiones, donde el río es bajo, tenían que salir de la canoa para arrastrarla en los bancos de arena que eran numerosísimos; pero en algunos parajes el río es hondo. La primera noche dormimos en el villorrio de Forgono, sobre una barranca alta de la margen izquierda; arriba hay un espacio abierto de extensión considerable y tan nivelado como cancha de bochas. No lo habitan sino negros. Forgo-

no es el sitio donde paran las canoas, pues no pueden seguir a Cruces por causa de los bajíos.

Algunas canoas del Chagres son de tamaño tan enorme que parece increíble sean hechas de un solo tronco; pero tal es el caso. Las he visto de cuarenta pies de largo por seis de ancho, de una sola pieza. Se hacen de ceiba, se concluyen en la selva y son llevadas al río con grandes maderos cilíndricos: algunas son de forma muy hermosa pero raramente pintadas. Por la mañana temprano, antes de partir, fuí al río para bañarme: como nadara contra la corriente, su fuerza era tan grande que me llevó muchas yardas abajo de donde quería ganar tierra. La fuerza de la corriente en el Chagres es de seis a siete millas por hora: las canoas pueden bajar de Cruces a Chagres en día y medio, pero se requieren cuatro o cinco para subir. El paisaje fluvial cerca de Cruces es chato y poco interesante, pero de Forgono al mar, verdaderamente delicioso. Tupida selva de todas las variedades de árboles y plantas crece hasta el agua en ambas márgenes del río; el follaje umbroso suspendido a veces a los lados produce lindo efecto. Los bosques abundan en variedad de pájaros: papagayos, palomas torcaces, etc., cuyo plumaje brillante es bellísimo. Se ven todavía monos que saltan de rama en rama y grandes yacarés dormidos en las riberas, pero creo que son inofensivos. Es excursión acuática deliciosa tal como yo desaría disfrutar. El paisajista mucho se complacería con algunas vistas selváticas del Chagres que sin duda perpetuaría en el lienzo. Los negros con sus palas imprimían a la canoa gran velocidad y en la segunda tarde llegué al puerto, o pueblo de Chagres.

Este es el lugar más miserable del Mar de las Antillas por el clima, las costumbres y los habitantes.

No hay un blanco, la población entera de mil quinientos son mestizos o negros. Las chozas son de madera o caña dulce, techadas de paja, pero el interior de las moradas es salvajemente sucio. No me atreví a dormir en ninguna de estas cuevas, y alquilé una apartada choza para mí, que hice limpiar con mi sirviente; cuando la contraté con un mulato, estaba llena de gallos de riña atados con cuerda de la pata; el dueño de estos plúmíferos era aficionado de primera clase a esa pulida diversión; al principio no quería sacarlos; pero cuando le ofrecí un duro diario por sus comodidades, sacó toda la tribu de cantaclaros. Permanecí dos días en Chagres esperando al sobrecargo cuando, la misma tarde de su llegada, vino un edecán del gobernador de Panamá con órdenes de Su Excelencia y se incautó del bergantín de bandera colombiana. La razón era que un destacamento de soldados de Colombia había llegado de la costa a Panamá, en camino a Cartagena, y como este barco era el único que se hallaba en el puerto se ordenó al dueño que descargase y alistase el buque para la tropa. Fué contrariedad triste, pues me dejaba por tiempo indefinido en el más insalubre y miserable lugar del Mar de Las Antillas, sitio temido aun por los panameños, a causa de su pestilencia. Ha sido tumba de miles de europeos y el bosque vecino está sembrado con calaveras y huesos extraídos por los chacales de las sepulturas superficiales. El calor es intenso; todas las noches se precipita un diluvio, y de mañana, al salir el sol, las emanaciones de la tierra húmeda y del bosque producen evaporación malsana. Enfermedad dominante es la fiebre amarilla. Un coronel español, su hija y el sirviente habían sucumbido de esta dolencia hacía solamente una quincena. En efecto, rara vez sucede que un extranjero escape a esta horrible dolencia. Había

estado más de una semana en Chagres cuando mi sirviente contrajo la fiebre. A su pedido lo mandé en canoa a Cruces, pero murió antes de llegar. Era un lindo muchacho mulato que había encontrado en Panamá para acompañarme hasta Cartagena; porque es de absoluta necesidad tener un sirviente en este lugar, donde no hay una simple posada o cualquier otro servicio, a menos de comprarlo a precio de oro.

Luego empecé a discurrir si debía regresar a Panamá y esperar la llegada de un barco que de un día para otro se esperaba de Jamaica, paquete regular entre Port Royal y Chagres, y escapar así del clima hórrido y pestífero; pero, ansiando no posponer mi viaje, fleté una goletita de diez y ocho toneladas, perteneciente al alcalde mulato del lugar, para entregarme a un viento favorable que me llevase a Cartagena, navegación que con facilidad se hace en tres días. La embarcación, construída groseramente en Santiago de Cuba, casi no podía navegar, pero la tomé, en todo caso, antes que permanecer en Chagres. Apenas hechos mis preparativos, dos o tres pasajeros que habían sido rechazados del barco destinado a conducir las tropas, desearon acompañarme. Una vez determinada la proporción que cada uno debía pagar, nos preparamos a partir de inmediato, cargando algunos víveres, como lenguas, jamones y artículos de almacén.

Chagres está defendido por el fuerte de San Lorenzo, construído sobre un cerrito al sur de la población; este lugar era una especie de Bastilla en tiempo de los españoles, que tenían calabozos húmedos y subterráneos adonde los presos políticos se enviaban desde las Antillas y México. Ordenar que un criminal fuese a San Lorenzo era sellar su sentencia de muerte, pues quien fuese encarcelado en estas celdas

hórridas nunca salía con vida. Ahora había solamente pocos soldados en el fuerte, meramente para guardar las formas.

Con linda y fresca brisa levamos ancla una mañana en nuestro casco y pasamos la rada de Chagres: la brisa continuó fresca y favorable hasta la puesta del sol y luego calmó. Por la noche llovió copiosamente, y como la camarita era ocupada por una dama española y su sirvienta, los demás pasajeros, un alemán, un caballero español y yo, nos acostamos sobre cubierta, sin otro toldo que el firmamento.

El segundo día, a eso de las doce, avistamos la ciudad de Portobello, pero solamente cruzamos la bahía; pues nuestra determinación era capear la orilla en lo posible, por encontrar que nuestra embarcación era completamente inadecuada para el viaje, pues no podíamos ponerla a la capa ni arribar. Era mal asunto que fuese de un mástil y los cuatro negros tripulantes manejaban las velas muy torpemente; por fin, a los siete días de calmas y vientos contrarios, en que casi se agotaron nuestra paciencia y provisiones, una mañana, antes del amanecer, encallamos en un banco contiguo a una de esas innumerables islas llamadas «cayos», en la boca de la bahía de Darien; estos «cayos» son habitados solamente por indios salvajes. Antes, los españoles intentaron establecerse aquí, pero los indios eran tan hostiles que varias veces destruyeron diferentes guarniciones. El «cayo» en que aterramos no tenía más de media milla de largo por igual ancho; ya de día, vinieron los indios en canoas y rodearon el barco que se hallaba a medio cable de la orilla; algunos subieron a bordo, pero parecían enteramente inofensivos. Eran de raza muy pequeña, los hombres no tenían más de cinco pies de estatura, su rostro y color es una suerte de moreno

anaranjado, con largo cabello negro tosco; varias mujeres vinieron a bordo, habían mejorado sus rostros con pintura roja ordinaria emplastada en las mejillas, y sus labios y narices adornados con anillos de oro y plata; vestían géneros de lana y algodón, algunos hombres usaban sombreros negros de lana, de forma corriente; se proveen de estos artículos del Mar de las Antillas y de las Indias Occidentales; pues varios barquitos visitan anualmente estas islas para comerciar y los indios dan en trueque Carey, nácar y cocos; tienen también dinero cuyo valor, al parecer, conocen. Encontrando que el buque se había vuelto peligroso y hacía agua, resolvimos desembarcar y fuimos a tierra en las canoas de los indios. Con excepción de la playa, la isla está cubierta con cocoteros que forman la sombra más agradable del sol tropical. Había dos o tres ranchos de caña de tamaño enorme, cerca de la playa: a uno nos guiaron los indios y, una vez puestos en tierra nuestros lechos y baúles, determinamos hacer cuartel hasta que el barco se reparase o remendase para seguir viaje. El rancho de ochenta pies por treinta podía contener más de cien personas; numerosas hamacas de algodón y chagua colgaban de los tirantes; el techo era de cañas y palmas, pero enteramente compacto y apropiado para resguardar de las copiosas lluvias en esta región. Habíamos traído hamacas guayaquileñas y pronto nos instalamos en la nueva residencia. Entre los cuarenta indios ocupantes de este rancho, había uno que entendía un poco de inglés; había estado en Jamaica con un barco mercante; este hombre nos fué de grande utilidad, me informó que un barco de Cartagena se hallaba en un «cayo» vecino y ya casi cargado para regresar. Escribí al capitán diciéndole del dilema en que nos encontrábamos y ofrecía compensar-

lo si nos llevaba a Cartagena, pues nos habíamos persuadido que nuestro casco no servía para cruzar la gran bahía de Darien. Envié esta carta con Jemmy, nombre del indio, que bogó en su canoa y pronto se perdió de vista. Esto sucedió a la tarde del día de nuestro desembarco. Poco después de ponerse el sol, los indios se retiraron a descansar en sus hamacas, pero antes de irse a dormir empezaron una especie de canto o canción, en coro. Nunca oí endecha tan salvaje y lúgubre, ni tengo la mínima idea de sus palabras en idioma indígena. Sin embargo, transcurrida una hora en estos alaridos extraños, se durmieron y dejaron tranquilo el rancho. La mañana siguiente apareció el bergantín mandado por el americano mister Knapp; no tardamos en arreglar que nos llevase a Cartagena, pero pidió unos días para vender algunas mercaderías y cargar el barco de cocos.

El capitán Knapp constantemente había traficado en estas islas varios años y naturalmente era muy conocido de toda la indiada; la cámara parecía tienda y los indios acudían en montón para comprar al menudeo. Algunos adquirían una yarda de paño ancho (el color favorito era colorado o azul), otros, algodones estampados, y grandes cuchillos, abalorios, etc., por los que daban en cambio Carey o dinero efectivo. Los indios guardaban mucha compostura a bordo y aceptaban la carne y galleta que se les daba.

Todo listo, nos embarcamos y alejamos de estos indios amigos, y con viento favorable, en tres días llegamos con felicidad a Cartagena. Este lugar es demasiado conocido en los anales ingleses para requerir aquí descripción minuciosa. Su puerto es espacioso y bello con entrada bien defendida por baterías; la ciudad rodeada de murallas y llena de militares. Esta fortificación, la más sólida del Mar de las An-

tillas, estaba en orden excelente. El calor del clima en esta estación (agosto) era casi sofocante.

El general Bolívar residía entonces en una aldea pequeña a dos leguas de Cartagena. Estaba al punto de salir para Santa Fe de Bogotá. Aproveché la feliz oportunidad de no pasar sin ver al héroe y fui en calesa con nuestro vicecónsul, mister Wats, que se ofreció a presentarme. Como a las dos de la tarde llegamos al cuartel general del Libertador, y en media hora alcanzamos la casa donde había habitado algún tiempo. En el corredor del frente estaban varios ayudantes y oficiales, vestidos de colorado, así como dos o tres dragones de servicio. Los uniformes eran muy parecidos a los británicos, chaqueta colorada, con yelmo. El coronel Wilson, primogénito de sir Roberto, era ayudante de Bolívar; los capitanes Ferguson, Moore, etc., tenían igual rango. Cuando entré, vi la mesa tendida para veinte cubiertos a usanza inglesa, con mantel de alemanesco y el vino en garrafas. El Libertador dormía la siesta en una pieza interior y el coronel Wilson fué a avisarle que yo acababa de llegar del Perú; pocos momentos después apareció el Libertador. Conocíle inmediatamente por el parecido con el retrato, pintado por un indio, que había visto en el Perú. Vestía traje matinal de algodón estampado, con zapatillas coloradas. Me recibió muy cordialmente haciéndome sentar en el sofá. Procedí a abrir mi talego de información sobre muchos asuntos completamente nuevos para él, en particular lo ocurrido hacía poco en Arequípa. Antes de retirarme me invitó a comer; pero yo estaba comprometido con mister Wats.

Mis impresiones del carácter de Bolívar fueron superiores y no inferiores a mi expectativa. Se le ha descrito como brusco de maneras; pero era muy suave

y caballeroso. Su nervio y perseverancia extraordinarios en combatir por la independencia sudamericana se reconocerán hasta por sus mayores enemigos. Su vida en los últimos veinticinco años es un romance militar acabado y de ser narrada fiel e imaginativamente, acaso constituiría la historia de un gran capitán más interesante y entretenida que se haya escrito.

Bolívar y San Martín son los hombres más célebres surgidos de la pasada revolución. Mientras el primero subyugaba el poder español en Colombia, rodeado de desventajas y dificultades inauditas, el segundo era igualmente feliz en las provincias argentinas y en la admirable invasión a Chile y toma de Lima. Estos dos vencedores conferenciaron en Guayaquil sobre la dirección de la guerra del Perú y otros detalles políticos; pero no se entendieron, supongo porque « dos estrellas no se mueven en la misma órbita ».

Pero, cualquiera que sea la causa, San Martín retornó a Lima y renunció el poder, con lo que Bolívar asumió el mando en el Perú y le cupo la gloria de terminar la guerra con España, concluida en 1826, por la rendición del general Rodil en el Callao.

Bolívar tiene cinco pies y ocho pulgadas de estatura, es muy delgado pero musculoso, de mejillas chupadas y consumidas, color cetrino, nariz bellamente aguileña, ojos grandes y negros con expresión muy vivaz, frente más alta de lo común pero surcada de arrugas; el cabello negro se ha vuelto gris más por el afán que por la edad; realmente su aspecto de conjunto sugiere la idea de no ser un hombre vulgar.

El general Bolívar esa misma tarde partió para Bogotá.

A consecuencia de haber venido a bordo constan-

temente empapado por la noche y frito de día por el sol ardiente me atacó la fiebre amarilla ; pero gracias a la solicitud y habilidad del médico inglés doctor Burne, en tres días pude dejar la cama. Demoré una quincena en Cartagena y me embarqué en el paquete *Athenean* para Nueva York, donde permanecí diez días y tomé el paquete de Londres y en veintidós días llegamos a Cowes, isla de Wight, donde desembarqué y me dirigí a Londres.

FIN



UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS



3018458910

0 5917 3018458910

H.C.